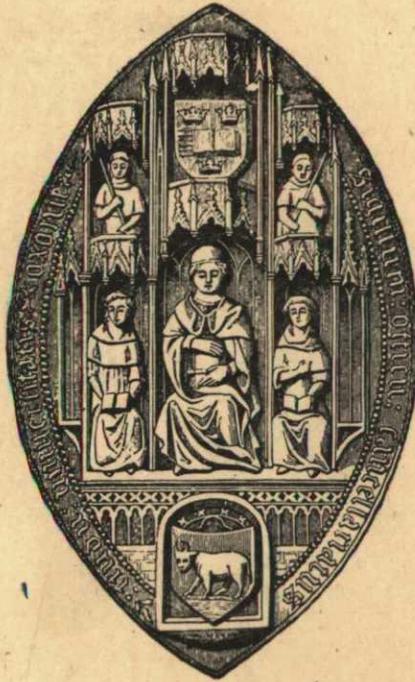


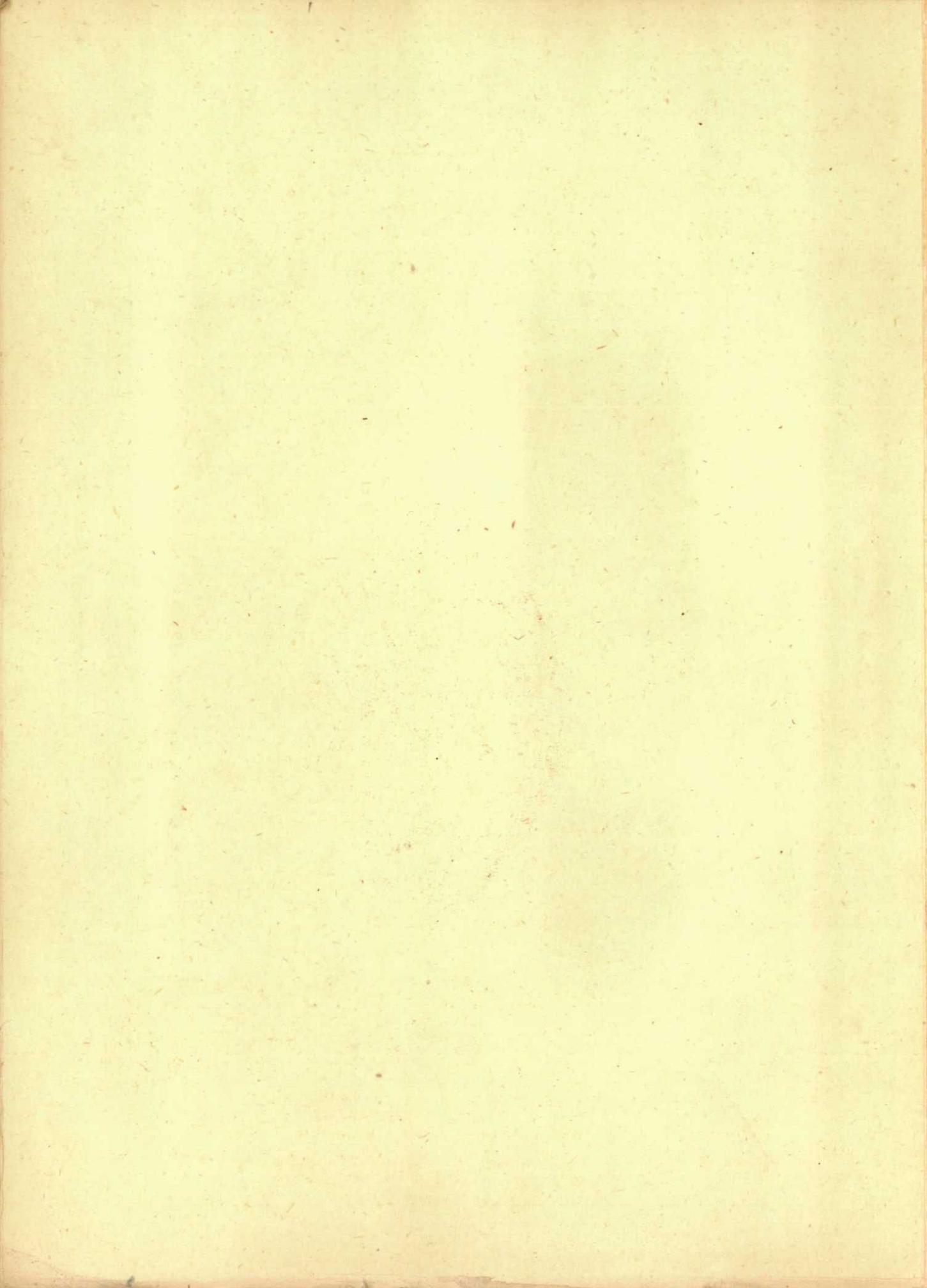
REVISTA NACIONAL DE

EDUCACIÓN



N^o

83



54

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

NUMERO

83

AÑO VIII
SEGUNDA EPOCA

1948

Director: PEDRO ROCAMORA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

IMP. SAMARÁN
MALLORCA, NÚM. 4



SUMARIO



EDITORIAL

Pedro Rocamora: EL SENTIDO ESPAÑOL DE LA MUERTE
EN LA PINTURA DEL GRECO

Lillo Rodelgo: GEOGRAFIA Y DIDACTICA EN «OS LUSIADAS»,
DE CAMOENS

Luis Araujo-Costa: LA SABIDURIA EN LAS MUJERES

LA OBRA DEL ESPIRITU



SE INAUGURA EN GRANADA LA FACULTAD DE FILOSOFIA
Y LETRAS

PINTURAS ROMANICAS EN EL MUSEO DEL PRADO

PERFILES DE UNA CAMPAÑA DE CONSTRUCCIONES
ESCOLARES EN MADRID

VENTANA AL MUNDO



EDUCACION PREMEDICA EN ESTADOS UNIDOS

NUEVAS UNIVERSIDADES EN HISPANOAMERICA

LA ENSEÑANZA DE SEGUNDO GRADO EN FRANCIA

NOTAS DE LIBROS

- Antología poética 1933-1948*, por Agustín de Foxá.—Ilustraciones de Escassi.—Editora Nacional.—Madrid.—Un tomo en 4.º
- La vida de Meternich*, por Constanca Grünwald.—Un volumen en cuarto, 283 páginas.—Editorial Juventud.
- El poema de los tres carros*, por Enrique Azcoaga.—Madrid, 1948.
- Los wilkingos*, por Allen Mawer.—Un volumen en cuarto, 166 páginas.—Editorial Pleamar.
- Juana de Arco*, por H. Wallon.—Un tomo en cuarto, 232 páginas.
- Solimán el Magnífico*, por Fairfax Downey.—Un volumen en cuarto, 297 páginas.
- Geografía económica*, por Joaquín Bosque.—Ediciones Teide.—129 páginas.
- Comentarios a la Ley de Arrendamientos urbanos*, por José Bouza Moreno.—Un volumen en cuarto, 435 páginas.
- Las Españas*, por Francisco Elías Tejada. — Ediciones Ambos Mundos.
- Potestad del Papa en la disolución del matrimonio de infieles*, por el Padre Lazcano, Doctor en Derecho Canónico y Catedrático del Seminario de Madrid.—Prólogo del Excmo. y Rvdmo. señor don Leopoldo Eijo, Obispo de Madrid-Alcalá.
- Madrid en los versos y en la prosa de Carrere*. — Ediciones del Ayuntamiento de Madrid.—Madrid, 1948.
- Personajes de la Inquisición*, por William Thomas Walsh.—Editorial Espasa-Calpe.—Madrid, 1948.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

SUMARIOS CORRESPONDIENTES AL AÑO 1948

EDITORIAL

U*N año más en la cultura española. Un año más, sin vacilaciones ni treguas, realizando un plan sistematizado, articulado y orgánico. Así, al pronto, los frutos de esa acción apenas si se advierten. Están como dispersos y ocultos por el área nacional y ante el desfile callado del tiempo. Y, sin embargo, esos frutos están ahí, latentes y seguros, en la configuración del país, como reflejo de su existir en el ámbito de la patria. Un día, cuando pasen los años, los efectos de este amasar, trasegar y refundir, crear y ordenar los hitos de la cultura hispánica, brotarán como por ensalmo ante los ojos atónitos de las gentes, y verán, volviendo su memoria al pasado, que nosotros no les mentimos ahora, en este instante, cuando, al correr de la pluma, les confiamos la seguridad de que el Estado español ejerce una intervención, irrefrenable y constante, en los puros y luminosos dominios de la cultura nacional.*

Este año de 1948, que ya está a punto de morir, o que ha finiquitado ya, no se ha ido o se irá en balde. Al contrario, deja, con el rebullir de la simiente intelectual, cualquiera sea su modalidad, barbechos bien trabajados y pródidos. Están abiertos y nutridos. Basta tan sólo eso: que los

vientos y los soles y las lluvias; en resumen, las horas, cuajen el esfuerzo que contienen. Pero el esfuerzo está hecho, taxativo y puntual, conveniente y grato.

Un pueblo que se cuida de su presente es porque está seguro de su porvenir. O al revés: un pueblo que cuida de su futuro es porque está seguro de su presente. Es decir, porque no teme a las contingencias de la política adventicia y farfullera. Y esto es, por lo pronto, España en su modo de ser y de estar actuales. Porque a España no le basta con estar; quiere ser. Estar es una simple función física. Ser, poseer personalidad, espíritu y proyección, o sea estilo, predominio y eternidad, no en realismos físicos, sino sentimentales, que son los que valen; eso ya es otra cosa. Todos los pueblos están, y pocos, muy pocos, son los que saben ser. Y España no sólo es, sino que sabe ser. De ahí su prurito de no descuidar las enseñanzas del alma...

El Gobierno de Franco, por medio de sus hombres representativos, sea cual fuere la orientación de su Departamento, no labora, en fin de cuentas, más que por la salud de España. La salud material y la salud ideal. En este punto, el Ministerio de Educación Nacional, por él mismo y por sus órganos de expresión —de colaboración—, ha llevado a cabo, desde la reconquista de España, una obra ingente, repartida por todo el territorio nacional: Universidades, Colegios Mayores, Centros de Investigación, Institutos, Bibliotecas, Escuelas, becas, conferencias, congresos, libros, revistas, periódicos...

En las áridas disciplinas de la investigación, los científicos y los eruditos han rendido agotadores tareas para enriquecer el acervo patrio. No es lugar éste para anotar con escrupulosidad notarial la cifra incalculable de esos peregrinos

ingenios; pero sí es nuestro deber proclamar, si no el número, sí la intensidad de esa labor. Y queda proclamada solemnemente. Porque la labor es de bulto, gozosa de presente y más gozosa aún, si cabe, de porvenir. Si se realizara una minuciosa estadística de los actos culturales que en el curso del año 1948 han posado su blando vuelo sobre la noble tierra española, el mundo, ese mundo trepidante y anárquico que, más que buscar la paz, parece que forja la guerra, se estremecería de asombro. Y es que España ha sido siempre, siempre, aunque otro móvil pretendan sus enemigos, no un pueblo para la guerra, sino un pueblo para la paz. Un pueblo de creación y de sello artísticos. No ha rehuído, por eso, la defensa de su integridad cada vez que las circunstancias se lo han demandado; pero... no es la función bélica ni su condición ni su entusiasmo. Pelea con bravura, pero su espíritu es más propicio al sosiego fecundo que a la inquietud y al azar de la conquista. Vive más y puede más por Cervantes, verbigracia, que por sus gestas de Flandes. Y cuando conquista, en ese orden, mundos inéditos, se desprende de ellos, o se deja desprender, porque en realidad no es un pueblo para vivir en pie de guerra, sino, más bien, en pie de cultura. Y además porque así, sin el egoísmo de la hacienda propia, puede ejercer, y ejerce, en el universo, por esos desprendimientos, el benéfico influjo de su lengua, de su amor y de su fe.

Una legión de espíritus selectos, elegidos, privilegiados por su sabiduría, está empeñada, en el secreto de nuestra modestia, en levantar paso a paso una España inteligente, culta y ambiciosa. Pero ambiciosa de sí misma y por sí misma, ajena a toda preocupación de signo político, si la política se entiende como cambalache, sojuzgación y arbitrio de vidas

y haciendas. Las puertas de nuestro país están de par en par para probar la verdad de nuestro aserto. Ninguna obra de destrucción se alberga dentro de nuestros propios muros. Se forja únicamente obra de paz, de bienaventuranza y de progreso.

Y quizá, si lo pensamos bien, sea éste, como hemos dicho otras veces, el peligro de España. O sea, la independencia de su espíritu, la perfección de su espíritu, la carga fabulosa de su espíritu.

España, así considerada, es, desde luego, "un foco peligroso de cultura". Una cultura milenaria, acendrada, pero, como toda obra humana, sujeta a las inquietudes de una renovación ininterrumpida, porque el hombre no se detiene jamás, y además porque en esa marcha abnegada y firme hacia el futuro, España, como es de rigor, quiere no "estar", sino "ser" de las primeras. Esta lucha sí que no es cuestión de velocidad, sino de contenido. Podrán otros pueblos llegar, estar los primeros; pero... puede que no lo sean. Y España lo fué y—aquí está su obra—lo seguirá siendo por gracia de quienes, al gobernarla, se desvivieron por los fueros de su personalidad espiritual, que son los que permanecen, sin olvidar, claro está, los de su personalidad material, que son, después de todo, los que sucumben.

Un año más en la cultura española es un año más en ese afán de hacer de España un pueblo de grandes reservas sentimentales para cuando los demás pueblos alcancen a comprender que no es posible vivir con la hoz y el martillo de los bárbaros amenazando sobre sus cabezas. España, ni que decir tiene, tuvo antes, para preparar su progreso, que abatir de modo rotundo esa amenaza. Y entregarse, ardida y ardiente, a pelear, en silencio, por su cultura...

EL SENTIDO ESPAÑOL DE LA MUERTE EN LA PINTURA DEL GRECO

P o r P E D R O R O C A M O R A

SUMARIO: LO IMAGINATIVO EN LA PINTURA DEL GRECO.—SU BIZAN^o TINISMO. — HALLAZGO DEL PAISAJE SOBRENATURAL.— EL DUALISMO DE LA REALIDAD Y DE LA FANTASÍA.—TEORÍA DE LA INGRAVIDEZ.—VISIÓN ULTRATERRENA DEL «ÉNTIERRO». — EL ALMA PINTADA.—CONTEMPORANEIDAD DE LA IDEA DE LA MUERTE.—EL PROBLEMA DE LA ANGUSTIA.— LA ESPERANZA TEOLÓGICA DE LA INMORTALIDAD.—VOCACIÓN DE LA TIERRA Y DEL CIELO.—LA ETERNIDAD ENTREVISTA EN DILTHEY Y UNAMUNO. — EL GRECO O LA PINTURA QUE REDIME.—SÍMBOLO TRASCENDENTE DEL EXPOLIO DEL HOMBRE.

POR la escala de sus sueños, el Greco trascendió, en alas de la fantasía, hasta el paisaje de una gloria imaginaria. Ningún maestro de la pintura universal ha logrado esta evasión hacia lo extrahumano con la ejemplar valentía del cretense. Su obra es—ante todo—una huída irreprimible de los monótonos horizontes del mundo hacia el reino des-

lumbrante de la imaginación. Puede decirse, en este sentido, que hasta que el Greco no pinta el cielo, no españoliza su pintura. Y es que España puede pintar el cielo mejor que ningún otro pueblo, porque ha soñado con él durante siglos inacabables de mística esperanza.

Todo el paisaje celestial que nos descubre la imaginación del Greco responde a esa luz interior del espíritu, que puede hacer realmente teológica a la pintura. Así, cuando Julio Clovio—el miniaturista croata—cuenta sus conversaciones con el maestro, dice:

«Me escuchó como si acabase de llegar de muy lejos. Y negóse a salir conmigo porque la luz del día turbaba su luz interior.»

He aquí, desnudo ante el espectador, el secreto de ese eterno duelo a muerte—que sólo se cumple en los dominios del arte—entre la realidad y la fantasía. El alma del Greco le dice más a sus pinceles que los tonos malva, gris o violeta de los indefinibles crepúsculos toledanos. Mucho más poderoso es el espíritu del artista que la misma realidad física, por insólita o desconcertante que parezca.

Igual que Creta—en la lejanía histórica de Minos—había sido el vértice donde confluían Oriente y Occidente, como dos mundos distintos e irreconciliables, el Greco simboliza el choque de dos fuerzas encontradas y poderosas. De una parte, el paisaje exterior, hijo del color y de la luz, que le entraba por los sentidos. De otra, el sueño del espíritu, que pugnaba por desbordársele hacia la vertiente exterior de la vida en torrente genial y caudaloso. Por eso la obra de Domenicos Theotocópulos es el triunfo de la luz interior, imaginativa y fantástica, sobre las conocidas perspectivas de un mundo real que a él no le interesaba. Mas ese «interiorismo» pictó-

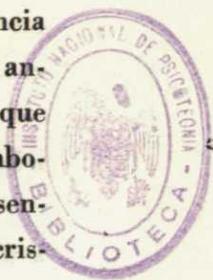
rico tenía—lo comprueba la juvenil educación monástica del maestro—una remota causa teológica, que sólo sobre el implacable horizonte de Castilla rindió su más acabado florecimiento.

Toledo encerraba para el Greco una artística resonancia bizantina, que a un hombre de Creta —la ciudad de las antiguas oposiciones ideológicas— tenía necesariamente que agradar. Porque Bizancio fué, en último término, el símbolo de una inacabada contienda moral entre el sentido sensual y dulce de la vida y el venturoso y difícil rigor del cristianismo.

Se trataba de una ciudad terriblemente humana. Como humano —es decir, peleador entre dos vertientes— era el espíritu del pintor de Creta. El arte de Bizancio había reflejado el complejo sentido de aquel lacerante dualismo. Del mismo modo que el Greco representa el contraste de las dos incompatibles vocaciones de la tierra y el cielo.

Una exaltación definitiva e insobornable de lo celestial y ensoñado fué el signo de esta pintura desconcertante. Y en todo ello no faltó el acatamiento racional a un orden superior de carácter metafísico. Si el Greco fuese un visionario, como quiere Ramón Gómez de la Serna, sus visiones «ultra-terrenas» no eran una pura y caprichosa invención. Pensemos, si no, en la disputa del maestro con los jueces de la Inquisición sobre la dimensión teologal de las alas que pintaba a Sus Angeles, y veremos en el triunfo de la tesis del cretense el fuerte apoyo que encontraba su desorbitada imaginación en el equilibrio remoto de la Teología.

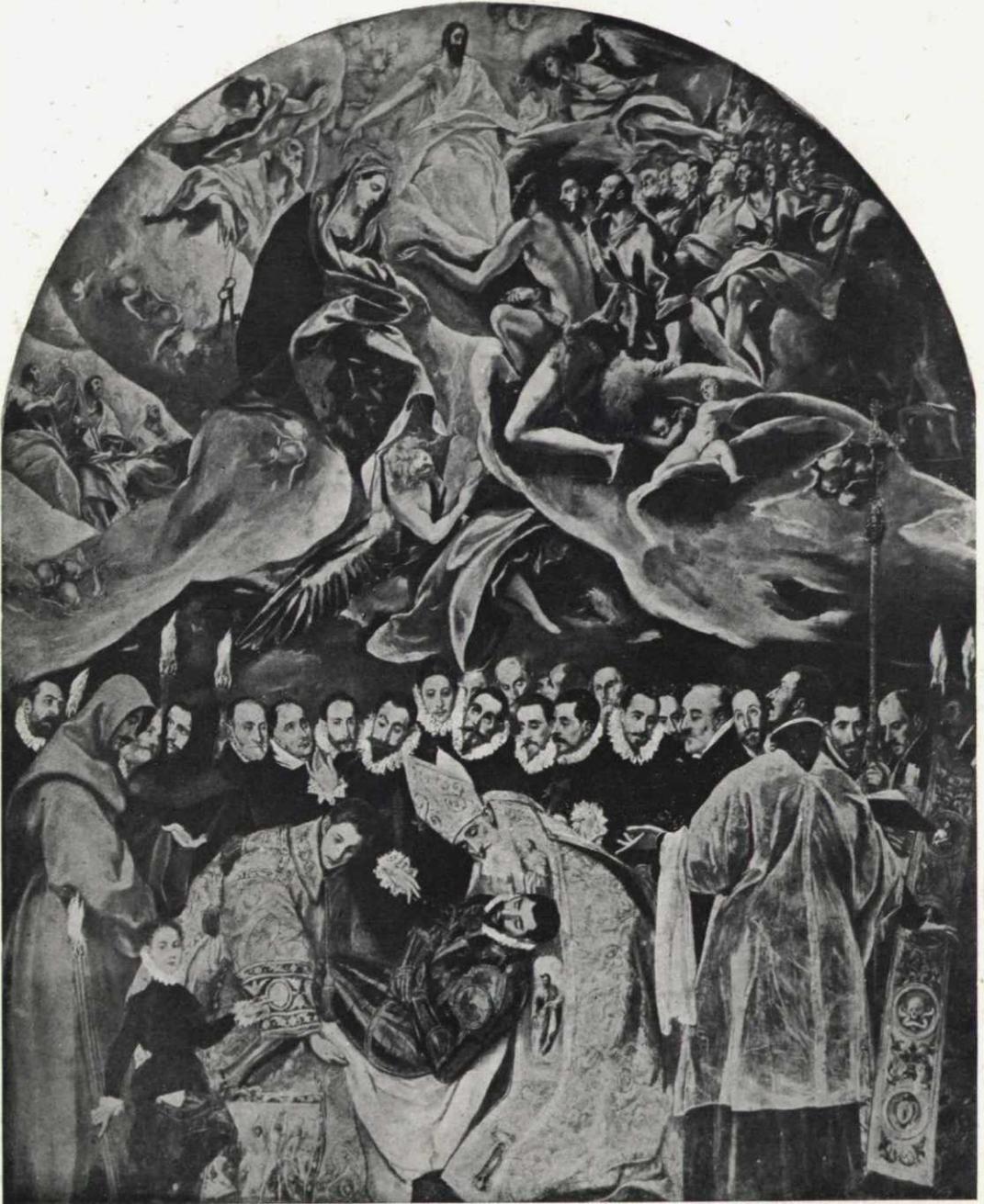
En sus más trascendentales creaciones, el Greco descubre su alma escindida en dos opuestas direcciones. La escena de un entierro no dice nada al maestro si no está coronada por



la visión fantástica —alegórica e irreal— de un trasmundo que el pintor describe con gracia y valentía prodigiosas. Con razón ha dicho Beryes que en el «Entierro del Conde de Orgaz», el maestro pintó a sus contemporáneos tal como eran en la tierra y del modo que podían ser más allá del sepulcro. Cada hombre y cada Bienaventurado es como se puede ser en el supremo instante de hacerse presencia tangible Dios.

La escena del «Entierro» descubre a un soñador, acaso a un visionario, pero jamás a un alma esclava de la locura. Hasta entonces los pinceles jamás habían descubierto el horizonte de la vida inmaterial. He aquí el supremo hallazgo del Greco. La pintura se mueve aquí por el reino de lo supra-sensible. Las formas, el color, la luz, se agudizan hacia una culminación de prodigiosa realidad. Con elementos tangibles —ropajes, nubes, figuras— el Greco inventa un paisaje celestial, ingrávito, impalpable, que sólo pudieran comprender los Angeles. Hay allí una feliz desarmonía gloriosa. Un orden estético sorprendente campea en aquel conjunto cenital. La terrenal vestidura del realismo inferior del cuadro se desnuda en perspectivas prodigiosas cuando el maestro diviniza el tránsito feliz del bienaventurado Señor de Orgaz. Ya ha desaparecido el «manierismo» deleitable del Renacimiento. Se esfumaron de pronto aquellas opulencias rosadas, de nubes de algodón y niños gordinflones. Ahora es otro el paisaje. El espectador —acostumbrado a aquellas blandas dulzuras renacentistas— se desconcierta ante estos cielos lívidos; frente a la profundidad insondable del gris ceniciento, a cuyo borde, como al de un abismo insondable, el alma siente el vértigo del infinito.

Sí; el Greco llegó a la infinitud de la eternidad, no a tra-



El entierro del Conde de Orgaz

vés del sombrío «tenebrismo» de Ribera o de Zurbarán, sino dando una transparencia de luz lívida y gris a la gracia eterna de sus hallazgos celestiales. Así, la característica del Greco es —como dice Gómez Moreno— la de hacer asombrosamente compatibles la técnica con el carácter.

Se trata de un genio pictórico, fluctuante entre la invención y la realidad. Las dos formas modernas del impresionismo y del expresionismo conjúganse de modo prodigioso en el alma del maestro.

Hasta que aparece el Greco nadie había pintado los cuerpos, sin peso, aligerados místicamente de volumen, en una agudización señorial de formas, que en su asombrosa esbeltez parecían apurarse hasta el límite supremo de su propia y sobrenatural deshumanización. Por eso el Greco es, ante todo, el pintor de la ingravidez. Sus Angeles, sus Vírgenes y sus Cristos, cuando surgen entre los jirones de las nubes malvas de sus cuadros, no tienden a caer pesadamente sobre la escena humana que se recoge en la parte inferior del lienzo. Y así, mientras el cuerpo del Señor de Orgaz, ricamente cubierto con pavonado arnés, se derrumba con blanda pesadumbre, en la que para nada cuenta la rigidez de la muerte, entre las amables figuras de San Agustín y San Esteban, arriba hay una gloria ingrávida, donde las figuras no pesan, como si todo el conjunto celestial que el pintor descubre tuviese realmente la sublime levedad que es propia de la eterna bienaventuranza.

Pero el Greco tiene, ante todo, una cualidad singular. No sólo retrata el cielo, desgarrando las nubes para desentrañar a la excelsitud de la gloria su maravilloso secreto. El Greco se plantea en el «Entierro del Conde de Orgaz» la más ambiciosa y audaz empresa que la pintura universal había co-

nocido: la de pintar el alma. Y ahí está, como escapada de la naturaleza, bella y exánime, del Señor de Orgaz, su alma bienaventurada elevándose, como en un milagroso trance de levitación, hasta la altura soñada de su Dios.

El alma está ahí. Es casi como una nubecilla trasparente e informe como una crisálida. Tiene una remota forma, leve, de niño. Y un Angel apenas la sostiene entre sus manos. San Juan Bautista y la Virgen van a presentarla ante el Señor. Un ala del Angel, el pliegue airoso de su vestido y el alma diminuta del Conde de Orgaz atan la grave composición inferior del «Entierro» con la visión suprasensible de su tránsito a la eternidad. Todo está resuelto sin brusquedades ni ficciones. El observador comprende en su magnitud el terrible misterio. Por el lienzo se difunde una dulce naturalidad. Y mientras abajo la medida y el equilibrio son perfectos, arriba la desarmonía llega, en su bellísima plasticidad, al máximo del riesgo pictórico y, con ello, al hallazgo definitivo de la perfección.

Jamás, hasta llegar al Greco, el alma del hombre había sido reflejada por los pinceles. El espíritu, al librarse de su mortal y terrena vestidura, asciende hasta la presencia de Dios, como una sutil y trasparente nubecilla de humo apenas recortada en la forma de una imprecisa y desdibujada figura infantil. Hay como un dulce consuelo espiritual al descubrir, paso a paso, cada uno de los secretos que encierra esta sorprendente composición. Las figuras humanas responden a tipos de la época. Allí están el jurista don Antonio de Covarrubias; el mayordomo de la fábrica de la Iglesia, Juan López de la Cuadra, o el vecino de Madrid don Andrés Vázquez. Todos son rostros conocidos, apresados al lienzo con una monográfica sencillez. Con la misma naturalidad con

la que el Greco ha retratado limpiamente para que el observador pueda aceptarlo, sin reservas ni vacilaciones, el tránsito mortal de D. Gonzalo Ruiz de Toledo, Caballero de Orgaz.

A partir de aquella pintura, el alma teológica española encuentra una racional y limpia explicación a sus dogmas y a sus misterios. La muerte es así. Y el paso de la vida terrena a la inmortalidad del cielo no es un sueño del espíritu místico de España; es una realidad elemental, sencilla y gloriosa, que el Greco retrató un día con ingenua y divina naturalidad.

* * *

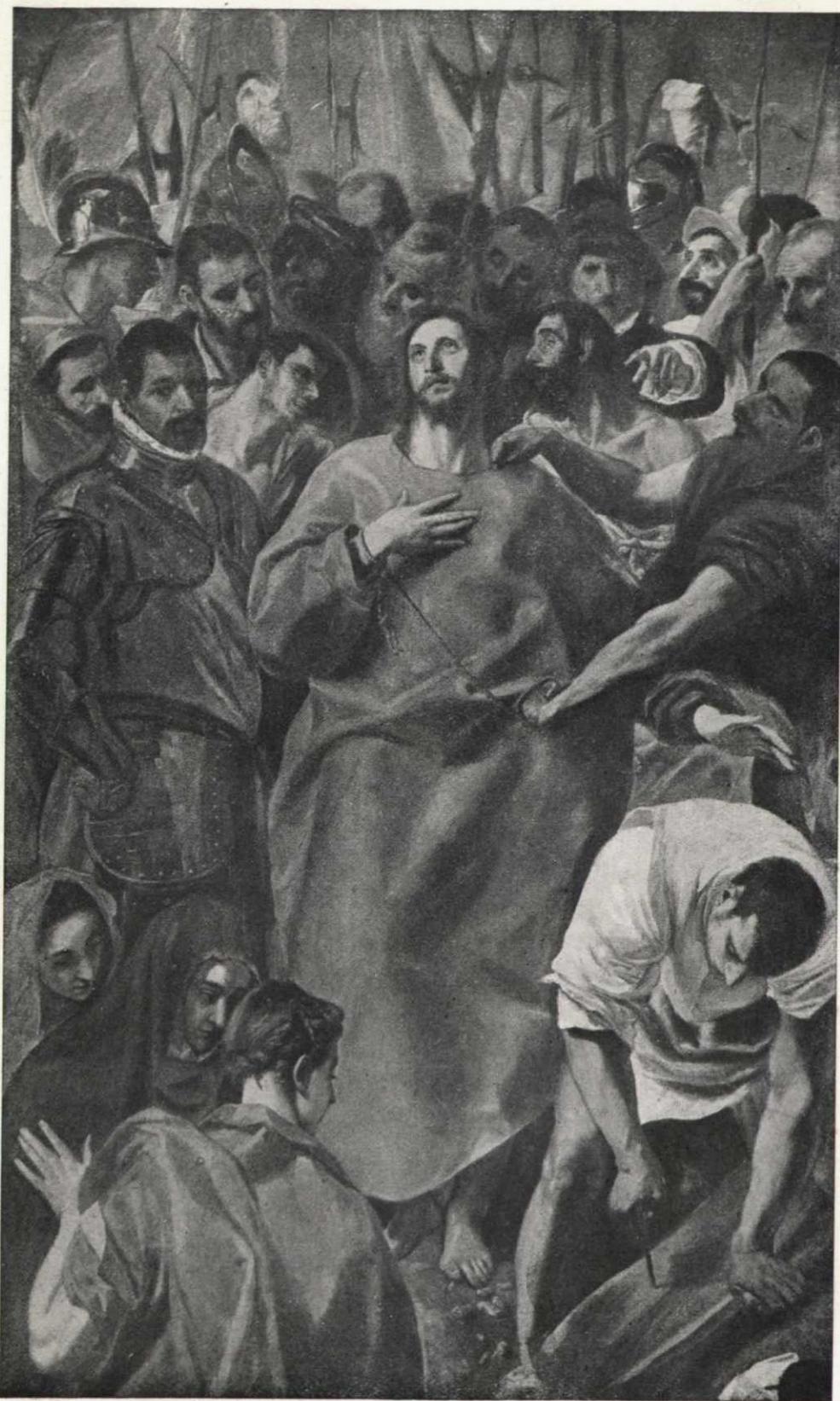
El sentido español de la muerte es la consecuencia metafísica del estado de desesperación del hombre ante la tortura de su propia inmortalidad. Este misterio desgarró el alma en agonías de tristeza infinita. Un ímpetu inmortal nos empuja, con la audacia y seguridad de jóvenes corceles, hacia las horas —esperanzadas y luminosas— del futuro. Pero este galopar de nuestro pulso es la medida del tiempo, con la que se cuenta —uno a uno— cada minuto que nos queda por vivir. El espíritu se debate, como una alimaña aherrojada por libertarse de esta congoja del tiempo irreversible. Entre el tesón de vivir por vivir y la tortura de la muerte, presentida e inesquivable, el hombre va secando su vida, hora a hora, cómo año a año agosta la naturaleza su florida verdura. Todo es una pura ignorancia —una feliz estupidez de bruto—, hasta que un día, la razón llama a la intimidad de la conciencia para confesarle su terrible secreto: que todo aquello, la luz que deleita nuestros ojos, la tierra sobre la que vivimos, los seres entrañables de los que nunca quisiéramos alejar-

nos, todo es nada. O lo que es peor. Es humo, sueño, ilusión. Que nada nos atará a su destino, ni nosotros nos abrazaremos indestructiblemente con nadie. Que un día haremos, por fin, una última y definitiva travesía, para la que no necesitaremos nuestro humano bagaje.

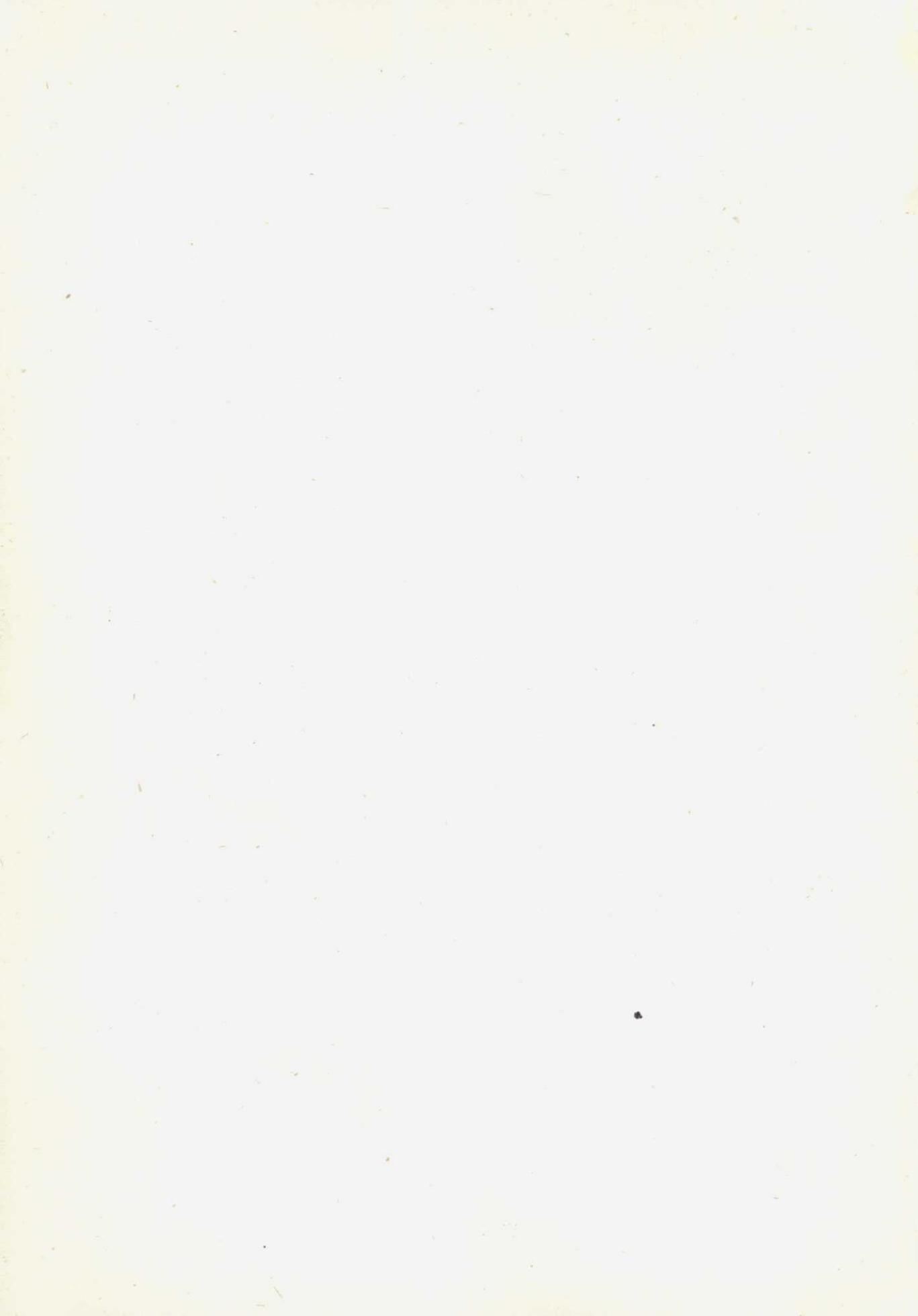
Es entonces cuando el hombre se contempla por primera vez como reflejado en las aguas negras y brillantes de un abismo sin fin. Aquel abismo, inevitable y sugestivo, odioso y atrayente, que un día acabará por tragarle en su vacía e infinita negrura. Ya el hombre tiene conciencia de su muerte. Sabe que ésta no será la sorpresa de un minuto imprevisto. «Se da cuenta» de que es ya una realidad de «hoy». Que él, como hombre, como ser humano, como presencia física de un cuerpo entre cuerpos, se ve muriendo, desde ahora, paulatina y trágicamente. Esa conciencia de la muerte es para el hombre como el purgatorio de todas sus ingenuas y naturales alegrías.

No se trata de un castigo posterior, postergado en el tiempo a las horas de los goces supremos. Es una dramática condenación contemporánea, actual, que lucha por compartir con la felicidad presente sus mismas horas únicas, sus mismos indivisibles minutos. Es una maldición que acaso el hombre se merece por su gran equivocación de existir. «Porque el delito mayor del hombre es haber nacido.» Sí; la existencia es ya una forma lenta e implacable de muerte.

Desde todos los ángulos de la vida nos asalta el fantasma de la fugacidad inevitable del vivir. Estamos haciendo méritos para el premio final de nuestro acabamiento. Como si en las antiguas olimpiadas el héroe tuviese como trofeo último, no el laurel de la victoria, sino su propio y vital sacrificio. Corremos, sí, atropelladamente, arrollando a los que nos estor-



El Expolio



ban; tenemos prisa por llegar —¿adónde?—, y cuando nos creemos al umbral del triunfo, la corona del vencedor es el silencio y la soledad de la muerte. Nuestra corona es también de espinas, de profundas y heridoras espinas, que nos taladran con infinita crueldad el corazón.

El sentirse un ser para la muerte es considerarse ya con el plomo en las alas, alicortado para el vuelo de la ilusión. Y así nos movemos, vivimos y luchamos, inventándonos esperanzas remotas e imposibles. Rehacemos a cada nuevo amanecer nuestro viejo programa de ilusiones fallidas. Edificamos el antiguo mundo de nuestros anhelos y nos lanzamos a soñar, a quemarnos la vida en el trabajo de cada día, para adormecer el dolor de nuestra fatal extinción sobre la tierra.

Soñamos, sí, con infantil credulidad, en hacer inagotable la vida, mientras a nuestro lado el mundo entero alza contra nosotros el trágico clamor de su aniquilamiento. Todo lo que es perecedero y caedizo, mudable y fugaz, nos confirma que nosotros caeremos, nos iremos para siempre también. Y así, una angustia indefinible, vaga y melancólica nos va cubriendo de sombras mortales los claros horizontes del alma atormentada. Venimos a ocupar un puesto en el espacio, en un espacio que no nos necesita, y que un día prescindirá de nosotros, sin darse cuenta de que hemos sido sustituidos por otros seres distintos, que también se debatirán inútilmente ante este dolor de morir viviendo.

— España ha reflejado esta angustia de la vida mortal en las obras mejores de su pintura. El Greco es, por ejemplo, el maestro que ha dado más sentido de dolor irremediable al trance de la muerte. Y es que sólo un pueblo que piensa a todas horas —porque este pensamiento es de garbo teológi-

co— en que vive muriendo es capaz de morirse en paz, porque antes se ha pasado la vida luchando.

«Esta vida es una muerte», dicen los cansados de tanto luchar por vivir. Y se aniquilan, en la batalla diaria, en busca de un seguro porvenir, sin darse cuenta de que lo único seguro que está por venir, de verdad y para siempre, es su propio e irremediable acabamiento.

Así, en el «San Mauricio» del Greco, la legión tebana —interpretando su ejemplo a la española— espera con asombrosa serenidad la muerte. Porque morir en paz es lo que le queda a un legionario —como Mauricio—, cuya vida se concibe sólo consagrada a la guerra. Pero todo hombre —esté o no esté a sueldo del Emperador Maximiano— es un combatiente irremediable contra todo lo que cree que va contra su propia vida, aunque sea él mismo, acaso, el que abra —sin saberlo— los caminos a todo aquello que vaya a favor de su propia muerte. El guerrero vive para luchar. También la vida es lucha para el hombre del Renacimiento. Así, Petrarca, siguiendo a Heráclito, decía: «*Omnia secundum litem fieri. Et quae vicissitudo dicitur, pugna est.*» Pero, como en el caso de San Mauricio, cuando el combatiente es cristiano de raíz, entonces vivir para luchar es sinónimo de luchar para vivir, que es lo contrario de la lucha por la vida de los egoístas y de los cobardes. La muerte tiene razón de ser cuando la corona, como en el cuadro del Greco, un alegre dosel de ángeles. Entonces no importa haberse ido muriendo en el sueño de la vida, porque el alma con la muerte —como diría D. Miguel de Unamuno— despierta de una vez a la inmortalidad.

El «San Mauricio» del Greco es un guerrero que afronta, sereno, casi feliz, el tránsito de su último minuto, como

dándonos a entender que los héroes de la milicia humana y terrenal llegan a serlo porque esperan que la eternidad les hará después también capitanes de la otra milicia, bella y angelical, del cielo.

Así, también el Greco trasparente de indefinible serenidad el rostro admirable del personaje central de «El Expolio», porque Cristo fué el primer héroe humano que sabía todo lo que empieza detrás de la muerte. Y aun Cristo mismo nos mostró cómo costaba sudor y lágrimas de sangre aquella tremenda heroicidad de la Redención. No porque de verdad le costara a él —cuyo Reino no era de este mundo—, sino que, como hombre, reflejó en su cuerpo todo el dolor y toda la angustia que sienten los pobres humanos en el momento de esa dolorosa renuncia a la gloria terrenal de vivir. San Mauricio, al llegar al umbral de la eternidad, está más cerca de Dios que del Imperio de su César; por eso muestra esa faz sobrenatural en la dulzura señorial del gesto. San Mauricio era, como lo son los espíritus bienaventurados, un aristócrata de la muerte. Las almas beatíficas —a quienes Dios se descubre en los linderos de lo desconocido— mueren señorial y aristocráticamente. Como murió el Caballero de Orgaz, con una bella gracia de santidad, que da a la hidalguía de su rostro una nueva ejecutoria de nobleza sobrenatural.

La muerte, en la pintura del Greco, es la tragedia del hombre de España, para quien la angustia de vivir sólo se cura con su propio acabamiento terreno. Las figuras de sus mortales personajes deberían reflejar esa desesperación que produce la impotencia humana ante su íntima e irremediable finitud. Pero el Greco ha salvado el alma de sus figuras. Y ha querido librarlas de esta dramática desesperanza última po-

niéndolas por dosel el mundo triunfal de un Dios que comprende y que perdona.

* * *

El miedo a morir no admite compensación posible. Ni siquiera la del cansancio abrumador de la vida. Aun sobre el desolado palacio en ruinas del pobre cuerpo humano, el hombre se aferra denodadamente a la vida. Es el temor ante el futuro, desconocido y en sombras. Y es también la tristeza de dejar aquel miserable soporte corporal, en el que el alma ha viajado por el paisaje cautivador del mundo. Nada hay que salve al hombre de esta congoja. La inmortalidad es un sentimiento del alma. Y porque la sentimos como una aptitud espiritual, la proyectamos hacia nuestros conceptos para dar justificación a las dudas torturadoras de la inteligencia.

La inmortalidad es una cualidad que el hombre no ha inventado. El la ha recibido en su alma. Si no fuera porque ésta tenía una suprema vocación de eternidad, el hombre jamás habría pensado en que hubiese algo más allá de su confusión final con la tierra. «Nos sentimos atraídos más allá de lo limitado y finito de la vida, hacia una lejanía pura», dice Dilthey. La voz de la inmortalidad clama dentro de nuestro corazón. Ella nos levanta, sobre el dolor cotidiano, hacia las cumbres soñadas de la esperanza. «No quiero morir, no; no quiero, ni quiero quererlo—decía don Miguel de Unamuno—; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo, que me soy y me siento ser, ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia.»

Nadie quiere morirse. Nos hemos dejado conquistar por la



San Mauricio y la Legión Tebana

vida. Ella nos tiene tiránicamente reducidos y sojuzgados. Somos esclavos suyos. Esclavos de su luz, de su gracia y de su fuerza. Y sabemos que al final de esta deliciosa esclavitud está la muerte libertadora. Pero no queremos libertarnos así. Amamos la vida, y el amor gusta de sentirse atado, dócil y cohibido. Nos enlaza la vida a glorias efímeras. Y nosotros les asignamos una imaginaria dimensión de eternidad. Pero cuando podemos empezar a ser eternos nos desgarran el alma el temor de dejar aquellos sueños de la tierra, sobre los que cimentamos nuestra fugaz y huidiza felicidad.

Esta conciencia de nuestra propia desligadura final, este convencimiento de que de todo lo amable un día nos tendremos que desgajar, impregna de amargura la vida entera del hombre. El oscuro enigma que se entreabre—y ojalá no se abriera—al borde de la muerte es presentido—hora a hora—por el atormentado espíritu de la infeliz criatura humana. La muerte está ahí. No cabe escapatoria ni subterfugio. Todo en la vida se pudo un día esquivar. Pero este minuto es insoslayable. Llevamos en nuestra sangre la implacable vocación de la tierra. Ella nos grita con su voz eterna, imperiosa y tenaz, la gran convocatoria para ese final encuentro; para este desposorio postrero, en el que nuestra fidelidad a su tálamo será total y eterna. La tierra reclama su señorío último sobre la vida. En ella está el camino definitivo de nuestra sangre, esa sangre que un día se confundirá, con sus terrones húmedos, en unas nupcias entrañables y desgarradoras.

Hay un cálido camino en nuestro pulso que a cada instante nos descubre la llamada inexorable de la tierra. La terminamos por odiar; pero un día nos rendiremos en su seno,



entregados a su voracidad terrible. Y es que ella nos ama con el más admirable de los amores, con un trágico amor devorador. «Te comería a besos», dice la madre al hijo; pues a besos, también, de soledad y de silencio, nos irá tragando a nosotros nuestra madre la tierra.

¿Y qué hay detrás de todo? ¿Qué nos espera más allá de ese volver silencioso del barro humano al barro terrenal? Esta incógnita es la piedra angular del Mundo. Ella sostiene en el aire nuestra ilusión y nuestra desesperanza en el término medio, en el fiel —equilibrado y justo— de la balanza que mide los extremos de nuestra vida. Y todo sería monstruoso e inútil si no hubiera una razón final que nos descargase, que nos aliviara de nuestra amargura.

El Greco nos descubre este resquicio de luz esperanzadora en la mirada del Cristo del Expolio. Aquella ráfaga de luz que ilumina sus ojos, elevados con prodigiosa serenidad, con dulzura infinita, hacia las nubes, nos dice a los mortales que al otro lado de nuestro abrazo con la tierra se abre el camino de luz verdadera. Cristo lo dice, con mirada de paz, al linde de la muerte. Y el Greco nos lo repite en una eterna lección de religiosidad para el espíritu. El Greco devuelve al alma otra vez la gloria de la fe perdida. Sí; Cristo, cuando los sayones le van a desnudar para clavarlo en la Cruz, en un rapto de divina ausencia de los sentidos, ha elevado su mirada al cielo y casi sonrío, con el gesto dichoso del que está cruzando ya el dintel de la felicidad.

Contagiado del eterno teologismo español, el pintor de Creta rasga con sus pinceles las sombras que ocultaban el misterio del Mundo. La vida empieza ahí. Morir es alcanzar la verdadera sonrisa perdurable. Pero antes hay que sufrir el expolio, hay que despojarse de todo, desprenderse de todo

lo que nos ata a la vida y, por último, crucificarse frente al Mundo. Ya no hay que temblar ante la idea de desgarrar el alma, de desprenderla de la carne. Dios está ahí, para llevarnos con sus brazos más allá de la muerte —como, rezando, le pedía Unamuno—, para mirarnos en su cielo a los ojos antes de que éstos se nos vayan a apagar para siempre.

Ese cielo de Dios es el que el Cristo del Expolio contemplaba en un éxtasis, como dándonos a entender que en la trayectoria luminosa de su mirada estaba el camino verdadero de la inmortalidad.

GEOGRAFIA Y DIDACTICA EN "OS LUSIADAS", DE CAMOENS P O R L I L L O R O D E L G O

LA doctrina entera de Séneca—este Séneca consolador del que vacila y sufre—condénsase muchas veces en un pensamiento central muy acusado: el padecer es ya señal de elegido. «Dios endurece, reconoce y ejercita a los que ama; y al contrario, a los que parece que halaga y a los que perdona, los reserva para venideros males.» Así escribe en aquel dulce tratado *De la Divina Providencia*. Juicio y palabras que nos vienen ahora, cuando con suave ánimo queremos asomarnos a ese altísimo poeta Luis de Camoens, «el Divino», como Lope le llamara. Todo en él—sueño, ambiciones, amor—suenan a inaccesible y a derrota: igual que en nuestro Cervantes, soldado como Camoens, preso como él, desvalido, hermanos uno y otro hasta en nobles heridas guerreras. Parece—leyéndolos—como si el genio hubiera de hacerse así: en la maceración y en la dureza. Señala Ostwald una vez—lo leíamos en *Les grands hommes*—las notas distintivas que nos advierten, desde la infancia misma de una vida, cuándo estamos en presencia de un genio posible, de un futuro gran-

de hombre. Y es que el genio brota y florece, desde muy temprano, con insinuaciones o con formas indudables. Así, Cervantes y Camoens—cada uno en su latitud y fecundidad—, a poco que se ahonde y cale, nos aparecen como ancho río suficiente, capaz de hacerse historia y hacerse inmortalidad.

Pero, dentro de esa fina geometría de los altos espíritus, lo que más conmueve en Camoens es aquella melancolía beethoviana de su vida caminante: soñar y sufrir, hacérsele verso la propia desventura, volvérsele emoción y caricia para la patria ancha todo aquel olvido de los hombres y aquel desamparo y aquella injusticia. «¡Ingrata patria!», llega a decir una vez, cuando parte para la India a bordo del «San Bernardo». Pero sólo es un grito. Sólo una flecha, que se le escapa del pecho cargado y herido. Luego—noble volver del ánimo fuerte—, luego pónese a cantar. Sufrir es señal de elegido, al modo que la ascética enseña. La tribulación—lo dice nuestro Padre Rivadeneyra—no es sino privilegio para una vida gloriosa y fecunda: esta de aquí abajo y, sobre todo, la otra, auténtica y última. Pero ese sufrir hácese en un espíritu superior viático y andadura. Hácese ley: nota y dimensión que a Ostwald se le escapara, y que el propio Cajal—él, transido de sinsabores en la hora primera—no advierte en sus *Reglas y consejos* con fuerza y claridad de teorema. Siéntese Camoens azotado por los vientos del olvido: envidia, encono, egoísmo. «El favorable aliento—dice a las Musas en el décimo canto de *Os Lusíadas*—que comunica mayor incentivo al ingenio, no lo da mi patria, no; porque está dominada por el infame vicio de la codicia y sumida en un abatimiento tenaz, indiferente y abyecto.» Pero él, incomprendido y triste—espíritu y finura bajo el ceño adusto—,



él se da a la homérica tarea de buscar eternidad para la patria y para los hombres que la merecieran. «Bajad, señor—dice el poeta al rey Don Sebastián—; bajad hasta mí vuestras reales y benignas miradas, y veréis un nuevo ejemplo de *amor a los grandes y portentosos hechos de la Patria*, celebrados en numerosos versos.» Y refiriéndose concretamente a los hombres, escribe: «Tampoco dejarán mis versos en el olvido... al terrible Alburquerque, al fuerte Castro y *a otros muchos, sobre los que no tuvo poder la muerte.*»

HISTORIA Y PATRIOTISMO

Porque en todo el caudal de su bella poesía, lo que más sobrenada, sin duda, es un hondo hervor histórico. La pasión ciega de Camoens no es sino pasión de Historia. Sus líricos arrebatos—el más fino verso se le quiebra en nobles, fugitivas hipérboles—no son sino trozos de un gran himno total a la Patria amada. «Veréis—le dice al rey, refiriéndose a sí mismo—este amor patrio, no motivado por un deseo de vil premio, sino por otro más elevado y casi eterno.» Amor patrio: macizo, indesviable, recto como un alto chopo. Camoens, por eso, no perdona a Magallanes. «De suerte, hija mía—dice Júpiter a Venus—, que los lusitanos mostrarán un esfuerzo sobrenatural como jamás se había visto desde el Gangético mar hasta el Gaditano, ni desde el mar Glacial hasta el estrecho que descubrió aquel resentido hijo de Lusitania...» «Navegando a lo largo de esta costa—relata Tetis a Vasco de Gama—, que será vuestra, *Magallanes, portugués en los hechos, pero no en la lealtad*, procurará llegar a su límite meridional.» Tremenda injusticia de Camoens para aquel recio

hombre que amó a su patria, aunque no pudo soportar los desvíos y la dureza del rey Don Manuel.

Pero en el orden didáctico—a eso sólo queremos asomarnos al leer ahora *Os Lusíadas*—es indudable que pocos libros podrán enseñar a la infancia y a la juventud portuguesas una más alta lección de patriotismo. Nada mejor para templar y mover nuestras juventudes—tanto como se habla de tónicos de la voluntad—como volverlas hacia la lectura de los clásicos. Nosotros, españoles de ahora, con el rostro y ánimo mirando al Aureo Siglo, nos olvidamos, sin embargo, de aquella literatura—si queréis, ingenuamente fogosa, de cándidos arrebatos exaltadores— que cantó gestas y hombres de valor impar. El verso, para nosotros, es, en esta hora, sólo sutilidad y melodía y metáfora, y así se nos escapa, se escapa a nuestra blanda sensibilidad—enferma de terciopelos y sonidos, de objetividad y deshumanización—, aquella magnífica poesía heroica del XVI y del XVII, caldeadora y noble. En *Os Lusíadas* tienen los portugueses una gran cantera didáctica aprovechable. Los versos limpios de aquel primer poeta del Portugal amado y hermano están repletos de sustancia histórica, de emoción y sentido patrióticos. De ningún tratado orgánico, de ningún libro ordenado y científico podrán allí extraer tantas lecciones de historia—una historia caliente, formativa, de abrasado amor hacia la propia alma portuguesa—como de aquel noble poema cimero y maravilloso que Camoens sintió y escribió.

También nosotros, españoles, cuando queramos templar nuestras juventudes, incluso desde el aula primaria, hagámosles leer obras y trozos de aquella épica que supo cantar la audacia navegante y descubridora de unos hombres—buscaban geografías para Dios—y supo realzar victorias y hazañas

de reyes y súbditos, desde la *Araucana*, de Ercilla, hasta la *Napolisea*, de Francisco de Trillo; desde la *Carolea*, de Sempere, hasta la *Austriada*, de Juan Rufo; desde *La Nueva México*, de Gaspar de Villagra, hasta las *Elegías de varones ilustres*, de Juan de Castellanos, y el *Nápoles recuperada*, de Francisco de Borja, y el *Carlo famoso*, de Zapata, y la *Conquista que hicieron los Reyes Don Fernando y Doña Isabel en el reino de Granada*.

LECCION DE GEOGRAFIA

En el máximo poema de Camoens, escrito entre amarguras, lejos del Portugal amado, hay aspectos que, al revés que otros de historia patria, son de más universal validez didáctica. Nos referimos, por ejemplo, a un sentido de creencia y de fe —de hondo y puro providencialismo— que sirve a Camoens para cuajar sus más emocionados versos. Y no sólo al acusar su propio espíritu religioso—«¡Oh secretos del Ser Eterno, que juicio alguno logró alcanzar!», dice el poeta, sumiso y entregado—, sino al poner en los otros, súbditos o reyes, sentimientos o palabras de católica fe. Dice al rey Don Sebastián, en el canto primero: «Y vos, bien nacida y segura prenda de la libertad lusitana; vos, de quien el cristianismo espera con razón su acrecentamiento; nuevo terror de la infiel lanza mora; portentosa maravilla de nuestra edad, que Dios concedió al mundo en que impera para que el mundo le rinda homenaje de sus victorias.» «Mi ley—hace decir a Vasco de Gama—es la de Aquel a cuyo imperio obedece todo lo visible e invisible; la de Aquel que creó los mundos y cuanto está animado o carece de alma; la de *Aquel que sufrió mil injusticias y una muerte cruel y afrentosa, y que bajó*

del cielo a la tierra para subir a los mortales de la tierra al cielo.»

Los versos de Camoens tejen la Historia al hilo de la fe, bajo el alto dedo rector de Dios. Camoens, hombre del Renacimiento, se desentiende, sin embargo, de interpretaciones naturalistas, y hace correr por su bello poema exaltador un tierno providencialismo histórico, que adoctrina y educa. La lectura de *Os Lusíadas* emociona y agrada. Pero en torno a esos zumos morales y religiosos, Camoens, entre tanto bello verso, deja escrito un tratado de Geografía. Una geografía lírica, apta, por eso, para entrar en los dominios didácticos. Toda geografía—más allá del dato riguroso—tiene un no sé qué incitante e imaginativo. Hablar de países ignotos, de lejanos astros, de océanos inabarcables, es, con toda evidencia, encender y mover la fantasía. Si alguna ciencia es capaz de poner en el ánimo infantil—también en la adolescencia y la juventud—inquietudes, ambición y quimera, no hay duda que es la Geografía la más capaz de todas.

Por eso leyendo *Os Lusíadas*—andar y andar por tierras y mares—se aviva profundamente la curiosidad geográfica. Aprender geografía entre versos y exaltaciones es ejemplo de la mejor didáctica. No importa que Camoens, renacentista y poeta, emplee viejos vocablos, alegorías, acepciones arcaicas y desusadas. No importa que la astronomía entera la cuaje con nombres de la más sutil mitología. Así, a un mismo astro denomínale con palabras diversas. Al Sol, por ejemplo, le llama *Apolo*, y *Febo*, y, claro, *Hiperionio*, y *Ojo del Cielo*, hijo de *Latona*, etc. ; a la Luna la llama *Diana*, hermana del Sol, habitadora del primer cielo, etc. Ese arcaísmo y ese aludir a temas de vieja cultura, dan al relato—si está hecho con

la cimera maestría de Camoens—una seducción mayor, que incita, didácticamente, a quien lo lee.

Creemos, por eso, que el gran poema de Camoens puede servir, entre tantas otras cosas, como página geográfica—esbozo de geografía, claro es, bello esquema de tierras y mares en el siglo XVI—, de la que un día pueden extraerse alegorías y versos para ese gran tratado, por escribir aún, de geografía lírica hecho con trozos literarios, desde el Dante hasta Torcuato Tasso, desde Milton hasta Cervantes, sin olvidar nuestra gran novela picaresca, que, en el fondo, es novela de geografía; quiero decir de paisajes y hombres, tierras y mares. Poner en la didáctica un poco de poesía y hasta de misterio es buen recurso para el interés y la eficacia. Y eso lo llena sobradamente la obra de aquel dolorido poeta, enamorado de su patria, que se llamó Camoens.

ASTRONOMIA POETICA

En *Os Lusíadas*, verso a verso, léese una narración entera del Universo; tal como concebíase entonces, claro es: al modo del gran soñador Tolomeo. Todo el canto décimo, donde describe ya Camoens el retorno a la patria, está forjado entre alusiones geográficas. Pero en este aspecto de la astronomía hay, además, un tratado, un completo libro de texto. Cielo a cielo, según la concepción tolimiana, va cantando el poeta la arquitectura del Universo, «a grande machina do mundo», como dice en la estancia LXXX. Primero, el «cielo empíreo», el de los bienaventurados, que es el que inscribe y abarca a todos los demás. Luego, el «primer móvil». Después, el «cielo cristalino». Debajo, el alto octavo cielo, el firmamento, donde destaca el gran Zodíaco, «o largo

cinto d'ouro», como Camoens define. Y así, uno a uno, con precisión y nomenclatura, pinta la totalidad de mundos: el cielo de Saturno, el de Júpiter, el de Marte, «*e Marte abaixo, bellico inimigo*»; el del Sol, «*o claro olho do ceo no quarto assento*»; el de Venus, «*que os amores traz consigo*»; el de Mercurio, «*de elocuencia soberana*», y el de la Luna, que cuenta de este modo: «*con tres rostros debaixo vai Diana*».

En el centro de todos coloca Camoens la Tierra, rodeada, como Tolomeo concibe, de diversos elementos: el fuego, el aire, el viento, la nieve. En ese centro está la morada de los hombres, «*posada dos humanos*», como gráficamente explica.

No hay que decir la delectación con que el poeta, viajero de anchos mares, describe las estrellas y las formas y figuras—constelaciones—que ellas hacen. Parece que se le recrean el alma y la retina diciéndolas una a una: el «Carro», la «Osa Menor», «Cefeo»—*Andromeda e seu pai, e o Drago horrendo*—, «Orión», *e do Oriente o gesto turbulento*, el «Cisne», la «Liebre», los «Canes», la «Nave», la «Lira». Y así, Camoens, viajero de océanos, es, en *Os Lusíadas*, fino cantor de la noche: la noche tranquila, cuajada de soles, del canto primero («*Da lua os claros raios rutilavan—Pelas argenteas ondas Neptuninas;—As estrelas os ceos acompanhavam,—Qual campo revestido de boninas;—Os furiosos ventos repousavam—Pelas covas escuras peregrinas*»); o la noche en tormenta, furiosa y temible, con los vientos desatados, del canto sexto («*Agora sobre as nuvens os subiam—As ondas de Neptuno furibundo;—Agora a ver parece, que desciam—As intimas entranhas do profundo:—Noto, Austro, Boreas, Aquillo queriam—Arruinar a machina do mundo*»). Siempre la noche en tormenta, gran tragedia del que navega,

quédasele a Camoens en el alma, y va dándola a lo largo del poema en recias pinceladas dramáticas.

La noche y el día, en todas sus fases, corren por el verso de Camoens. El crepúsculo de la tarde, puerta y vestíbulo de la noche, tiene en el poeta bellas insistencias. Y así la media noche, el amanecer, el día, etc. De igual modo, en las más alegóricas formas, va pintando las estaciones. Por ejemplo, dice de la *Primavera* en la estancia LXXII del canto segundo: «Era el tiempo alegre en que la luz fébea se acercaba al raptor de Europa, y en que Flora derramaba sobre la Tierra el abundante cuerno de Amaltea, y el presuroso Sol...» Describe el *Verano*, en la estancia XXVII del canto cuarto, de este modo: «Era en la calurosa estación en que Ceres deja los frutos a los labradores en las eras; en que el Sol entra en Astrea (Virgo) en el mes de agosto, y Baco extrae el dulce jugo de las uvas.»

CONTINENTES Y PAISES

El mapa que Camoens dibuja abarca una geografía extraordinariamente extensa. Pero no sólo acusan sus versos vagas o poéticas alusiones, sino que, dato a dato—montes, mares, ríos, pueblos—, va pintándonos la entera descripción del mundo. Así sucede cuando habla de *Europa* en el canto tercero. Incluso señala los límites, con escueta precisión de libro de texto: «Entre la zona que domina el Cáncer, meta septentrional del luciente Sol, y aquella, tan rigurosa por lo fría como la del centro por lo ardiente, se extiende la *soberbia Europa*, a la que rodean las saladas ondas del océano por la parte de Arturo y de occidente, y el mar Mediterráneo por la Austral.» Así, de modo análogo, van los versos de Camoens, a lo largo del poema, dándonos un poético mapa del mundo.

«*Asia* começa aqui que se apresenta—En terras grande, en reinos opulenta», escribe el poeta en el canto décimo. Y a continuación, con geográfica minucia, va dando países, ciudades, montes y ríos asiáticos. La descripción de *Africa* es interesantísima y minuciosa. Sobre todo* en el canto quinto. Países, costas, islas, todo va Camoens poniéndolo en boca de Gama, que cuenta al rey de Melinde el largo viaje de los portugueses. En cuanto a *América*, he aquí textualmente una estrofa de *Os Lusíadas*, del canto décimo:

*Vêdes a grande terra, que continua
Vai de Callisto ao seu contrario polo,
Que soberba a fará a lyzente mina
De metal que a cor tem do louro Apollo:
Castella, vossa amiga, será dina
De lançar-lhe o colar ao rudo collo;
Varias provincias tem de varias gentes,
Em ritos e costumes diferentes.*

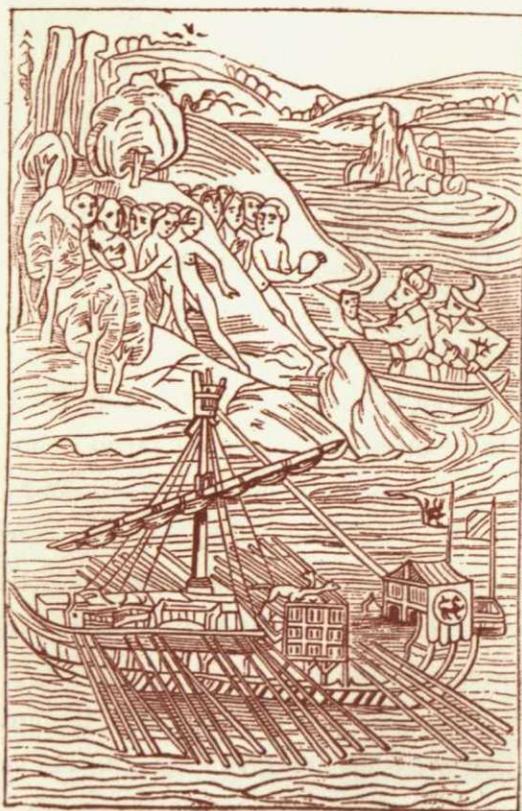
Camoens, luego, va tratando con detalle diversos países: Etiopía, India, Italia, Arabia, etc. A España, además de otras numerosas alusiones, le dedica en el canto tercero una descripción geográfica, donde refiere los pueblos diferentes que la forman, con algunos de sus rasgos psicológicos: el *tarracónense*, «que se fez claro sujeitando Parthenope inquieta»; el *navarro*, el *astur*, «que reparo ja foram contra a gente Mahometa»; el *gallego*, «cauto»; el *castellano*, «grande e raro», «a quem fez o seu planeta restituidor de Hespanha e senhor d'ella, Betis, Leão, Granada, com Castella».

CIUDADES, MARES Y RIOS

A muchas grandes ciudades del mundo dedicales Camoens certeras alusiones exaltadoras. Dice de *Toledo* en el canto cuarto: «No faltaron los que habitan el reino de Toledo, ciudad noble y antigua, rodeada por las corrientes del suave y alegre Tajo, que tiene su origen en las sierras de Cuenca.» Refiere de *Sevilla* en la estancia IX: «Los vándalos, fiados en su tradicional valor, se reúnen en la capital de toda la Andalucía, bañada por las aguas del Guadalquivir.» He aquí lo que cuenta de *Cádiz*: «También se aprestan los hijos de la noble isla que los tirios habitaron en otro tiempo, llevando en sus banderas por insignia las columnas de Hércules.» A *Ceuta* la llama «a forte Ceita». A *Túy*, la «soberbia Túy». Entre las ciudades portuguesas destaca el poeta a *Belem*, *Evora*, «a nobre cidade, certo assento do rebelde Sertorio antiguamente»; *Cintra*, «a fría Sintra»; *Santarem*, «sempre ennobrecido Scalabicastro, cujo campo ameno tu, claro Tejo, regas tão sereno». Entre todas ellas, dos retienen con afecto la pluma de Camoens: *Oporto*, «la noble ciudad donde, según es fama, tuvo origen el nombre eterno de Portugal», y, sobre todo, *Lisboa*, «nobre Lisboa, que no mundo — facilmente das outras és princesa, — que edificada foste do facundo, — por cujo engano foi Dardania accessa». Para muchas otras ciudades del mundo tiene Camoens alusiones y adjetivos.

Y eso mismo sucede con los mares. Y no hay que decir que con los ríos. Los ríos son la predilección de Camoens. Cuando tiene que centrar y situar una ciudad, hácelo siempre en función de su río. Desde el *Ganges* al *Tiber*, desde el *Eufrates* al *Indo*, desde el *Mondego* al *Muluca*, al *Miño*, al

Guadiana, al Duero, al Nilo, etc. Es natural que el río que más reiteradamente anota Camoens sea el *Tajo*. Para el Tajo tiene múltiples y bellas alusiones. Y así, le llama «ameno Tajo» (canto primero, XXV, y canto tercero, LVIII); «suave y alegre Tajo» (canto cuarto, X); «vacilante Tajo» (canto cuarto, XXVIII); «dulce Tajo» (canto cuarto, LXXXIV); «claro Tajo» (canto quinto, III). Todos los adjetivos va aplicándoselos: lejano, caudaloso, etc.



LA SABIDURIA EN LAS MUJERES

P o r L U I S A R A U J O - C O S T A

LA mayor parte de las mujeres que hoy ejercen la medicina, la abogacía, el profesorado, la literatura, hasta los oficios mecánicos que eran antes único patrimonio de varones fornidos, llevan la inmensa ventaja sobre las que fueron sus precursoras en otras edades de no jactarse de sabiduría y de no adoptar aires pedantescos. La afectación, el prurito de superioridad, el deseo de no parecerse a las demás mujeres, fué la causa de que en tiempos antiguos los literatos de primera línea se burlasen de las féminas sabias con donaire, con chispa que aún nos hace reír.

Hay dos comedias de Aristófanes sobre las mujeres que aspiran a equipararse a los hombres: *Las mujeres en la asamblea* y *Lisistrata*, de asunto unas miajas escabroso, y algunas de cuyas escenas no podrían acaso ser toleradas en teatros modernos. El *Económico*, de Jenofonte, señala el verdadero puesto de la esposa en el hogar. Pero la página inmortal acer-

ca de los vicios, chifladuras, maldades, ridiculeces y facetas de la existencia femenina, es la *Sátira VI*, de Juvenal, la más larga y también la más rica en cuadros pintorescos de una gracia y, a veces, de un cinismo incomparables. Esta *Sátira*, como todas las otras del poeta de Aquino hasta el número XVI, que se conservan, parece escrita ayer mismo. Es de esas obras que no pasan ni pasarán nunca mientras la Humanidad alienante sobre el globo. Juvenal no se refiere en esta *Sátira* a la joven, ni a la cortesana, ni a la liberta, sino a la mujer casada.

Póstumo, amigo del poeta, piensa casarse. ¿Se ha vuelto loco? ¿Dónde encontrar a la sazón (primer cuarto del siglo II) una mujer casta, no solamente en Roma, sino en las provincias y aun en el campo?

Las gentes de teatro las vuelven locas. Eppia, cuyo marido era senador, abandona el hogar para seguir la existencia aventurera de un gladiador más viejo y más feo que el esposo. Mesalina, la Emperatriz, no se cansa de ofender a Claudio con acciones que Juvenal cita y que en este sitio más vale callar. Pero la licencia es el menor de sus crímenes. Una se vanagloria continuamente de su dote; otra, de su belleza; la de más allá está poseída del orgullo nobiliario; la de acá tiene pujos de sabia y todo lo dice en griego, emulando al hablar la declamación de Hemo y Carpóforo, los actores en boga por entonces. Hay enfermas de la imaginación que no pueden pasar un solo día sin tener cerca de sí al médico elegante y afamado de Roma en tiempos de Domiciano, Nerva y Trajano, un sirio que se nombraba Arquígenes de Apamea. Naturalmente, está en boga el desnudo, incluso para las doncellas cuando peinan a las damas:

Disponit crinem laceratis ipsa capillis
Nuda umero Psecas infelix nudisque mamillis.



Juvenal va enumerando, hasta componer 661 versos, los diferentes ocios y vicios de las mujeres en la Roma imperial. Se olvida del juego. No se conocían las barajas entonces, apunta socarronamente Boileau, pues, de lo contrario, ¿cómo las mujeres no jugaban? Boileau, en su *Sátira X*, que es una imitación, réplica y trasunto de la VI de Juvenal, traza, en cambio, un cuadro animadísimo de las jugadoras que abundaban en su tiempo.

La pedantería femenina mereció más sátiras entre los franceses que entre nosotros. Apenas hay comedia de Molière donde no salgan al ridículo, para recreo de los espectadores, las «preciosas» y las «mujeres sabias» (título de una de sus obras teatrales), que, a fuerza de afectación, movían la risa. En España, aparte los moralistas como Luis Vives, fray Hernando de Talavera, fray Luis de León y muchos otros, muy pocos satirizan con donaire a la mujer aficionada a letras que quiere lucir a toda hora su instrucción. Ha de recordarse *La culti latiniparla*, de Quevedo, publicada en 1629, sátira admirable de los extremos a que conduce la pedantería femenina. También Lope de Vega, en *La dama boba*, opone al tipo de la protagonista una su hermana que no desmerece como pintura briosa al lado de las Magdelon. Cathos, Filamintas, Armandas y Belisas de Molière. Muy graciosa resulta en la Francia del siglo xvii cierta mujer sabia que sale a escena en la comedia de Regnard *Le coquete*, y que adopta como calendario para uso suyo y de las criadas el de Roma con sus calendas nonas e idus. «Era la manera de contar de los romanos», dice. «También es la mía, y no soportaré nunca que los servidores me den las fechas de otro modo.» Para la dama satirizada por Regnard, el 16 de marzo hubiera sido el día xvii antes de las calendas de abril.

La mejor sátira española de las mujeres es la de Vargas Ponce, *Proclama de un solterón a las que aspiran a su mano*. Las octavas reales que se dedican a la pedantería femenil no tienen desperdicio. El cuadro se ofrece más animado, y desde luego más decente, que en la sátira de Juvenal. Dice así el poeta gaditano:

Tampoco sabihonda, ¡Dios me guarde!

Asco da la mujer sobre un "in-folio";

La que a Plauto comenta y hace alarde

De ilustrar a Terencio en un escolio;

La que cita a Nason mañana y tarde,

Apostillando a Grevio y a Nizolio,

Vaya, si gusta, con Ovidio al Ponto

Y busque entre los getas algún tonto.

¿Dómine por mujer? ¿Purista? ¡Cuerno!

¿Qué tilde escapa de sus uñas horro?

¡Armar un zipizape sempiterno

porque en lugar de gorra dije gorro!

O bien, porque escribí sin h hibierno,

Verme tratar de bárbaro y de porro

Y dar la casa y la quietud al diablo.

¿Por qué? ¡Crimen atroz! ¡Por un vocablo!

Otrosí, traductoras, abrenuncio;

Harto habla una mujer sin diccionarios;

De caletre infeliz pícaro anuncio

Es llenar de sandeces los diarios;

De Jansenio y Molinos trate el Nuncio;

De hierbas y jarabes, boticarios;

Los pilotos, del viento y de la luna...

¿Qué toca a la mujer? Mecer su cuna.

¿De nada ha de hacer gala? Sí, de juicio.

¿No ha de tomar noticias? De sus eras.

¿Jamás ha de leer? No por oficio.

¿No podrá disputar? Nunca de veras.

*¿No es virtud el valor? En ellas, vicio.
¿Cuáles son sus faenas? Las caseras;
Que no hay manjar que cause más empacho
Que mujer transformada en marimacho.*

Por boca del poeta y marino de Cádiz habla el buen sentido. Su *Proclama del solterón*, pieza inevitable en toda antología castellana, supera en muchos puntos a sus modelos, que son las mencionadas y respectivas *Sátiras* de Juvenal y Boileau. La vida de don José Vargas Ponce se extiende de 1760 a 1821. A los cuarenta y dos años de su muerte, en 1863, la señorita Micaela de Silva respondió a su *Sátira* con otra también muy conocida: *Un novio a pedir de boca*. Nos parece sensato Vargas Ponce, y reímos de buen grado con la salática y andaluza que sazona su composición. En Micaela de Silva se admira mejor la verdad, el buen juicio en serio y a la pata llana, que la intención oculta y el sesgo satírico. ¿Cómo no rendirse a la razón de sus argumentos? ¿Cómo no admirar la robustez en algunas de sus octavas reales, por más que desmerezcan comparadas a las magníficas de Vargas Ponce?

También acompaña el buen sentido a Micaela de Silva cuando dice:

*Yo no puedo sufrir la extravagancia
Del hombre desdeñoso y altanero,
Que a la mujer prescribe la ignorancia,
Como si fuese en la familia un cero;
Con tal de que a sus hijos dé lactancia,
Que le cuide la ropa y el puchero,
Si a lo demás no atiende su cariño,
Cátedras hay en donde aprenda el niño.
Esto es hacer a nuestro sexo agravio.*

*Podrá muy bien el preceptor ajeno
Hacer al hombre un eminente sabio;
Pero a su madre atañe hacerle bueno.
Que los consejos de un amante labio
El niño guarda en su inocente seno,
Y rara vez el hombre, por fortuna,
Olvida el bien si lo aprendió en la cuna.*

Está para terminar la primera mitad del siglo xx. La mujer ha conquistado mucho terreno durante los últimos años en los saberes, en la sociedad, en la vida, hasta en la política. No le va mal a la mujer que sepa historia, literatura, ciencias, filosofía. En la actualidad—conviene repetirlo—no suelen ponerse en ridículo las mujeres sabias. Los métodos pedagógicos modernos, el tono mismo de la sociedad presente, no cuadran con la pedantería. Alguna ventaja habrían de tener entre los muchos inconvenientes y defectos en que es pródigo el vivir de ahora. La mujer que es sabia de veras, comprende su misión en el mundo, se da cuenta de su sitio en el orden general del universo, y por buen gusto innato, sin haber leído quizás el «Mulleres non esse homines», que se atribuye a Valente Acidalio, procura huir de la pedantería y de las situaciones en que puede hallarse con desventaja. En España nunca estuvieron en ridículo las mujeres de verdadero entendimiento y verdaderamente sabias. Los nombres de Beatriz Galindo, Lucía Medrano, Francisca de Nebrija, Santa Teresa y Sor Juana Inés de la Cruz son de ello testimonio.

No podría asegurarse lo mismo de madame Dacier, la traductora francesa de Homero en el siglo xvii. Su fama literaria, filológica y humanística consiguió cierta vez que sonara su nombre para cubrir una vacante en la Academia

Francesa. Parece que a la sazón una ceremonia en el acto del ingreso consistía en un abrazo a los demás inmortales. Madame Dacier se escandalizó de esta práctica en el protocolo académico. No quiso formar parte de los «cuarenta» (y jamás la formó mujer alguna en el organismo fundado por Richelieu), pero en seguida la obsequiaron con una sátira, de la cual queda como proverbio el verso siguiente, tan conocido de todos, incluso por Molière en sus *Mujeres sabias*:

Ah! pour l'amour du grec laissez qu'on vous embrasse!



LA OBRA
DEL
ESPIRITU

SE INAUGURA EN GRANADA LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Se ha instalado en el antiguo palacio del Conde Luque, adquirido por el Estado, en el que se realizaron importantes obras de reforma

La Universidad granadina rindió un homenaje de gratitud al Ministro de Educación

EN las fiestas conmemorativas del IV Centenario del Padre Suárez, celebradas en Granada, abrió sus puertas la nueva Facultad de Filosofía y Letras, como el mejor homenaje de su ciudad natal al insigne jesuíta, gloria de nuestras grandezas.

El ambicioso plan cultural del Estado, que abarca desde lo local hasta lo nacional, continúa la firme trayectoria, trazada con pulso firme por el Ministerio de Educación. Porque esta obra científica y formativa se desarrolla —siguiendo a Suárez— dentro de la ley y para el bien común.

La nueva Facultad de Filosofía y Letras de Granada, inaugurada el 16 de octubre por el Ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín, es un moderno edificio, ins-

talado en el antiguo palacio del Conde Luque, en la calle de Puentezuelas, residencia que fué de los señores de Pérez de Herrasti.

La adquisición del edificio y las obras de reforma realizadas importaron cuatro millones de pesetas. El inmueble fué adquirido por el Estado en dos millones de pesetas, y después se invirtieron 1.135.000 pesetas en las obras de reforma, aparte de 850.000 pesetas que importó la adquisición del mobiliario.

El edificio es de estilo neoclásico, que los arquitectos don Luis Wilhelmi y D. Luis Alvarez Cienfuegos han procurado conservar en las obras de adaptación.

En la parte baja del edificio se han instalado la Secretaría y despachos y siete aulas de distintas dimensiones. La Biblioteca, con capacidad para ochenta lectores, cuenta con las dependencias necesarias, y en una planta superior, en estanterías metálicas, se ha hecho el depósito de libros, donde hay más de 20.000 volúmenes. También se ha previsto la instalación de una capilla con la capacidad necesaria.

La inauguración de la Facultad en el palacio del Conde Luque da actualidad a la figura de D. Cristóbal Fernández de Córdova y Pérez de Barradas, conde de Luque, que hizo construir este palacio.

Fué hijo de D. Francisco de Paula Fernández de Córdova Egas-Venegas, conde de Luque, marqués de Algarinejo, de Cardenosa y de Valenzuela, que nació en su villa y palacio de Algarinejo el 10 de septiembre de 1739.

Durante el pasado siglo, la tercera mujer del Conde, ya fallecido éste, intervino activamente en los sucesos políticos de la época, algunos de los cuales tuvo como centro rector



El Ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín, en el discurso inaugural del nuevo edificio de la Facultad de Letras granadina



El Decano de la Facultad de Letras de Granada, Sr. Gallego Burín, en un momento de su disertación. Acompañan al Decano el Rector de la Universidad, Sr. Marín Ocete; el Director General de Enseñanza Universitaria, Sr. Alcázar, y el Director General de Propaganda, D. Pedro Rocamora

este palacio, que hoy, al correr el tiempo, se ha convertido en un moderno centro pedagógico.

Discurso del Ministro en la inauguración

En el acto de la inauguración del edificio el Ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín, pronunció las siguientes palabras:

«Solamente unas palabras que sirvan para cerrar este acto, en el que se ha hablado del extenso y ambicioso plan cultural del Estado español. El plan abarca desde lo local de Granada hasta el ámbito nacional. El Estado español, que Franco preside, ha nacido y vive para trabajar por la grandeza de España, y por eso todas sus actividades tienen una trayectoria nacional. Todo se hace pensando en el renacer de España. Ahora, al igual que en los tiempos de los Reyes Católicos, España puede volver a recobrase y dirigir sus pasos por su auténtico camino.

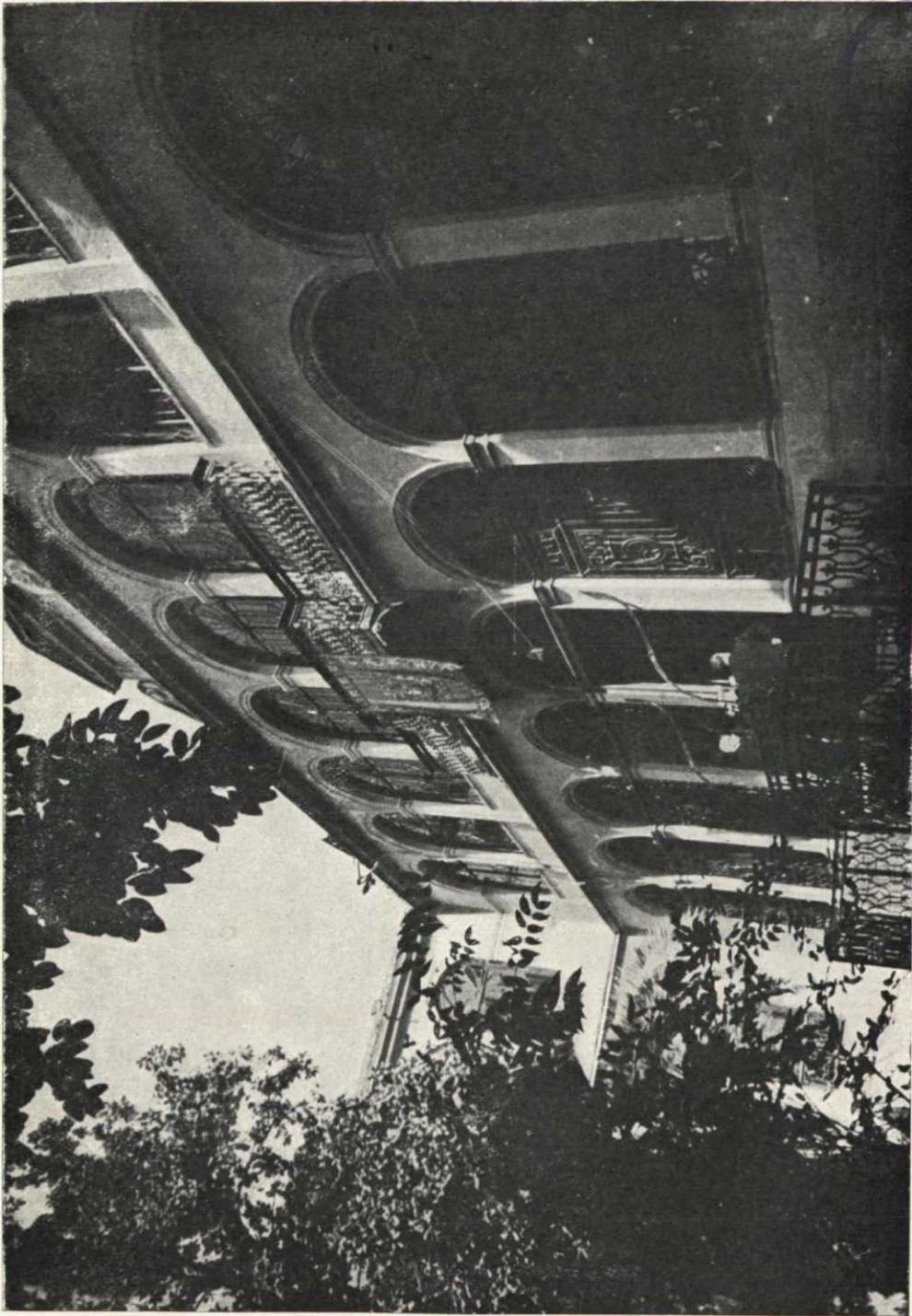
En lo que afecta al Departamento de mi cargo —siguió diciendo el Sr. Ibáñez Martín—, el plan en Educación Nacional es de grandes alcances, y para ello lo primero es devolver a la Universidad su auténtico sentido, su categoría y prestigio, como orientadora siempre de la vida nacional. Por eso, siendo importante para Granada la inauguración de este centro, no es más que una parte del desarrollo del plan nacional. En 1943 se promulgó la Ley de Ordenación Universitaria, y en el 44 aparecieron los decretos organizadores de todas las Facultades, y entre ellas está la de Filosofía y Letras, a la que se le da todo el rango necesario con sus siete secciones: Filología clásica, Filología semítica, Filología románica, Historia, Filosofía y Pedagogía, y, como remate de ellas,



la necesaria para seguir cumpliendo nuestra misión americana: la de Historia de América. Lo que se ha hecho en este aspecto hasta ahora de dar el rango necesario a las Facultades de Filosofía y Letras, aparte de dotarlas del material e instalaciones necesarias, abarca lo siguiente: tenemos la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, modelo en su género, y que admite la cooperación de cualquier otra del mundo, y en cuya reconstrucción se ha gastado tanto como costó hacerla de nuevo, y se ha edificado la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza. Además, se han hecho reparaciones importantes, hasta dejarlas en perfecto estado, en las de Barcelona, Murcia, Sevilla, Valencia, Valladolid —con la incorporación del Colegio Mayor de Santa Cruz—, la de Oviedo, con el Colegio Mayor de Santa Clara, y las de Salamanca y Santiago de Compostela. Estos días se firmará un decreto para la construcción de un nuevo edificio en La Laguna para Facultad de Filosofía y Letras. Y, en fin, aquí estamos, en este magnífico edificio, antiguo palacio del Conde de Luque, donde hemos escuchado a estos dos magníficos colaboradores del Ministerio de Educación Nacional, que son el Rector de la Universidad y el Decano de la Facultad.

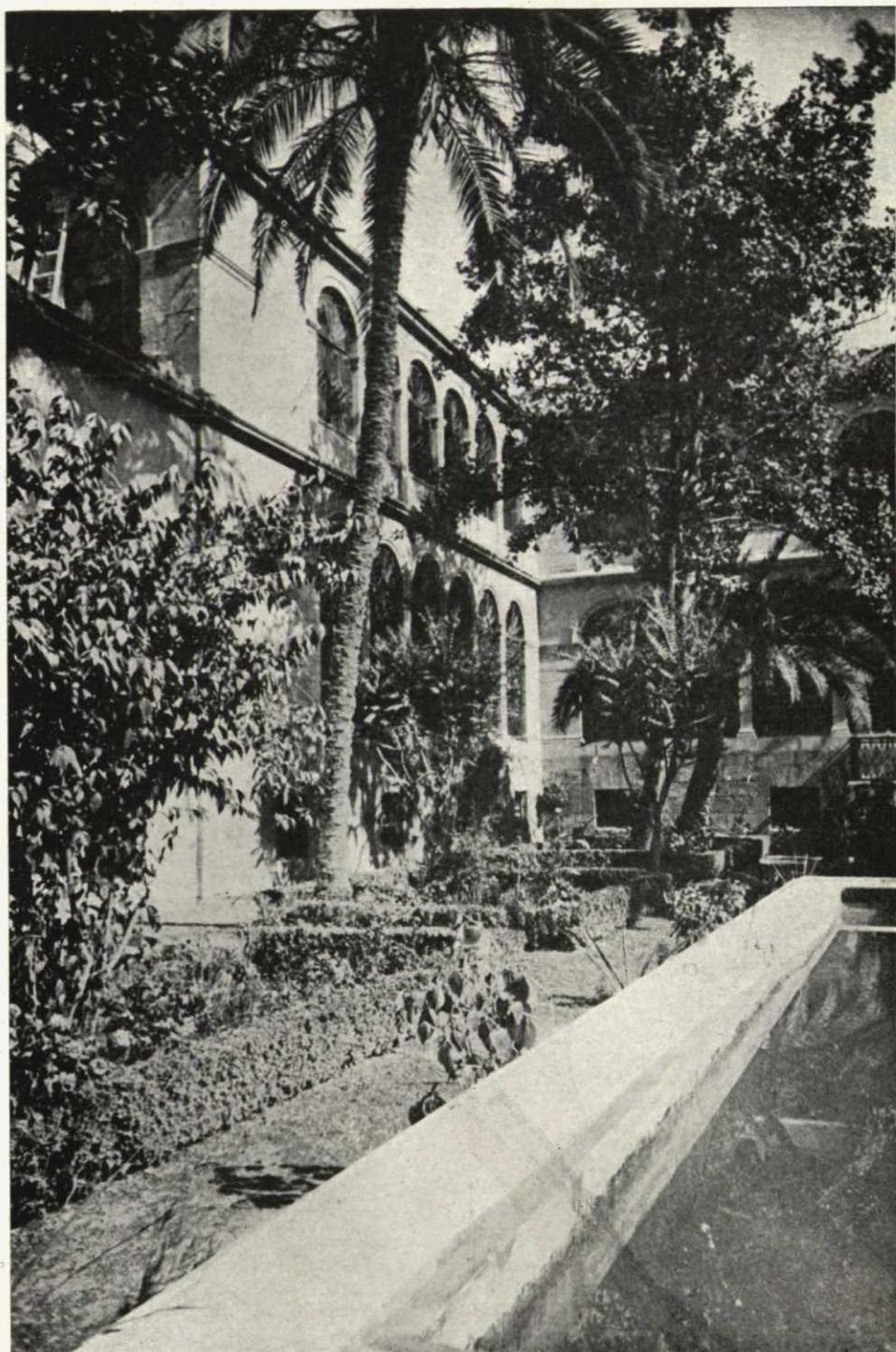
La coincidencia con el régimen del César Carlos, cuya estatua se alza frente al edificio de la Universidad, es visible, sobre todo en la ambición e ilusión de dotar a España de aquellos medios espirituales indispensables para alcanzar su grandeza.

El Caudillo Franco ha creado un régimen que cada día tiene una ilusión y un anhelo nuevo, y esto no se logra más que con el trabajo esforzado y fervoroso de todos, y dándose cuenta de que es imposible que el régimen pueda abarcar en pocos años una tarea que debió alcanzar un siglo entero. Pero



Un aspecto del nuevo edificio





Vista del patio de la Facultad de Letras de Granada

basta con desearlo y pensar que en el horizonte está la plenitud de la gloria de España, que no se logrará más que con el quehacer diario. Por eso hay que mantener viva la llama de la ilusión. Que Dios premia a los hombres por su fe y por su tesón. Que vuestro espíritu se llene de fe y de ilusión en la ejecución de la obra, como decía Santiago el Menor.

Y así, bajo la gloriosa capitanía de Franco, España seguirá por su ruta de trabajo y denuedo y alcanzará aquella cima gloriosa que le corresponde.»

Homenaje al Sr. Ibáñez Martín

No podía Granada dejar de rendir un fervoroso homenaje al Ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín, por la labor cultural que viene realizando en la bella capital andaluza. Por ello, la sesión académica fué dedicada a resaltar sus magníficas dotes personales y hacerle entrega después de la Medalla de Oro de la ciudad y del título de hijo adoptivo, además de serle ofrecida por el Claustro de la Facultad de Medicina una artística placa de plata repujada, en cuya parte superior figuran el suntuoso pórtico de la Facultad y los escudos de España, Granada y Teruel, provincia esta última de la que es oriundo el Sr. Ibáñez Martín.

PINTURAS ROMANICAS EN EL MUSEO DEL PRADO

HAN quedado instaladas en el Museo del Prado las famosas pinturas murales románicas traídas de la Ermita de la Cruz, de Maderuelos (Segovia).

El edificio, modesto, construido a fines del siglo XI o comienzos del XII, estaba desde hace muchos años sin culto; sus propietarios lo utilizaban como almacén de cereales y patatas. En diciembre de 1924 fué declarado monumento histórico-artístico, y poco después adquirido por el Estado, que costeó en él obras de consolidación. Un embalse importante, que se construye en sus cercanías aprovechando las aguas del Riaza, amenazaba con inevitables humedades la conservación de las pinturas, por lo que hubo de decidirse que fuesen arrancadas para instalarlas en el Prado, carente hasta ahora de ejemplos de este género histórico, tan estudiado y admirado. El Ministerio de Educación Nacional ha costeado la tarea, difícil y primorosa, del transporte e instalación, que ha estado a cargo de la pericia de D. Ramón Gu-

diol Ricart, de Barcelona, conocido especialista en estos trabajos.

Las pinturas fueron publicadas en 1907 en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* y estudiadas en 1929 por el docto hispanista norteamericano W. S. Cook.

Cubren las composiciones muros y bóveda de la pieza, y supone el Dr. Cook que falta la zona inferior, en la que se simularían cortinajes hasta el suelo.

En los muros se distinguen dos cuerpos. Del bajo se han perdido las composiciones que estuvieron a los lados del arco triunfal de entrada. Siguen los doce Apóstoles —destruidos dos casi por completo—; figuras solemnes, sentadas, de dibujo muy firme. En el frente, a la izquierda, el pasaje evangélico en que María Magdalena unge los pies de Jesús, y a la derecha, la Adoración de los Magos, aunque sólo se ha representado un Rey y del Niño resta muy poco. En los lunetos, encima de la ventana y del arco triunfal, se ve al Cordero de Dios, con nimbo crucífero, tenido por dos ángeles en violentísimo escorzo entre Caín y Abel orantes y oferentes, y la espléndida composición de la creación de Adán y el pecado original, una de las más notables de la pintura en la alta Edad Media.

En el segundo cuerpo de los muros laterales representanse: en el de la izquierda, la Virgen Anunciada, el Arcángel Gabriel, un serafín turiferario con las alas sembradas de ojos, según se describen en el Apocalipsis; otro ángel, y el símbolo de San Lucas con cabeza de toro. En el de la derecha, el símbolo de San Marcos con cabeza de león; un ángel que, quizá como el frontero, puede figurar a los evangelistas San Juan o San Mateo; otro serafín turiferario, un ángel y un santo arzobispo, a juzgar por el palio con cruces.

Llena la bóveda Cristo Majestad bendiciendo con el Evangelio abierto, dentro de la llamada «Almendra Mística», sostenida por cuatro ángeles.

El Dr. Cook ha subrayado el parentesco de estas pinturas con las del ábside de San Baudel de Casillas de Berlanga (Soria), como con las más notables catalanas, tales las de Santa María de Tahull, hoy en el Museo de Barcelona, tan rico en ejemplares románicos. La técnica con que están pintadas es la del fresco, de gran pureza y resistencia. Su fecha, el siglo XII, probablemente, en su primer cuarto.

Complétase la instalación con una hermosa escultura de madera policromada de la Virgen María, asimismo románica, y que hace quince años fué adquirida por el Ministerio con destino al Museo del Prado; si bien está mutilada, su belleza y el corto número de ejemplares comparables la hacen acreedora al lugar preferente que se le ha dado.

Por la grandiosidad y simplicidad de las figuras, por el colorido caliente y entonado y la vigorosa estilización, el nuevo acervo artístico con que hoy cuenta el Prado realza este arte, en el que España no ha sido superada por ningún otro país.



PERFILES DE UNA CAMPA- ÑA DE CONSTRUCCIONES ESCOLARES EN MADRID

P o r A L F O N S O I N I E S T A



HAY en los momentos actuales de la vida de España mucho y bueno que exponer de las variadas actividades que las provincias realizan en favor de la Escuela y del maestro. Todos ellos señalan una etapa meritisima, que acaso se pierda injustamente en su amplia dimensión y relieve al faltar un sentido coordinador y de publicidad ordenada, sistemática, cuando tantos ojos ajenos escrutan nuestros horizontes.

Algo semejante ha ocurrido hasta ahora con la obra magnífica realizada por don Carlos Ruiz en la provincia de Madrid. Sin embargo, a pesar de su firme propósito, voluntad y deseo, la obra silenciosa ejecutada con tan noble empeño y entusiasmo ha tomado ya relieves nacionales: se la señala como aleccionadora, se describe su amplitud y se estudian sus características.

Difícilmente podrán hallarse antecedentes de actuaciones similares. La austera figura de este gran Gobernador ofrece así una prueba de afecto abnegado al Magisterio primario y a la Escuela, ¡que ojalá pueda superarse en el futuro!

Los edificios escolares de la provincia de Madrid en las zonas

rurales—pobres en general—y en las de la sierra—miseras a veces—son antiguos en su mayor parte, y muchos carecen de las más indispensables condiciones higiénico-pedagógicas. Los Ayuntamientos, con mezquinos presupuestos, por sí solos carecen de capacidad económica para resolver tan importante empresa, y el Estado tiene que atender múltiples necesidades de todas las provincias.

Había que afrontar de frente el problema, duro, difícil; con resolución, sin asustarse de escaseces ni de cantidades a invertir.

Condición esencial era el conocimiento de las necesidades que se deseaba atender. Nadie—con escasas excepciones—puede ufanarse de poseer una visión detallada y personal de la provincia como don Carlos Ruiz. Durante varios años su incansable afán y sacrificio ha dedicado los domingos a visitar todos los pueblos madrileños; conoce hasta los humildes caminos vecinales, que ha recorrido varias veces; la posible mejora de cultivos, las necesidades ganaderas, el plan necesario de obras públicas...; recibe a todo visitante, y pone en el servicio, por duro que sea, un gesto sencillo, cordial y generoso, que anula su gesto severo de castellano viejo, poco dado a la exhibición y a la lisonja.

Ha sabido llegar al pueblo por el mejor, más recto y perdurable de los caminos: el del corazón. Hasta tal punto se ha fundido con las gentes humildes, que en pueblos y aldeas hay ya levantado en su honor el mejor de los monumentos, adelantándose a la Medalla del Trabajo, a la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio y a la Gran Cruz de la Orden de Cisneros, con que muy justamente el Gobierno ha galardonado sus méritos y servicios: el del tratamiento. En boca de todos, lo mismo del alcalde que del médico, sacerdote, labrador u obrero, es, familiar y cordialmente, ¡Carlos Ruiz! Así, sin otro apelativo, le denominan gentes libres de toda adulación y servilismo.

Silenciosamente, con sentido riguroso del deber que no conoce limitaciones, don Carlos Ruiz inició las primeras gestiones, celebró reuniones con alcaldes, requirió la colaboración de arquitectos..., y con rapidez se lanzó a construir escuelas.

Uno de los aciertos fué, desde el primer instante, adoptar tipos

variados, no uniformes, estandarizados para todos los pueblos. Así aparecen edificios sencillos, pero bellos, confortables y sólidos; el salón de clase es amplio, bien iluminado, tiene chimenea; en el exterior, arcos, ladrillos o piedra les da vistosidad.

Síntesis de todos ellos son los de Puebla de la Sierra y el hoy en construcción de Torrejón de Ardoz. En el primero, junto a la traza armoniosa del edificio, hay que señalar detalles conmovedores: la casa-habitación de la maestra dispone de muebles y de aparato de radio. ¡Son tan difíciles las comunicaciones y, por tanto, la relación con la ciudad!...

En Torrejón, un edificio de la mejor estirpe castellana en sus líneas se está terminando junto a la carretera, a la entrada del pueblo; es el mayor de los construídos hasta ahora; la población aumenta cada vez más por el establecimiento de nuevas industrias, y se atienden así las necesidades presentes y prevén las futuras. Antes de terminarse ya está bautizado. Se llamará: *Del buen Gobernador*.

Hasta la fecha se han construído edificios en los siguientes pueblos de la provincia:

A) *De nueva planta.*

- | | |
|-----------------------------|---------------------------------|
| 1. Berzosa de Lozoya. | 13. Puebla de la Sierra. |
| 2. Brea de Tajo. | 14. Robledillo de la Jara. |
| 3. Camarma de Esteruelas. | 15. Rozas de Puerto Real. |
| 4. Corpa. | 16. Ribatejada. |
| 5. El Molar. | 17. San Lorenzo de El Escorial. |
| 6. El Vellón. | 18. Serrada de la Fuente. |
| 7. Galapagar. | 19. Valdemanco. |
| 8. Horcajuelo de la Sierra. | 20. Valdemoro. |
| 9. Hoyo de Manzanares. | 21. Valdilecha. |
| 10. La Cabrera. | 22. Villaviciosa de Odón. |
| 11. Manjirón. | 23. Villalvilla. |
| 12. Prádena del Rincón. | |

B) *Reconstruídos.*

- | | |
|----------------------------|----------------------|
| 1. Cadalso de los Vidrios. | 3. Carabanchel Alto. |
| 2. Campo de Comillas. | 4. Cenicientos. |

- | | |
|------------------------------|---------------------------------|
| 5. Collado Mediano. | 12. San Fernando de Henares. |
| 6. Chapinería. | 13. Santorcaz. |
| 7. El Alamo. | 14. San Lorenzo de El Escorial. |
| 8. El Escorial. | 15. Torrelaguna. |
| 9. Gandullas. | 16. Torrejón de Velasco. |
| 10. Miraflores de la Sierra. | |
| 11. Orusco. | |

C) *En construcción.*

- | | |
|----------------------------|-----------------------------|
| 1. Aoslos. | 21. Navalcarnero. |
| 2. Braojos. | 22. Nuevo Baztán. |
| 3. Becerril de la Sierra. | 23. Olmedo de la Cebolla. |
| 4. Cervera de Buitrago. | 24. Pinilla de Buitrago. |
| 5. Cinco Villas. | 25. Pinilla del Valle. |
| 6. Coslada (Estación). | 26. Pinto. |
| 7. Chozas de la Sierra. | 27. Piñuécar. |
| 8. Estremera. | 28. Robledo de Chavela. |
| 9. El Espartel. | 29. Redueña. |
| 10. El Cuadrón. | 30. San Mamés. |
| 11. Gandullas. | 31. Sevilla la Nueva. |
| 12. Gargantilla de Lozoya. | 32. Sieteiglesias. |
| 13. Gascones. | 33. Serranillos del Valle. |
| 14. La Acebeda. | 34. Torrejón de Ardoz. |
| 15. La Hiruela. | 35. Tielmes. |
| 16. Lozoyuela. | 36. Valdaracete. |
| 17. Madarcos. | 37. Valverde de Alcalá. |
| 18. Moraleja de Enmedio. | 38. Venturado. |
| 19. Navas de Buitrago. | 39. Velilla de San Antonio. |
| 20. Navarredonda. | 40. Villavieja de Lozoya. |

D) *Para reformar.*

- | | |
|------------------------|---------------|
| 1. Pozuelo de Alarcón. | 2. Zarzalejo. |
|------------------------|---------------|

E) *A construir en 1948.*

- | | |
|-----------------------|----------------------------|
| 1. Ajalvir. | 6. Robregordo. |
| 2. Alameda del Valle. | 7. Torres de la Alameda. |
| 3. Colmenarejo. | 8. Valdeavero. |
| 4. El Atazar. | 9. Villamanrique del Tajo. |
| 5. Pozuelo del Rey. | 10. Villanueva de Perales. |

A todos los edificios dota don Carlos Ruiz de material escolar, según lista que facilitan los maestros de las respectivas localidades, sin limitación fundamental alguna, desde el Crucifijo, cuadros del Jefe del Estado y de José Antonio, hasta la mesa del maestro, los pupitres, armarios, mapas, pizarras y libros. Al día siguiente de la bendición—que se realiza dentro de un marco de sencillez—pueden empezar las clases.

No se crea por eso que el Gobernador civil de Madrid, profundamente enamorado de la Escuela, creyente fervoroso y convencido de la necesidad de forjar el alma del niño en los supremos ideales que hoy ella cultiva, ha polarizado sus afanes—¡y ya sería bastante!—exclusivamente en construcciones escolares, con olvido o desconocimiento de las actuales necesidades del maestro. También la vivienda, la casa-habitación, ha sido objeto de sus desvelos y atenciones. Véanse sus actividades en este orden:

A) *Viviendas de nueva planta.*

- | | |
|-------------------------|----------------------------|
| 1. Berzosa de Lozoya. | 9. Puebla de la Sierra. |
| 2. Brea de Tajo. | 10. Prádena del Rincón. |
| 3. Corpa. | 11. Robledillo de la Jara. |
| 4. Colmenar de Arroyo. | 12. Serrada de la Fuente. |
| 5. La Cabrera. | 13. Valdemoro. |
| 6. Manjirón. | 14. Valdilecha. |
| 7. Orusco. | 15. Villamanrique de Tajo. |
| 8. Paredes de Buitrago. | 16. Villalvilla. |

B) *Viviendas reconstruidas.*

- | | |
|----------------------------|-----------------------------|
| 1. Cadalso de los Vidrios. | 3. San Fernando de Henares. |
| 2. El Molar. | 4. Torrejón de Velasco. |

C) *En construcción.*

- | | |
|--------------------------|------------------------|
| 1. Chozas de la Sierra. | 2. Valverde de Alcalá. |
| 3. Villavieja de Lozoya. | |

D) *En reforma.*

1. Lozoyuela.

Más de *catorce millones* de pesetas supone el importe de esta enorme labor, llevada a cabo en menos de seis años, que es el tiempo de permanencia de don Carlos Ruiz al frente del cargo.

Las dificultades económicas que encuentra el maestro—con mayor intensidad en zonas rurales—, le lleva, en su calidad de Presidente del Consejo Provincial de Educación, a mejorar su estado, al par que logra positiva mejora de la economía provincial; propósito que desarrollará en el curso próximo, así como el de capacitación de la juventud obrera.

Rebasan estas notas últimas los amplios perfiles que deseábamos esbozar de la obra espléndida realizada por don Carlos Ruiz, sin que debamos olvidar otras que acusan igualmente sus constantes preocupaciones sociales: ha dotado de luz eléctrica a los pueblos, de lavaderos, de frontones y de edificios a los Ayuntamientos, en número de ocho de nueva planta, siete reconstruídos y cuatro que están en construcción.

Mención especial merece también su política de construcción de viviendas, acometida con la misma amplitud que la de edificios escolares: ha terminado ¡1.271! en diferentes pueblos de la provincia y están en construcción ¡1.855!

¿Podrá extrañar que la Inspección de Enseñanza Primaria de la capital de España—con asistencia del Director general ostentando la representación del Ministro, representaciones del Ayuntamiento, de la Diputación, del S. E. M., etc., etc.—haya querido dedicar a don Carlos Ruiz un testimonio de gratitud por sus ejemplares actividades?

Muchos más, muy merecidos, habrá de recibir este Gobernador sencillo y sincero, de laboriosidad infatigable, que supo ofrecer a la Patria en la guerra su sangre y en la paz el esfuerzo idealista de su vida y de su fe. El dirá con sonrisa grave que no ha hecho sino cumplir sus deberes; pero la provincia de Madrid, que conoce su corazón, eleva emocionada un himno de gratitud a ¡Carlos Ruiz!

VENTANA
AL MUNDO

EDUCACION PREMEDICA EN ESTADOS UNIDOS

EL desarrollo de la educación médica durante los últimos cuarenta años ha sido acompañado por avances significativos en la educación premédica. Al hacerse más complejos e intensivos los cursos en las Facultades de Medicina, ha llegado a ser esencial el que los estudiantes que comienzan el estudio de la Medicina posean un conocimiento básico de las ciencias naturales y físicas y una comprensión del método científico; igualmente es importante que hayan adquirido hábitos maduros de estudio. Las Facultades de Medicina no son, hoy en día, lugar adecuado para el estudiante que no pueda aplicarse eficazmente a su trabajo desde el principio de su carrera.

Treinta y cinco años hace, un estudiante podía ingresar en la Facultad, en este país, al terminar sus estudios en la escuela superior, y algunas Facultades de Medicina no eran demasiado estrictas en exigir el cumplimiento de este requisito. En 1914 el Consejo de Educación Médica y Hospitales estipuló que las Facultades de Medicina aprobadas deberían exigir a sus candidatos a ingreso el haber hecho un año de estudio en el «College» (Universidad); en 1918 ese requisito se aumentó a dos años. Desde 1938 el Consejo ha recomendado un mínimo de tres años de estudios

universitarios. Actualmente, 75 de las 87 Facultades de Medicina y escuelas de ciencias médicas básicas de este país y del Canadá exigen, como *mínimum*, tres años de estudios premédicos.

En años recientes la atención de los educadores médicos se ha dirigido más a mejorar la calidad que a aumentar la duración de la educación premédica. Tradicionalmente, los estudiantes premédicos han estudiado preponderantemente asignaturas científicas. La cuantía de esta preponderancia se estudia en el análisis de Vaughn (1) sobre materias y campos de estudio premédico de los 13.407 solicitantes de ingreso en las Facultades de Medicina que se sometieron al examen de aptitud profesional de la Asociación de Facultades de Medicina Americanas. Este grupo representa, al menos, dos tercios de los solicitantes de ingreso en el otoño de 1947. El análisis demuestra que el 44 por 100 de los estudiantes estudió ciencias biológicas; 26,4 por 100, química; 11,3 por 100, premedicina; 6 por 100, otras asignaturas científicas; 2,8 por 100, psicología, y sólo 3,8 por 100, humanidades y ciencias sociales. En 5,7 por 100 del grupo el campo de estudios fué *inclasificado*.

Estas cifras revelan que el consejo de los educadores médicos, de que los estudiantes que intenten cursar la carrera de Medicina adquieran una base cultural amplia, ha caído en gran parte en el vacío. Parece como si los estudiantes premédicos no hubieran oído nunca o no hubieran dado crédito a las aseveraciones de las Facultades de Medicina, de que al seleccionar un solicitante de ingreso están más interesadas en la calidad que en la cantidad de trabajo realizado en los cursos de ciencias. Otra explicación puede encontrarse en la creencia de los estudiantes premédicos de que encontrarán menos dificultad en la Facultad si han seguido un gran número de asignaturas científicas en el «College». Esta creencia puede tener algún fundamento para estudiantes de capacidad rayana en exigua; pero es dudoso que pueda decirse otro tanto del estudiante medio.

Si los médicos han de asumir con éxito la posición rectora de

(1) VAUGHN K. W.: *Performance on the 1947 Professional Aptitude Test*.—New York, Graduate Record Office, 1947.

la comunidad que su formación profesional les otorga, y si han de guiar inteligentemente el desarrollo futuro de su propia profesión en una sociedad en evolución, es esencial que su conocimiento no se limite al campo de las ciencias. Una vez que el estudiante penetra en la Facultad, y durante muchos años después de su licenciatura, su tiempo y sus energías son ocupadas continuamente por los estudios y actividades profesionales. Y es muy poco probable que esta situación cambie. Por todo ello, si un médico ha de conocer historia, literatura, filosofía, ciencia política, economía y sociología, su fundamento de estas materias debe ser adquirido durante los años de educación premédica. Los educadores médicos están convencidos de que este proceder es el deseable y adecuado.



NUEVAS UNIVERSIDADES EN HISPANOAMERICA

Por JOSE MANUEL ALONSO

LA DE SANTO DOMINGO

LA más antigua Universidad americana ha sido también la primera en ver construída su Ciudad Universitaria. La República Dominicana ha iniciado el movimiento que hoy advertimos en América hacia la creación de estas agrupaciones de servicios escolares. Colombia, Méjico, Guatemala, Costa Rica, tienen también entre manos semejantes proyectos, algunos ya en vías de realización. De todos ellos daremos cuenta en futuras crónicas. Esta se refiere tan sólo a la de Ciudad Trujillo.

La ínclita Orden de Santo Domingo consiguió para su Estudio de la Isla Española la categoría de Universidad mediante bula de 28 de octubre de 1538, en la que el Papa Paulo III la consagraba como tal. Desde entonces, esta Universidad ha pasado por todas las vicisitudes que todas las de Hispanoamérica padecieron, hasta que el 15 de noviembre de 1943 el Presidente Trujillo solicitaba del Senado de su nación medio millón de dólares para iniciar la construcción de la Ciudad Universitaria. Hoy han sido ya entregadas a las autoridades académicas las instalaciones de la mayor parte de sus Facultades, que se hallan en perfecto funcionamiento.

Con ocasión del juramento del generalísimo Trujillo como Presidente de la República, en agosto de 1947, ante las misiones diplomáticas acreditadas a tal efecto, se inauguró oficialmente esta Ciudad Universitaria. El secretario de Obras Públicas, Lic. Humberto Bogaert, hizo entrega al Rector de los tres nuevos edificios destinados a gabinete y clínicas de la Facultad de Cirugía Dental, a la Facultad de Farmacia y de los laboratorios técnicos de la Facultad de Medicina, cuyas aulas funcionan ya desde 1945.

El emplazamiento de la Ciudad Universitaria ha sido elegido, con singular acierto, cerca del mar y en las afueras de Ciudad Trujillo. Se tiene en cuenta así la preocupación por el aislamiento relativo entre la Universidad y la urbe; pero al mismo tiempo, enlazadas con unos medios de comunicación rápidos y eficientes, que la ponen a escasos minutos del casco de la población.

Las obras, iniciadas en 1944, han sido terminadas en 1949, invirtiéndose en las mismas unos cinco millones de dólares, coste que comprende todas las instalaciones, desde el alcantarillado hasta lo ornamental. En este último aspecto merecen ser destacados los cuadros murales pintados en la Facultad de Ciencias Médicas por el artista español José Vela Zanetti, que representan una historia evolutiva de la Medicina, mediante unas composiciones de figuras humanas colosales, que recordarían las de Sert si no fuera por las marcadas influencias del mexicano Ribera que padecen.

El conjunto de la Ciudad Universitaria, capaz de albergar adecuadamente a 5.000 estudiantes, está integrado por los edificios correspondientes a las seis Facultades clásicas: Filosofía, Derecho, Medicina, Odontología, Farmacia y Ciencias Exactas, más los destinados a las Enseñanzas técnicas: Ingeniería, Ciencias Naturales y los Institutos Anatómico, Botánico y Geográfico. Instalaciones especiales se dedican a Biblioteca y «Alma Mater», como compendio y símbolo de toda la Universidad.

Se prevé igualmente la construcción de unas residencias destinadas a estudiantes de ambos sexos, para cuyo régimen interno se tendrá, sin duda, en cuenta nuestro sistema de Colegios Mayores que informa la actual Universidad española, y que informaron la

antigua de Santo Tomás de Aquino que los Padres Dominicos fundaron hace cuatro siglos en la Isla Española.

Todo el pueblo dominicano ha puesto su alma entera en la construcción de esta auténtica ciudad del saber, y con justicia se enorgullecen de ella y de su principal iniciador, el Presidente Trujillo, que tantos favores dispensa a la patria con su gobierno fecundo en obras y hechos. Confiamos que el contenido humano de la Universidad esté concorde con esta magnificencia material exterior.

* * *

LA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

Nuestro propósito es dar a conocer la realidad del movimiento advertido en Hispanoamérica para la construcción de Ciudades Universitarias. Hoy le toca el turno a este pequeño país de Centroamérica, Guatemala, que conserva tan en lo hondo la recia catadura del sentir hispánico que le dejaron nuestros antepasados. La vieja Universidad de San Carlos se remoja y sale a la plaza del saber universal a estrenar sus hábitos lindos y serios, que enmarcan las sólidas verdades que heredaron y las ciencias nuevas que aprendieron. En suma, que la Universidad de San Carlos de Guatemala ha decidido iniciar la construcción de su Ciudad Universitaria. Sigue el ejemplo de Bogotá, y de Santo Domingo, y de Méjico, y de Costa Rica, que adoptan cánones europeos del edificar, válidos según determina la experiencia.

Concretando nuestra crónica a la Ciudad Universitaria de Guatemala, daremos algunos detalles sobre la misma. Se generó, como todas, en un ambiente auténticamente universitario y en medio de una campaña enemiga que le declararon los políticos de gabinete. Todas las Ciudades Universitarias, tanto europeas como americanas, han pasado por ese crisol que supone la decidida oposición política de un grupo parlamentario. En este caso la idea se robusteció con los obstáculos y culminó en el Decreto de 12 de diciembre de 1945, dictado por el Consejo Superior de la Universi-

dad de San Carlos de Guatemala. En él se advierte la superior necesidad de dotar a la Universidad guatemalteca de edificios e instalaciones adecuadas al desarrollo de la labor científica y de divulgación cultural que le corresponde. Para ello estima necesario el iniciar los trabajos encaminados a dotar de todos los elementos materiales a la enseñanza superior, que se construirán en los alrededores de la capital de Guatemala, más apropiados para el estudio y la meditación que la propia zona urbanizada.

Tal Decreto fué el primer paso que había de conducir a la naciente Ciudad Universitaria. Se buscó el apoyo del Gobierno y de los particulares, y ni uno ni otro le fué regateado, sin que tal declaración suponga desconocer los obstáculos y las sordas oposiciones a que antes aludíamos.

En 1946 se habían ya elegido los terrenos en que se edificará esta Universidad americana. Los trabajos preparatorios fueron largos y penosos, por los intereses encontrados y adversos de los propietarios y por la carencia de agua potable. Por fin, los terrenos fueron adquiridos en firme, y hoy la Universidad se ve dueña de estos predios suficientemente extensos e idóneos para el fin a que se los destina.

Durante todo el año 1947 se realizaron las enojosas tareas de amojonamiento y medidas, planos y avalúos. Se convoca un concurso entre los arquitectos nacionales para elegir un proyecto de Ciudad Universitaria, que fracasará rotundamente por la abstención de muchos profesionales. Por fin, se aprueba un proyecto, cuya maqueta es exhibida en público, y en el mes de enero de 1948 se hace entrega al Rectorado de los planos de urbanización total del conjunto universitario.

Esta Ciudad Universitaria está dispuesta en sentido longitudinal, alineadas oblicuamente las Facultades a ambos lados de unos parterres deliciosos y amplísimos. La construcción se ha dividido en varias etapas, disponiéndose para la primera base de las necesidades más urgentes, como son el edificio central para la Rectoría y las Facultades de Humanidades, Ciencias Económicas y de Ingeniería. Los trabajos de esta primera etapa, cuyos planos esta-

ban ya confeccionados en enero, se publicaron para su licitación por los contratistas en el pasado abril, y suponemos que actualmente estarán las obras en plena ejecución. La financiación está sólidamente asegurada por el Gobierno, y últimamente el Consejo Superior Universitario ha recibido un donativo del Honorable Congreso Nacional, consistente en la importante cantidad de 100.000 quetzales, equivalente a unos cuatro millones de pesetas.

La totalidad de este conjunto universitario estará integrada por ocho edificios centrales, que contendrán las instalaciones precisas para el más exigente funcionamiento de todas las Facultades universitarias. Preside el magno conjunto el pabellón inmenso destinado a Gran Paraninfo; alineados perpendicularmente a su derecha, quedan, en posición oblicua, las Facultades de Ingeniería, Ciencias Químicas, Farmacia, Odontología y Ciencias Médicas. En suma, todas las ciencias experimentales, mecánicas y aplicadas, que están en comunicación directa por pasadizos cubiertos que unen los distintos grupos facultativos. A la izquierda del paraninfo, la Universidad que podríamos llamar literaria, integrada por las Facultades de Humanidades, que comprende dos grupos de edificios en vez de uno, como las demás, consecuencia del gran desarrollo y del número abrumador de alumnas, principalmente, que se matriculan en Filosofía y Letras y Pedagogía. La de Ciencias Económicas, inspirada en las más modernas construcciones norteamericanas, y, por último, iniciando el conjunto, la de Ciencias Jurídicas, exactamente enfrente de la de Medicina, como símbolo que recuerde el prestigio nacional de estas dos acreditadas ramas del saber guatemalteco.

En las proximidades de las Facultades técnicas se instalarán grandes laboratorios y un magnífico Hospital Clínico, necesario para una adecuada preparación de los futuros médicos. Igualmente, en el otro extremo del conjunto, se prevé la construcción de un Museo, una imprenta, la Biblioteca y un suntuoso Teatro de la Naturaleza, elementos auxiliares de toda ciencia del espíritu.

Como no podrá por menos de suceder, se recuerdan para ser tenidas en cuenta dos notas esenciales a toda Ciudad Universita-

ria: la zona deportiva y las residencias para estudiantes. La primera está compuesta por un gran estadio, capaz para todos los deportes, y en lugar aparte, separado del primero por una gran plaza para el aparcamiento de vehículos, las pistas de baloncesto, tenis y un estanque de natación de proporciones gigantescas, que se completan a su vez con un gimnasio. La zona residencial cuenta con catorce grupos destinados al alojamiento de universitarios de ambos sexos, un gran edificio para la residencia de profesores, un club de profesores, un restaurante y club social, dos Casas del Estudiante—una para hombres y otra para señoritas—y, por último, el edificio destinado a domicilio de la Asociación de Estudiantes de aquella Universidad.

Estas ligeras indicaciones nos muestran cómo no puede ser más completo el proyecto de esta flamante Ciudad Universitaria, que prevé hasta los más mínimos detalles. Pero, como datos curiosos y tal vez únicos en la historia de las Ciudades Universitarias, citaremos dos innovaciones que son a la vez introducidas en esta de Guatemala: se trata de su emisora de radio y de su aeródromo. En verdad, esta zona universitaria en proyecto se verá coronada por el Norte con una pista de aterrizaje capaz para los mayores aviones actualmente en servicio y acondicionada por una instalación de hangares, garajes y estaciones de servicio suficientes para constituir un aeropuerto de primerísima categoría. Por lo que hace a la emisora de radio, se proyecta igualmente con todos los adelantos modernos, utilizando elementos importados de Norteamérica, y que transmitirá a todo el Continente las actividades y conquistas espirituales de este pequeño y grande país, símbolo de pueblos pacíficos y adelantado merino de la Hispanidad.

LA ENSEÑANZA DE SEGUNDO GRADO EN FRANCIA

P o r R A O U L A U D I B E R T

NADA es más difícil de comprender que la organización general de la enseñanza en un país extranjero. En Francia, por ejemplo, al contrario de lo que sucede en otras partes, la regla supera a la tradición, la uniformidad administrativa a la autonomía local, el carácter oficial de las instituciones a su carácter privado. Para demostrarlo basta indicar que los profesores franceses son funcionarios provistos de títulos equivalentes, y cuya carrera, controlada y pagada por el Estado, es típicamente administrativa de principio a fin.

* * *

La antigua enseñanza *secundaria*, llamada desde 1936 «Enseñanza de Segundo Grado», se coloca a continuación de la «Enseñanza de Primer Grado», antiguamente llamada *primaria* (la cual es obligatoria hasta la edad de catorce años,

gratuita, y dada por institutores públicos en las escuelas municipales). La enseñanza de segundo grado es igualmente gratuita, pero no obligatoria, y conduce en siete años (generalmente de los once a los dieciocho) al Bachillerato, viejo como la Universidad, siempre respetado, verdadero diploma de cultura general y único que da acceso a los estudios superiores en las Facultades. Treinta mil jóvenes obtienen cada año el bachillerato, y para muchos de ellos, que no siguen la enseñanza superior, este título es lo menos que se les exige para ingresar en la Administración pública o en los empleos medianos del comercio y de la industria. La enseñanza de segundo grado es, por lo tanto, la base de la vida activa y de la vida intelectual del país y el semillero en el que la Universidad cultiva sus futuras *élites*. Así se explican las reglas estrictas y uniformes que la Universidad aplica a la formación, la selección y la afectación de los profesores de colegios y liceos.

Estos son, en efecto, los establecimientos que dan la enseñanza de segundo grado en sus tres ramas: técnica, moderna y clásica. Los colegios (unos diez en cada departamento) están reservados a la preparación del bachillerato técnico y del moderno (sin latín). Los liceos, mucho menos numerosos, son, por el contrario, los únicos capacitados para dar la enseñanza «clásica» que conduce al bachillerato del mismo nombre, requiriendo el estudio del latín y, para los bachilleres de la «serie A», el del griego. Nadie puede enseñar en los colegios y liceos sin llenar ciertas condiciones precisas que le dan el carácter de profesor funcionario.

* * *

La antigua licenciatura de las Universidades medievales sigue siendo el grado profesoral elemental, pero sólo pueden obtener un puesto en los establecimientos del Estado los titulares de una «licenciatura de enseñanza». En Letras, por ejemplo, la licenciatura de enseñanza comprende los certificados de latín, de griego, de literatura francesa y el de gramática y filología, más técnico y delicado. Análogas condiciones se requieren en Historia, Filosofía o para las diversas licenciaturas científicas. Pero, dado el crecido número de individuos que la poseen, esta licenciatura no basta para obtener una cátedra, sino que debe completarse con un «diploma de estudios superiores», el cual exige un año de trabajo personal y la sustentación ante un tribunal de Facultad de una «memoria», verdadera pequeña tesis destinada a comprobar las aptitudes intelectuales y la cultura del postulante.

Una vez provisto de su certificado de estudios superiores, el joven licenciado es «delegado» por el Rector de la Universidad correspondiente para desempeñar un pequeño cargo en un establecimiento provincial. La delegación rectoral es revocable si sus aptitudes pedagógicas son juzgadas insuficientes por los Inspectores de Academia e Inspectores generales, representantes oficiales del Ministro, que visitan anualmente los colegios y liceos. En el caso contrario, la delegación rectoral se transforma en delegación *ministerial* al cabo de un año. Dos o tres años después, el joven delegado obtiene el título de profesor titular, y desde entonces pertenece al personal permanente de la Universidad. Su carrera, iniciada en esta forma, se desenvolverá hasta la jubilación (a los sesenta años), enteramente en colegios de provincia o, excepcionalmente, en liceos departamentales. El profesor puede solicitar cambios de puesto, que le permiten mudarse de uno

a otro lado de Francia. Un escalafón lento, con ascensos cada cinco años, le garantiza aumentos progresivos de sueldo, pero éste es relativamente bajo.

* * *

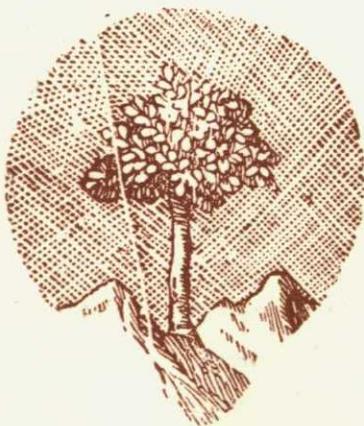
La Universidad cuenta con unos diez mil profesores del grado de licenciados, pero además selecciona por oposición otros elementos, y ésta es una de las particularidades notables de su organización. Cada año, en las diversas especialidades, un concurso distingue entre los licenciados a unos cincuenta candidatos, los cuales obtienen un *Certificado de Aptitud*, que les da derecho a obtener inmediatamente una cátedra sin pasar por la etapa previa de la delegación. Su carrera es más rápida, y los puestos que ocupan, más importantes. De estos profesores «certificados» hay unos cinco mil en toda Francia.

La más alta jerarquía es la de los *profesores agregados*, cuyo número total es de 2.800 hombres y 2.200 mujeres. El concurso de agregación, que se prepara generalmente en las Escuelas Normales Superiores, está reconocido como uno de los más difíciles, y el título que confiere, como uno de los más raros y preciosos; entre varios centenares de postulantes, sólo se nombran cada año diez agregados de Filosofía, veinticinco de Letras, veinte de Ciencias Matemáticas y Físicas. Además de la licenciatura y del certificado de estudios superiores, siempre indispensables como base, varios años de trabajo en Facultad son necesarios para obtener la agregación, y la especialización sólo viene a coronar un fondo muy sólido de cultura general. En cambio, el joven que ha podido prolongar su vida de estudiante hasta la agregación, o el pro-



fesor provincial que consigue alcanzarla a costa de grandes esfuerzos (porque el paso de una a otra categoría es siempre posible), disfrutan de una carrera más brillante y remuneradora, asimilándose a los funcionarios superiores. Los agregados ocupan exclusivamente las cátedras más importantes de los liceos departamentales; son, además, los únicos que, después de un período más o menos corto en las grandes ciudades de provincia, obtienen puestos en los liceos parisieneses, donde para muchos la enseñanza constituye el camino de la notoriedad, como lo prueban ilustres ejemplos, desde Edouard Herriot o Jules Romains hasta Jean Paul Sartre o Georges Bidault.

Ciertamente, no todos los cinco mil agregados de la enseñanza francesa se destinan a ser académicos, novelistas célebres o políticos eminentes, pero su influencia en la vida intelectual del país es decisiva y explica la reconocida eficacia de la enseñanza del segundo grado.



LOS LIBROS

ANTOLOGIA POETICA 1933-1948, por AGUSTIN DE FOXA.
Ilustraciones de Escasí. - Editora Nacional. - Madrid.
Un tomo en cuarto.

Si, según el maestro Ortega, «el hombre es él y su circunstancia», el poeta se nos muestra como una trilogía de «yos» ante las circunstancias propias; porque el poeta es él, hombre; él, sensibilidad receptora del yo y las circunstancias de los hombres; y él, emoción, a través de la cual la vida y el sueño son expresados. En una palabra, el poeta es una intimidad generosamente derramada sobre el mundo y las cosas del mundo. Una intimidad que acaricia y arropa al mundo para, a su paso, mostrarlo, no sólo en la belleza de su natural, sino en esa belleza superior que—siguiendo la afirmación hegeliana—lo natural encuentra al participar del espíritu del artista, del hombre artista. El poeta es ese ser, magnífico por excelencia, que eleva el mundo y la vida a la categoría de arte.

Esta sola consideración sobre lo que el poeta representa en la vida sería suficiente para que sus producciones fueran atendidas desde todos los sectores, y especialmente desde el sector editorial. Sin embargo, sucede lo contrario: las casas editoriales le han vuelto la espalda a la poesía; ellas sabrán por qué. Hoy por hoy, vaya nuestro más encendido elogio a la Editora Nacional, que parece querer enderezar este entuerto de las empresas editoras, que excluyen casi de una manera total —y absoluta en cuanto a lo contemporáneo— de sus actividades el lanzar libros poéticos. La Editora

Nacional, aún fresca la tinta y reciente de lectura el libro de Joaquín Romero Murube, nos obsequia ahora con esta edición, lujosa y bien cuidada, de la *Antología poética* de Agustín de Foxá. Vaya, pues, nuestro aplauso, y nuestro aliento en lo que valga, a la Editorial, y entremos en el libro de Foxá.

* * *

No es éste el libro de un tiempo ni de una época de Agustín de Foxá, sino el libro de los tiempos y las épocas poéticas que han transcurrido a través de la sensibilidad poética de su autor, el cual alcanza ahora la madurez vital, aunque, con cierto descoco lírico de su constante nostálgico, se nos muestre gozador y presente en épocas que distan bastante de su corto pretérito. Aunque, naturalmente, poco importa este dato, ya que en el poeta los tiempos y las épocas que han cruzado rayando el cristal de su sensibilidad, son los realmente vividos por su alma. Tal vez sea esa madurez recién estrenada quien ha impulsado a Foxá a antologizarse, considerando cumplido un primer ciclo de su vida, que puede ser independiente y distinto del ciclo de la serenidad vital que comienza ahora.

Por eso hemos de dar mayor amplitud a nuestra lente analítica, y considerar este libro de Agustín de Foxá en gran paisaje, en cuadro total y acabado, en el que obra y autor están perfectamente ensamblados, hasta parecernos una sola cosa vida y obra. Así, pues, el primer escalón que se nos plantea es Foxá en el tiempo. Y el tiempo de Foxá es el de una magnífica floración de poetas jóvenes, que recibe la enseñanza directa de los grandes maestros del 98. Rubén, los Machado, Unamuno, Juan Ramón..., están dando sus obras de plenitud cuando este plantel de jóvenes poetas comienza a balbucir sus primeros versos, y, naturalmente, las influencias se dejan notar en todos, junto a las recibidas en la lectura de los clásicos, de los cuales, los que más prenden son Lope y Góngora.

Mas no todos se inclinan hacia los mismos maestros. Agustín de Foxá gusta de los dos Machado y de Rubén Darío; une a Lope con ellos, y no abandona del todo —como hacen los demás— a los poetas anteriores al 98. Hay en ellos un regusto de salones, de decadencias monárquicas con ritmos de vals y mazurkas, con brillos irisados de cristales de Bohemia, con remembranzas tagalas, que casan bien con el gusto del joven conde-poeta. Pero, sobre todos, es Rubén Darío, plástico, ampuloso, sensual, arrollador y aturdi-

dor en el fluir de su verbo, quien deja más firme huella en él. Le atrae lo épico y lo brillante; y si algunas veces dice con Lope, como en su poema «Vendimias»:

*¡Al alba, moza,
que me voy a vendimiar!
Volveré lleno de sangre,
lo mismo que un capitán.
Ya se rebullen las mulas,
ya gallo y lucero están
disputándose las luces;*

o con Antonio Machado, como en «Un niño provinciano»:

*Un niño provinciano, de familia modesta
(aulas del Instituto, charlas del profesor).
Los jueves un mal cine, y los días de fiesta,
Banda del Regimiento en la Plaza Mayor.
Un prelude de novia en las tardes lluviosas,
y en la casa de enfrente, mirador de cristal.
Mientras, ríen las gárgolas, y relucen las losas,
y las viejas marchitas van a la Catedral,*

donde Foxá se siente verdaderamente cómodo, donde su decir fluye a placer, donde su sentir encuentra el galope de Pegaso, es en el alejandrino rubeniano; en él, al tiempo que decir, perfila un cuadro sólo posible en la exuberante pintura de un Néstor de la Torre:

*Ya cambiaste la rosa por las algas amargas;
la muchacha terrestre, por la fría sirena.
Y has cruzado volando el jardín de los buzos,
donde el pez, de ojo inmóvil, ve brotar la tormenta.*

Pero esta muestra de «Aquel barco con nombre de isla», no es la única para convencernos de lo rubeniano de Foxá. Su *Antología poética* está plagada de ejemplos posibles para nuestro aserto; para manifestar hasta el extremo cómo se unen —en su gusto barroco— el maestro y el discípulo, y cómo ambos buscan, sobre lo barroco, la columna salomónica bordeada de racimos, porque en racimadas les surgen las palabras para enroscarse a la idea del



poema; cómo los dos se entregan a la borrachera del lujo y la locura de la riqueza :

*¡Oh, la ilusión perenne de los nevados bosques!
Tu añil Bósforo, el juego, las rosas y banquetes.
Tus «aguas dulces» de Asia y las frescas de Europa.
¡Oh, barcas de patricios con el dosel de púrpura
hacia húmedos jardines; comidas en la hierba!
Entre eunucos, doncellas desnudas y filósofos.
Mil años fué Bizancio como madura fruta
que, jugosa de almíbar, se caía del árbol,
haciendo hervir las aguas bajo su fuego griego,
aturdida de herejes, cocheros y danzantes.
Mas fué hermosa su muerte, decadente y tranquila,*

dice en «Bizancio», como dirá más tarde en su poema «Nápoles» :

*Pompeya estaba en la ceniza, intacta,
bajo la tierra, con su circo abierto,
sus amorcillos de oro, en rojo estuco,
junto al anca de chivo de Sileno.
Y aún suenan flautas de caprinos dioses
o que amamantan ciervos y panteras
con la divina leche de sus pechos,*

donde también, como Rubén Darío, maneja lo mitológico para el mejor encaje de su fantasía. Y así podríamos seguir citando —casi poema por poema—, y en todos encontraríamos la égida del nicaragüense, que también, como Foxá, fué viajero incansable.

Con tal programa estético y vital, no es extraño que Agustín de Foxá —si ligado por ley generacional e identidad de orígenes— se apartara un tanto de los demás poetas, que elegían derroteros más en consonancia con su manera de pensar y sentir. Casi todos los componentes de esta generación se inclinan hacia una poesía de hondas e íntimas sensaciones —hacia ese intimismo que hoy es cifra de la joven poesía actual— y, más tarde, hacia un gongorismo exacerbado por los movimientos «ismistas», que llegaron a convertir la poesía en lo que Ortega llamó «álgebra superior de las metáforas». Foxá no se movió; esperó la vuelta de los demás, pero no por eso desatendió las enseñanzas de los movimientos estéticos revolucionarios. Pasaron los «ismos», y le encontramos de nuevo,

igual en su fondo, frente al intimismo poético al uso —al abuso también a veces—, con su poesía descriptiva, evocadora, plástica; viendo siempre el espectáculo del mundo más importante que el que le muestra su interior. Así en «Galope»:

*Es un cielo de tierra, entre el alambre,
pájaros por el suelo; verde Pampa
vallada por la luz del horizonte,
metiendo azul y ocaso entre las patas
de las siluetas lentas de los toros.*

Una poesía la de Foxá con carácter eminentemente literario; escrita para recreo propio y para hacer partícipe de él al lector. Foxá no dice, como los poetas de su tiempo: «Mira cómo soy, y ve el mundo a través de mi prisma», sino «escucha lo que he visto». Porque también se advierte, en la poesía de Foxá, que fué escrita sobre un ritmo de dicción, con un gusto por la palabra y un encanto por la música del idioma:

*Fué un hermoso negocio: por un loro una espada,
y por oro, abalorios que brillaban al sol,
y huyó la india desnuda por la selva, asustada,
con su rostro en el agua de un espejo español.*

No obstante, la ruptura con su tiempo y las gentes de su época no puede ser total. Le atraen los mejores, y así se deja arrastrar por el autor de «Marinero en tierra» y por el de «Residencia en la Tierra»; y ambos, Alberti y Neruda, abren surco en el campo fértil de la poética de Foxá. «Romance de las salinas de Sigüenza» se hermana con el primero, en tanto que «Hay algo», «Lo inútil» y «Lo triste» están dentro de la estética del poeta chileno. Y es que también éste, como Rubén, le trae su fuerza aborígen vertida en el verso castellano, la sangre borbotante a flor de labio, pero fijada en materiales de especie distinta; tal vez baste con decir «en materiales» elevados a lo prestigioso por obra de la poesía.

Mas prescindamos del tiempo y del dintorno de Foxá, para fijarnos exclusivamente en su poesía, en la esencia y presencia de su hacer poético y su sentir, y nos encontraremos que la poesía del Conde arranca de un puro sentimiento universal de la nostalgia, de un anhelo constante de paisajes, climas y ambientes perdidos. Por eso, quizá, llega tanto a todos y se escucha con tanto agrado;

por eso, tal vez, nos parece tan humana : porque nada se da tanto en el hombre como la ilusión del porvenir y la nostalgia del pasado. Y en todo esto, en esta busca del mundo y su paisaje, en este gusto por todo y esta ilusión por lo visto y tocado, Foxá se encuentra a sí mismo, reverenciador de la belleza y contento de poderla admirar. Por eso, en su poema «Límites», va lamentándose de todo aquello que, por ser belleza en sí, no puede autoadmirarse, llegando en su lamentación hasta Dios, a quien dice :

*¡Ay!, Dios del cielo, que en Tu inmensa alcoba
no tienes ningún Dios a quien rezar.*

Y este volcarse sobre las cosas del mundo es tanto, que sus versos producen un efecto de expansión suprema, de conquista del ser múltiple, que vive en las cosas que ve a fuerza de rendimiento y entrega a ellas, a fuerza de sentirse constantemente ligado al mundo que le circunda. De la poesía de Foxá emerge una sensación contraria a esa sensación de soledad que da la poesía más actual española. Cual si el autor de «Baile en Capitanía» hubiera logrado la compañía cimera que puede proporcionarle la variedad de las especies; como la existencia en el mundo de un ser multiplicado, que se desdoblara en otros tantos y que éstos fueran imagen del primero. Algo como un amor pleno en un pleno mediodía, derramado sobre un lugar paradisíaco.

Todo en Foxá ofreciendo claro, sin apenas misterio —si no es el de su magnífica capacidad de traslación—, ese universo que le entra de lleno por los ojos —como le entraba a Rubén Darío—, poniendo en pie su emoción de poeta viajero y sentimental, al que gusta, más que el momento que vive, el vivirlo para recordar luego, cuando en el recuerdo nostálgico se le hayan limado las aristas incómodas a la actualidad; cuando la vida se revive y recrea sobre una nube prestigiosa que cede linaje a los hechos y a las cosas, y éstos adquieren rango de ser dignos de haberlos vivido.

Muy buenas las ilustraciones de Escassi.

EUGENIO MEDIANO FLORES

LA VIDA DE METERNICH, por CONSTANTINO
GRÜNWARD. - Un volumen en cuarto, 283
páginas . - Editorial Juventud.

Constituye esta obra una acertada biografía del dúctil diplomático vienés, realizada con gran profundidad de documentos y con implacable realismo, que no se desdeña en narrarnos, tal vez sin excesivos escrúpulos morales, las más divertidas escenas amorosas, que llenan la vida privada del hábil ministro mariposa del Austria feliz, que amenizó los alegres días del Congreso de Viena.

Así, tanto a través de las alegres escenas en que se desenvuelve su juventud libertina, en medio de los esplendores de la Corte de Viena, como entre los lucidos desfiles de la Corte prusiana, como en las elegantes mansiones del París luminoso y de buen gusto de los comienzos de la pasada década, revestido siempre de la elegancia que requieren las entrevistas diplomáticas, Metternich es el hombre que juega siempre a dos barajas, a todos gusta, a todos divierte, a todos inspira confianza y a todos engaña; su arma poderosa es la simpatía: con ella a todos agrada y a todos convence, tanto a las más bellas damas como a los más aristocráticos príncipes de sangre, como a los más aguerridos militares, curtidos mil veces en los campos de batalla, y su retrato presenta, por ello, una gran antítesis con el de su mayor enemigo y al mismo tiempo íntimo amigo: Napoleón; el arma del uno es la espada victoriosa; la del otro, su elegante sonrisa; el uno nos admira por su voluntad enérgica; el otro, por su simpatía; el uno, vencedor en los campos de batalla, es engañado en los salones diplomáticos por las damas; el otro es admirado por ellas, pues reúne todas las cualidades que, según Baltasar de Castiglioni, debe reunir el perfecto cortesano: linaje aristocrático, cultura, elegancia, arte de agradar y convencer, ideas reaccionarias y conversación amena y divertida, llena de deliciosas anécdotas; de ello, el autor, Constantino Grünwald, nos traza un sugestivo retrato de tan cumplido cortesano, cuyas relevantes cualidades de trato le hacen descollar tanto en las Cortes amigas como enemigas, y sus victorias no tienen lugar, como las del general Bonaparte, en los campos de batalla, entre el estrépito de los fusiles y los cañones, sino en medio de un salón de baile, a los acaramelados compases de un aristocrático rigodón o al compás cadencioso de los encantadores vales vieneses de Lener o de Straus. Siempre entretiene a la concurrencia, y en sus labios se encuentra la frase feliz; su conversación

carece de los apóstrofes amenazadores de la del vencedor de Austerlitz. «En Berlín opinabais por la paz; ¿cómo habéis cambiado?»; o cuando afirmaba que hablaba con el mismo lenguaje con el que habló el día antes de Jena, o aquella exclamación del palacio Marcolini: «¡Vos no sois un soldado, y no sabéis lo que pasa en el alma de un soldado!», y en la cual manifestaba Metternich que Napoleón le parecía pequeño; y, como comenta Sorel, aquel hombre parecía no comprender a Shakespeare; pero, a pesar de todas las amenazas e imprecaciones, no le hicieron variar su manera de pensar a Metternich, muy amado de él hasta el extremo de serle confiado el encargo de buscarle novia entre las más linajudas princesas de las Cortes europeas; boda encantadora, pero que le hizo caer en el adulterio al repudiar a su legítima esposa, y éste caer, después de la jornada de Leipzig y la campaña de Rusia, en poder de los ingleses y, finalmente, en el mayor de los ridículos. Por lo tanto, podemos decir que esta biografía contiene, ante todo, una gran lección de mundo; pero, además, plantea serio estudio histórico, si bien es cierto que la Historia no se repite; sin embargo, ¿sería absurdo comparar los diferentes procesos históricos en que nuestra disciplina se descompone: guerras, revoluciones, luchas de clases, atentados, rebeliones regionales, alzamientos y sublevaciones militares, congresos y alianzas diplomáticas, golpes de Estado, conferencias de paz, persecuciones religiosas, encumbramiento y caída de validos y ministros, con otros análogos o parecidos ocurridos en diferentes tiempos y Estados, para deducir de ellos determinadas leyes políticas, que si bien tienen un mero valor especulativo o experimental, sin embargo, contienen interesantes lecciones, en que, siguiendo el criterio de que la Historia es la maestra de la vida, pudiéramos escarmentar, como quien dijera, en cabeza ajena? Si así fuera, podríamos comparar las diferentes revoluciones, como la francesa, la rusa, la española de 1868 y la actual, la que en los momentos presentes vemos desarrollarse en Italia, la prusiana del año 1848, etc., y a pesar de las indudables diferencias que entre las mismas se encuentran; separación de tres brazos: nobleza, clero y pueblo en la Revolución francesa; lucha entre el Rey y el Parlamento largo en la Inglaterra del siglo xvii; motines estudiantiles en la noche de San Daniel, en nuestra Revolución del 68, etc., se podrían encontrar algunas normas políticas que, aun cuando varían de un momento a otro, pueden tener interés. Lo mismo podríamos decir de los golpes de

Estado y de las sublevaciones, donde se tiende a ocupar primeramente la Prensa y la propaganda, para asegurar el éxito del alzamiento, e igual de Conferencias y Congresos de paz, como la de Westfalia, en que las cuestiones de etiqueta sobre el sitio que debían ocupar las diferentes delegaciones española y francesa, dió tiempo para decidir con la batalla de Rocroy y de Lens el éxito de la guerra. Algo de esto logra el autor, Constantino Grunwald, en el libro, pues marca perfectamente las etapas fundamentales de todas las revoluciones: la guerra exterior, la crisis económica, la reunión de una asamblea para remediarla, la revolución, la lucha de clases, la guerra civil y, por último, la dictadura de un Cronwell, un César, un Napoleón, etc.

Todo ello tal vez sería posible si los autores modernos, siguiendo la huella clásica de las vidas paralelas de Plutarco, a ello consagrasen sus afanes; y así, trabajos como el presente, además de ser, por lo pulcros y bien escritos, un amable solaz literario, podrían desprender serias enseñanzas, que la Historia siempre contiene, ya que, según la frase feliz del vencedor de Farsalia, es la maestra de la vida.

La presente obra, cuidada editorial y literariamente, está seriamente documentada y contiene una aguda penetración psicológica de los personajes que en la misma intervienen, esclareciendo su personalidad política, ideológica y social con toda conciencia y esmero, lo cual, unido a su indudable calidad técnica, la hacen acreedora de todo elogio.

EL POEMA DE LOS TRES CARROS, por ENRIQUE
AZCOAGA. - Madrid, 1948.

De nuevo se nos presenta Enrique Azcoaga en su faceta poética y, como anteriormente —con «La piedra solitaria»—, trae hoy un libro, cuya motivación es un solo tema: El carro, en su tarea y en su descanso. Y también ahora regida la creación de este escritor por un afán simbolista y un propósito arquitectural de la poesía. Tal vez estas dos obsesiones, o estos dos prejuicios, son los que hacen que la poesía de Enrique Azcoaga nos aparezca siempre un tanto inflexible, envarada y con altibajos, en los que, junto a la buena línea del poeta, cuando marcha por puros caminos emocionales, encontremos momentos trabajosos, para los cuales el ver y

el pensar del poeta sustituyen al sentir y son más importantes que su sentir.

Así, el primer canto —exaltación del carro en reposo— se nos muestra como pura creación intelectual, donde los versos no fluyen, sino que van llegando al poema por agregación, cual si un cúmulo de ideas, imágenes y aforismos previstos hubieran encontrado, en la medida poética, vía expresiva o forma de engarce apropiada. En cambio, al lado de este canto primero tan rígido, tan llevado por el autor en todos sus momentos, sin que un instante solo escape al cerebro que lo va creando, viene el segundo: esa eclosión gozosa ante el carro cargado de mies trigueña, donde el poeta ha dejado libre no sólo su estro normal, sino su normal sentido sensualista de la existencia. Allí se muestra el autor, sin prejuicios de ascetismo o sacrificios procedentes, que, al intentarlos, le resultan falsos. Prejuicios que, si en una prosa son fácilmente disimulables o simulables con frases de indudable efectismo, en poesía no existe tal posibilidad, porque la poesía evidencia siempre el ser de quien la escribe, y hasta donde la palabra, oficiando como expresión de un sentir, es o no sincera.

Por eso es aquí, en este canto II, donde vemos la continuación poética de Azcoaga, la verdad sentida, dada en un verso más sencillo y directo, más noble y honrado, sin los fríos rebuscamientos que se advierten en los otros dos. Sobre todo, en la primera mitad de este su «El carro del trigo», donde existen estrofas perfectamente logradas de emoción y verso:

*Trigo en el trigo, gloria sobre el carro,
probando que en la obra sucumbimos;
tropel de espigas dándote figura
de esencia prodigiosa, de cuantía;
verdad de la cosecha sostenida
sobre tu sencillísima andadura...,
¿por qué de rico enjambre y de verano
llenáis a quien apenas si es otoño,
como mi corazón y mi ternura?*

Mas este tono, de gran altura poética y de emocionado decir, se quiebra en este mismo canto II, pues pasada la primera mitad se nos antoja alargado en exceso y cayendo en una incomprensible reiteración.

En los primero y tercer cantos —«El carro» y «El carro del

estíercol»—, Azcoaga se presenta como una magnífica voluntad de ser distinto; como un cerebro tratando de disciplinar y corregir la naturaleza de sus inclinaciones; y se nos muestra así bien a su pesar, ya que las palabras —en su valor estrictamente gramatical y analógico— tratan de producir el efecto contrario.

Pero esa actitud no se puede juzgar en este caso; porque el instrumento poético, para que suene con efectividad de poesía, sirve única y exclusivamente como vehículo y expresión de sentimientos y emociones incontrovertibles: no se siente después de pensar, sino antes, como un latigazo eléctrico; y es ese trallazo quien pone en función el pensamiento. Por eso el ser auténtico de Azcoaga, dado abiertamente y sin esfuerzo, está en esa primera mitad, que antes apuntábamos, del canto II a «El carro del trigo» en todo lo que éste tiene de promesa, de presencia exuberante y de recreo sensual, en esa plenitud plástica y fructífera, en ese ser auténtico del trigo —intrínseca y extrínsecamente considerado—, de que se advierte anhelante al poeta.

De ahí que no nos asombre —pasando desde este punto de vista general de «El poema de los tres carros» a un análisis más atento y extenso, que merece la ambición con que está realizado— advertir, no digamos el truco, que sería excesivo, pero sí la manera como llega el poeta a la palabra en esos otros dos cantos que nos resultan artificiosos. Los hallamos producto no de una expansión sentimental, en la que participa el cerebro, ordenando la sorpresa emocionada, sino consecuencia de una elaboración lenta y minuciosa, sin una razón poética de continuidad, donde versos y estrofas pueden ser sometidos a un trastrueque de lugar sin que sufra el decir del poema; y donde lo emocional, de existir, fué apenas grano de anís, que se pierde en la maraña retórica que trata de definirlo.

Así, a lo largo de este libro encontramos versos que, bellísimos por sí, el autor no quiso desperdiciar, y resultan cuñas incrustadas en la estrofa; hecha ésta muchas veces para servir exclusivamente a aquél. También se deja notar, por el abuso de calificativos —casi no existe un solo verso que no los contenga—, la dificultad con que tropieza el poeta para someter su idioma a la medida endecasilábica, cuyo defecto ha de suplir agregando calificativos que le completen la medida. Asimismo se evidencia, en el cúmulo de imágenes enlazadas unas tras otras, en el canto cortado, hecho por etapas, tratando de adaptar versos en lugar de

sentimientos, que a «El poema de los tres carros» le falta cuerpo y argumento de poema.

Porque Azcoaga no se asombra y admira ante el encuentro del carro, de la calleja, del trigo o el estiércol, y del asombro y la admiración surgen los versos, sino que, más bien, parece que buscando, buscando, encuentra, al fin, este carro donde apoyar la pesada carga de una serie de endecasílabos previstos.

No obstante lo dicho, «El poema de los tres carros» —quizá la atención y atento análisis prestados lo demuestran— es importante por la ambición y aliento que el poeta ha puesto en la realización de un poema «de largo metraje».

EUGENIO MEDIANO FLORES

LOS WILKINGOS, por ALLEN MAWER. - Un volumen en cuarto, 166 páginas. - Editorial Pleamar.

La historia accidentada y dinámica de este pueblo aventurero, sediento de nuevos horizontes, aparece, sin embargo, envuelta entre las brumas tenebrosas del misterio en muchos problemas a que da lugar la navegación del pueblo wilkingo, hasta tal punto que muchas veces nos trae a la memoria el genio receloso y sombrío de Descartes al negar realidad al mundo exterior a nuestros sentidos, en que llegaba —¡oh obcecadas aberraciones de la razón humana!— a negar realidad objetiva a los procesos históricos, pues creyendo que por ella podíamos ser inducidos al error, llegaba a afirmar que nuestra ciencia no tenía mayor valor que el de la pura leyenda, sentando un criterio histórico excesivamente escéptico, pero que encontró eco en el criticismo kantiano del filósofo de Koegnisberg, dando lugar a las reglas metodológicas, tanto extrínsecas como intrínsecas, de la moderna ciencia historiográfica, según las cuales, dada la debilidad de la mente humana, lucecilla insignificante en medio de las grandes tinieblas que nos rodean, tiene que caminar a tientas, en su penosa busca de la verdad, sin más guía que los documentos escritos, códices, manuscritos, inscripciones epigráficas y descubrimientos arqueológicos, y aun así, múltiples problemas quedaban fuera de nuestros conocimientos; entre ellos está, desde luego, el del descubrimiento del Nuevo Mundo; la modernas investigaciones han tratado de

arrebatar a España la gloria de América, que le había sido atribuída secularmente a causa de la llegada de las naves wilkingas, bajo el timón de Erick el Rojo, a la remota Vinlandia, identificada con las costas pesqueras de Terranova; problema que no entra dentro del contenido de este volumen, pero que marca la gran importancia que la materia tiene para la historia de la Geografía, no siendo menor la que contiene para la geografía de la Historia; pues ¿hasta qué punto las condiciones climatológicas, biológicas y oceanográficas fueron las que impulsaron las proas wilkingas a las incógnitas tierras americanas? ¿No sería un determinismo exagerado el creer que las corrientes marinas, y sobre todo la pesca del bacalao, fueron las que los impulsaron a tan audaz aventura? Supongámoslo, concediendo la razón en este punto a los secuaces de Huntigton, Riter y Ratzel. Pero ¿podemos exagerar esta influencia hasta el extremo de negar la libertad humana como factor primordial de los acontecimientos históricos? Evidentemente, no. La Historia, según la concepción teológica, está dirigida por el libre albedrío, tan sostenido por la doctrina católica, que llega a afirmar que constituye un dogma de fe; pero, sin embargo, estas normas, moderadas por tal argumento, pueden tener meramente un valor secundario y ser consideradas únicamente como normas empíricas y experimentales, de un valor meramente relativo, como las formuladas por la moderna ciencia geopolítica, que habla de una tendencia de los Estados a dominar la totalidad de una cuenca hidrográfica, citando los ejemplos del Egipto, situado sobre la cuenca del Nilo; Caldea sobre la del Eufrates, la India sobre el Ganges o la China sobre el Yantsekiang, la tendencia a dominar la totalidad de un mar cerrado, que determinó las empresas de los romanos sobre el Mediterráneo, al que llamaron «Mare Nostrum», y la tendencia a las costas opuestas, en la cual se muestra el ejemplo presente de las navegaciones wilkingas, impulsadas, por la pobreza de recursos de las montañas escandinavas, de inclemente clima, tras la pesca del bacalao, que mora en las templadas aguas de las corrientes cálidas del Golf Streem, es un ejemplo paralelo al de las accidentadas cordilleras helénicas, impulsoras de la colonización jónica.

Los wilkingos sembraron la desolación con sus piraterías en Inglaterra, Irlanda, en Francia, en donde, en su recuerdo, una región conserva todavía hoy la denominación de Normandía; en España, donde amenazaron, en los tiempos de Ramiro I, Santiago de Compostela, y Lisboa, en poder de los musulmanes; en Italia,

donde llegaron a constituir un Estado normando, cuyo jefe, Robert Guiscardó, llegó hasta salvar la vida al Papa Gregorio VII, que, exclamando «Busque la justicia y odie la iniquidad» les siguió a Salerno, poco antes de su muerte, mientras Roma era ocupada por el partido gibelino, de Enrique IV de Alemania, y hasta la misma Rusia, donde los varegos, a los que se cree normandos, llegaron a fundar un Estado en Kiev, cercano al Mar Caspio y las regiones del Cáucaso.

Muchas de estas expediciones aparecen detalladamente narradas en esta obra, escrita con un gran lujo de detalles, en que se condensan todos los detalles y a veces milagros de aquellas arriesgadas navegaciones, con gran profundidad de datos y riguroso sentido histórico, conteniendo interesantísimas aportaciones a la historia accidentada de este heroico pueblo wilkingo, cuyo conjunto de navegaciones consisten a veces en una complicada maraña, que es preciso esclarecer siguiendo un criterio cronológico y geográfico.

Muy interesante resulta el estudio de la terminología con que es denominada esta raza, pues la palabra wilkingo deriva de la escandinava «vick», que significa bahía, caleta o fiord, e identifica asimismo a los varegos escandinavos con los actuales rusos, pues aquéllos llevaron también la denominación de «rhos».

En suma, esta obra constituye una profunda reseña de las audaces expediciones de los más notables jefes de tan audaz e intrépido pueblo de navegantes, desde la remota fecha de sus orígenes hasta mediados del siglo XI, dentro de una síntesis maravillosamente lograda sobre un tema interesante e inédito y muy nuevo dentro de nuestra actual bibliografía, por todo lo cual la consideramos acreedora del más ferviente y cálido aplauso por su presentación en nuestra patria, constituyendo una novedad que reviste el más alto interés.

JUANA DE ARCO, por H. WALLON. - Un tomo en cuarto, 232 páginas.

El autor, al tratar esta materia, lo hace, después de un detenido examen cronológico y geográfico, con una sana crítica, tanto externa, al comprobar la existencia de documentos, como interna, al compulsar la veracidad de los datos expuestos en los mismos y la de las afirmaciones enunciadas por los personajes con miras o

interesadas, o en momentos de acaloramiento, o movidos por la enemistad o el rencor, especialmente del famoso proceso al que fué sometida nuestra heroína, que revela un gran conocimiento de la arcaica lengua francesa, llena de giros y expresiones desusadas, como un no vulgar dominio de la complicada paleografía contemporánea, cuya letra, llamada cortesana, muestra unos rasgos casi indescifrables y generalmente siguiendo una tendencia estética, que también se manifiesta en el arte contemporáneo, hacia la exageración ornamental. La figura de la doncella de Orleáns, nuestra singular heroína, aparece deslumbrante y apasionada, pues no hay que olvidar que es una de las más discutidas figuras de las que vemos desfilar por las páginas brillantes de la Historia, y aparecería más difícil de interpretar si la Iglesia católica, siempre guía segura en la materia, no hubiera dado su fallo definitivo elevándola a la excelsitud inmensa de los altares, acallando de esta manera las más acaloradas polémicas, que nos traza con pluma erudita y profunda el autor.

Desde un punto de vista mundano, discutíase en nuestra heroína su feminidad, desde el momento en que usaba como atavío, en lugar de los elegantes tocados femeninos, la recia armadura feudal de los caballeros franceses de reluciente armadura, que no había sido, sin embargo, suficiente para parar los acertados tiros de los arqueros ingleses en las acciones militares de Azincourt o Crezy. Desde un punto de vista político, se vislumbra en ella la creadora del concepto, muy francés, de nacionalidad en los tiempos medievales, en aquellos momentos en los cuales alcanzaban singular relieve dos concepciones políticas superestatales: el Pontificado y el Imperio. Desde un punto de vista religioso, unos la calumniaban, hasta el extremo de ser quemada en público proceso bajo el irri de herética, relapsa, apóstata y hechicera, hasta que las generaciones venideras han rehabilitado su memoria.

Y de las campañas de la heroína se sacan interesantes estudios castrenses: unas veces, como en Orleáns, herida al escalar el muro, sabrá asaltar el baluarte principal, quemando el puente que lo unía al resto de la fortaleza; otras veces, como en París, sabe asaltar el foso del castillo por un original procedimiento, llenándolo de agua y construyendo sobre él una especie de improvisado puente de barcas con maderos atravesados, sobre los cuales hace pasar las tropas; y otras veces, como en Patay, descubre el poder decisivo contra los atinados tiros de los arqueros, de un arma hasta entonces

desconocida, la artillería, que había de dar al traste con los castillos feudales, hasta que la Providencia, que tan frecuentemente la auxiliaba con las apariciones del arcángel San Miguel y Santa Catalina, la advierte que será hecha prisionera, como así ocurre en una temeraria salida que hace del fuerte del Compiègne, donde es abandonada por sus tropas, a las que cierran las puertas de la ciudad los sitiados, a la vista de los ingleses, que la someten a un horrendo e injusto proceso, en el que se ponen de manifiesto el valor y virtudes de la heroína, no sólo arrojándose desde lo alto de un torreón al patio de la prisión, sino respondiendo también a las más injustas y capciosas preguntas de un tribunal cruel e inicuo en un proceso excesivamente inquisitorial, en el que el escrúpulo de la conciencia religiosa se mezcla con la dureza propia de los tribunales castrenses, y llega, finalmente, a conseguir heroicamente, en el feroz suplicio de la hoguera, la palma sacrosanta del martirio, según profetiza antes de su fatal desenlace.

Todo ello está maravillosamente logrado en esta interesante monografía de una de las figuras más apasionantes de la historia medieval, como lo revela el innumerable número de biografías que constantemente aparecen en su patria y fuera de ella sobre nuestra doncella.

El autor muestra en todo lo largo de su relato su maravilloso criterio histórico, su sana y certera crítica, sin dejarse llevar por exageraciones, en las cuales campea con frecuencia una tendencia extremista, sino ateniéndose en todo a las sanas reglas de la Iglesia Católica, a quien corresponde el fallo definitivo sobre la canonización de nuestra santa.

SOLIMAN EL MAGNIFICO, por FAIRFAX

DOWNEY. - Un volumen en cuarto,
297 páginas.

Entre las de su especie, verdaderamente modelo, esta interesante biografía nos pinta de mano maestra, de acertados trazos y brillante colorido, las empresas militares de la época, en la cual vemos evolucionar la estrategia del arcaico y anticuado estilo militar del cuatrocientos, que marca un predominio claro de las armas defensivas, a la innovadora táctica de los ejércitos renacentistas, en cuyas décadas vieron la luz pública inventos tan señalados

como el papel, la imprenta y la brújula y, sobre todo, la pólvora, base primordial, por su fuego aterrador, de la revolución operada en aquellos momentos en las armas combatientes.

Y así, al par que la aparición de trabucos, culebrinas y mosquetes, con notorio crédito de la inteligencia e injusto escarnio del valor, empavorizaba, sembrando la confusión y el espanto en la furia brutal de los escuadrones de la decadente arma ecuestre; no hay que olvidar que la Edad Media fué, ante todo, la época de los caballeros, que por entonces se despojan de su férrea armadura, al par que queda en primer lugar el papel desempeñado por los infantes suizos y españoles, que habían de quedar reputados por invencibles. La espantable furia, según frase feliz del príncipe de nuestros ingenios, de aquellos aterradores instrumentos de la artillería abatía con estrépito, derribando por tierra alcázares, baluartes y castillos nobiliarios, que caen por tierra ante la feroz acometida de lombardas, falconetes y espingardas, sin encontrar un eficaz medio defensivo, pues nada evita su descrédito; la construcción de empinados taludes en los arranques del muro, para evitar el posible derribo de la muralla ante la violencia del fuego; ni la construcción de ochavados torreones que desvían la dirección del tiro, ni la construcción de baluartes y fuertes modernos, sea de escuela francesa, holandesa o italiana, con fortines separados de la fortaleza, que sustituyen por esta época al castillo medieval, pero que nada pueden ante el perfeccionamiento ofensivo de la artillería, que hace caer los torreones con igual estrago de combatidos que de combatientes, pero que llevan implícita la destrucción de una poderosa clase social, hasta entonces invencible dentro de sus torreones: la nobleza.

Y así, sombríos castillos, nunca vencidos, se desmoronan; robustos tambores, antes inexpugnables, se derruyen; fuertes adarves, orlados con escudos de una nobleza secular, se quiebran; macizas barbancas se desmoronan; vigilantes troneras, sabiamente estudiadas, retiemblan, desquebrajándose, temblando hasta sus raíces, ante el fuego implacable de los cañones, que en un momento deshacen la obra tanto tiempo construida por la sabia mano de arquitectos, ingenieros, albañiles y alarifes.

Y en este ambiente es donde desarrolla su agresión feroz al Cristianismo el ímpetu aterrador y salvaje del Gran Turco. Para él no hay más que una ley: la fuerza. Pero sus ataques no son producto de demencias febriles, sino que responden a una concep-

ción estratégica bien definida, en la que entran junto a la astucia el disimulo, la perfidia y la pasión brutal, aparte de una gran dosis de ciencia castrense, sin que esgrima más argumentos que la saña cruel de sus genizaros, el retemblar feroz de sus cañones o la acción espantosa y demoledora de sus minas, ante la cual se disuelven como azúcar las más robustas e inexpugnables fortalezas; y así, Belgrado, Mohacs, Rodas y Malta son nombres que empavoran a la Cristiandad, entretenida en estériles contiendas, y es aquí, en estas descripciones militares de las grandes acciones bélicas, donde la obra muestra su gran empuje, que aún guardarían gran valor para el militar, si el tiempo, que todo lo trastroca, no las restase de gran parte de su valor práctico, igual que en otros siglos se lo restó a los castillos; pero de todas formas da lugar a que el autor escriba bellísimas páginas de arte militar, que contienen interesantes enseñanzas técnicas, como la brillante descripción del sitio de Malta, ante cuyo castillo, situado entre un profundo mar y unos anchos canales y cercado por profundas aberturas, en una situación verdaderamente inexpugnable, realiza Solimán una concepción verdaderamente ingeniosa, mostrando una nueva manera de asaltar los fosos, que parece mentira que tardara tanto tiempo en descubrir la Humanidad, consistente en desarbolar las naves otomanas de sus mástiles, que coloca, a manera de puente, sobre el foso, que así es fácilmente salvado. Cuánto lo alabarían los ejércitos medievales, que acababan de ver caer a Carlos el Temerario, debajo de un enorme montón de cadáveres, ante los muros de Nancy, y que, sin embargo, lo deshace hábilmente el dedo de la Providencia, pues emplazados los cañones de los sitiados, destruyen los mástiles, impidiendo la retirada de los asaltantes, que son acuchillados contra el abismo, en una salida de los caballeros de Malta.

Esta y otras descripciones muestran a todas luces el gran valor de esta obra, que la colocan entre las de primera magnitud, entre las numerosas biografías que enriquecen nuestro actual mercado bibliográfico.

GEOGRAFIA ECONOMICA, por JOAQUIN
BOSQUE.-Ediciones Teide.-129 págs.

92

Si la astronomía, estudiando el movimiento acompasado de los astros que pueblan la inmensa bóveda celeste, y la moderna meteo-

rología, que trata de demostrar la causa generadora de los complejos fenómenos atmosféricos; si la oceanografía, que trata de desenterrar la superficie terrestre sepultada bajo la inmensidad ignota de los mares, que pueblan las dos terceras partes del globo terráqueo; si la geología trata de investigar la ignota formación de los continentes antes de la aparición del testimonio humano, o la geopolítica, tratando de indagar las causas productoras de los movimientos constantes de la demografía humana, o la etnografía, que estudia las causas productoras de las diferencias raciales de los diferentes grupos humanos, constituyen la parte verdadera, ente científica del complejo campo de disciplinas que se agrupan bajo la rúbrica de Geografía, adquiriendo casi constantemente una creciente independencia de los diversos e interesantes puntos de vista desde que puede ser examinada esta disciplina, es, desde luego, la visión económica de la ciencia geográfica la que reviste un carácter más práctico y muestra una indudable utilidad para la industria y el comercio y para la vida de los negocios de nuestro descentrado mundo contemporáneo.

Y si esta visión económica se concentra en nuestra patria, su interés se acrecienta, pues en ella muéstranse problemas de gran interés para cada una de las ramas de negocios, y así, esta ciencia proporciona serias reflexiones para nuestra imaginación, que con su lectura se ve impulsada a interesantes negocios por las iniciativas indudables que despierta, a las que la compañía de un adecuado capital puede dar vida.

De ahí que, tanto nuestros actuales planes de enseñanza como los actuales textos geográficos, den cada vez mayor importancia a la parte económica, que contribuye a asegurar dentro de nuestros textos docentes; sin embargo, para que verdaderamente esta disciplina pueda dar lugar a un serio interés práctico, es necesario, como hace muy bien el autor, abandonar el arcaico sistema de estudiar la materia siguiendo un orden de expositivo geográfico, sino utilizando, por el contrario, en el desenvolvimiento de la materia un método técnico.

En el cual sistema se emplea una clasificación basada en el análisis de la producción, circulación y consumo de cada uno de los productos que integran la economía, tanto nacional como extranjera. Este método facilita extraordinariamente la exposición y permite dar a la ciencia todos sus frutos prácticos, pues al fin y al cabo, es esta parte de la ciencia la que puede producir un fruto

mayor que el de entretener amenizando ocios, o de servir de guía a los viajeros, pues puede conducir su estudio a un resultado remuneratorio, y, al fin y a la postre, es el producto económico en lo que la ciencia de la Geografía se concreta.

Por esto resulta verdaderamente plausible esta obra, dividida en dos volúmenes, y en la cual el primero se dedica a analizar la geografía económica mundial, y el segundo se sintetiza en el estudio de nuestro sistema económico español, que logra completamente, dentro de un estilo claro, profundo y seco, todo él lleno de sustancia, con numerosísimos datos, diagramas y cifras estadísticas, sin permitirse digresiones, como otras obras hacen, sobre la materia, pero demostrando en todo momento una completa y acusada documentación.

El lector, al terminar la lectura de esta obra, aprecia en toda su importancia el valor económico de España, sus problemas y sus necesidades; observa los problemas económicos que surgen; inquiere las causas de su progreso o postración industrial, y estudia los remedios que pueden salvarla y pueden dar lugar a un florecimiento económico. En realidad, sólo amando y estudiando nuestra patria se puede hacer prosperar nuestra economía, ya rica y pujante de por sí, hasta que pueda llegar a alcanzar, en lo internacional, el puesto privilegiado que alcanzara en la Edad de Oro.

Y así, desfila en el texto el estado económico de España, pobre en combustible, pero rica en hulla blanca por sus numerosos saltos de agua en las regiones periféricas; famosa desde la antigüedad por sus minerales, actualmente agotados; con una industria metalúrgica decadente que la obliga a una gravosa importación de maquinaria; con una producción triguera insuficiente en las tierras áridas y desoladas castellanas, pero famosas por sus vergeles levantinos, con una valiosísima explotación de sus inigualables frutos: fresas de Aranjuez, naranjas de Valencia, almendras levantinas, que han dado a la industria morisca de los turronec incuestionable importancia, y, sobre todo, sus inigualables caldos de sus magníficos vinos de Jerez, Rioja, Montilla, Priorato, etc., que compiten, una vez exportados al extranjero, con el champagne francés y el lágrima Cristi italiano; con una pobre industria forestal, pero todavía con pujante ganadería, derivada de su celeberrima Mesta, cuyos merinos fueron el origen de la ganadería lanar inglesa, y con una riqueza pesquera cada vez más poderosa, que puede mejorar al constante aumento del número de embarcacio-

nes de su marina pesquera. Todo se estudia en esta interesante obra, que despierta un gran interés por los problemas económicos de nuestra patria, de los que resulta, desde luego, una magnífica exposición técnica y geográfica.

COMENTARIOS A LA LEY DE ARRENDAMIENTOS URBANOS,

por JOSE BOUZA MORENO. - Un volumen en cuarto,
435 páginas.

El contrato de arrendamiento, nacido en la Roma primitiva para la «res mancipi», o sea aquellas que estaban en la «manu» del pater de familias, como las bestias, ganados, esposa e hijos y, en general, para las cosas muebles, adquiere cada día mayor complejidad.

Se desconcentra en el mundo contemporáneo en arrendamiento de cosas, obras y servicios y de trabajo, que adquieren cada vez mayor complejidad en nuestro mundo contemporáneo. Por si esto fuera poco, sólo el arrendamiento de cosas se fragmenta en la locación de predios rústicos y urbanos, y éste da lugar a un contrato completamente nuevo, de fronteras bien limitadas: el inquilinato, y surgen multitud de reglamentaciones legales, que continuamente las ordenan según las diferentes necesidades económicas, pues el arrendamiento no es de ninguna forma, como otras figuras jurídicas, una realidad histórica, pues en él se libra la gran batalla del mundo contemporáneo.

Así, las masas humanas se concentran en las ciudades, huyendo, en trágico éxodo, de los campos; aquí se hacinan en viviendas insalubres; ante la abundancia de la mano de obra humana por la grande competencia, se desvaloriza el trabajo; por la abundancia de la demanda y la exigüidad de la oferta, surge el paro; con él, la lucha de las clases sociales, y allí aparecen los más demolidores credos doctrinarios, que agitan la vida política de los Estados; surgen la carestía de los precios, y la falta de materias primas y propietarios que construyeron sus viviendas con exiguo capital consiguen pingües ganancias; así, de esta manera es difícil expulsar los inquilinos de los pisos, y los caseros exigen grandes primas por los pisos, negándose a alquilar; y al par que surgen nuevas figuras de delito que aminoran la libertad de contratación, los Estados ordenan a los propietarios el alquiler forzoso de sus

pisos, precisamente como viviendas y no como almacén o casa-habitación.

Para salvar todos estos problemas ha surgido la nueva reglamentación de arrendamientos urbanos, aprobada por las Cortes españolas en sesión celebrada en 31 de diciembre de 1946, y ante ella, los autores tratan de explicar el alcance de sus normas jurídicas, surgiendo así valiosos comentarios a la Ley, como el que actualmente se lanza a la luz pública, debido a la prestigiosa pluma de D. José Bouza Moreno, que a todo lo largo de la obra demuestra su serio conocimiento jurídico; así se trata de explicar técnicamente los problemas que plantea cada una de las nuevas figuras y las controversias surgidas por los delitos y faltas a que da lugar la nueva reglamentación legal, ocupando la obra destacado puesto entre todas las de su género.

Todos los problemas están tratados con un acertado criterio jurídico, con una documentación profunda y con todo detenimiento, ayudando al ánimo del lector a comprender todos los problemas a que la materia pueda dar lugar que se hayan suscitado en la práctica hasta el presente.

Por lo tanto, consideramos que la nueva obra vendrá a ayudar al lector no versado en materias jurídicas para darle a conocer los problemas planteados y guiarle por los vericuetos en que esta materia, de constante aplicación práctica, puede dar lugar.

Será, por lo tanto, de gran interés para caseros, inquilinos y subarrendatarios y al mismo tiempo servirá de guía jurídica para el público jurídico forense, jueces, magistrados, fiscales, letrados, secretarios, etc., en todos los problemas que plantea esta interesante materia jurídica, y de la cual muchos de ellos resultan nuevos, pues surgen algunos, como la necesidad de ocupar las viviendas por causa de necesidad social, los derechos de tanteo y retracto, perteneciente tanto a patronos como a los caseros de gran posición social, como a clases más necesitadas, sobre los pisos, cual los inquilinos, la prohibición de ocupar los pisos mediante el pago de primas; la de alquilar los pisos precisamente como viviendas, etc., que tienen un gran interés por su novedad en el momento presente.

El autor no necesita de presentación; es sobradamente conocido por sus ya numerosas publicaciones. Su juicio crítico y señero alcanza su máximo en la presente obra. Esta la divide, para su exposición, en ocho capítulos, precedidos de una declaración, a guisa de preámbulo, evocador del contenido y de los fines perseguidos por el autor en la obra que nos presenta.

En el capítulo I expone unas cuestiones, que estima previas: si los datos pueden y deben someterse a unas reglas objetivas; si las reglas para resolver los datos históricos nacen de ellos mismos, o les son anteriores y ajenas; si caben deducir reglas del ambiente histórico; si las reglas han de apoyarse en una perspectiva metafísica. En su dicción emplea Elías una gran agudeza y claridad expositiva.

El capítulo II trata de la tradición española, afirmando su propósito de determinar los tipos que en la realidad histórica existen; recalcando que la palabra tipo no debe inducir a sospechas y aportando una profusión de datos para reafirmar su tesis.

El resto de los capítulos de la obra que reseñamos los destina su autor a la cita de las tradiciones regionales en Andalucía, en Eskalerrúa, desde el Duero al Ortegá; en Cataluña, en Castilla, dedicando el último capítulo a una breve historia de las Españas, donde aduce que Asturias, León, Aragón, Murcia y Extremadura son, dentro de la Península, otros tantos grupos humanos perfectamente delimitados; pero estudiados todos minuciosamente acrecerían demasiado el tamaño del volumen, que, de antemano, su autor nos anuncia que ha tratado de reducir al mínimo.

En suma: es una obra que se lee con el máximo interés, admirando una y otra vez su escogida y crítica lectura, la originalidad de los puntos de vista propios y la agudeza de sus perspectivas. Lectura extraordinariamente sugestiva y rica en copiosísima y desacostumbrada erudición, bebida directamente en distintos idiomas; resultando su estilo arrebataador y vivo, fiel reflejo de las dotes que la Divina Providencia otorgó al autor.

MANUEL CHAVES FERNANDEZ,
Profesor A. de la Universidad

POTESTAD DEL PAPA EN LA DISOLUCION DEL MATRIMONIO DE

INFIELES, por el PADRE LAZCANO, Doctor en Derecho Canónico y Catedrático del Seminario de Madrid. - Prólogo del Excmo. y Rvdmo. señor don LEOPOLDO EIJO, Obispo de Madrid-Alcalá.

El P. Lazcano aborda en la presente obra uno de los problemas más intrincados y debatidos en los campos del Derecho Canónico y de la Teología. El ilustre prologuista ya resalta la importancia del trabajo a través de su docta pluma.

El autor comienza su dicción con un interesantísimo estudio histórico, necesario para entrar en el examen de materia tan complicada como la que hace referencia a la obra que comentamos. Como indica el insigne prologuista, el P. Lazcano expone en esta primera parte de su obra, con auténtica documentación, las instituciones matrimoniales de los indios suramericanos, encontrando en esta exposición el oro de las primitivas tradiciones humanas. Resaltando con gran profusión de datos las ceremonias en que se ponía de manifiesto el concepto que tenían nuestros indios de la elevación y dignidad del contrato matrimonial.

Dentro de esta fase expositiva del ceremonial observado para el matrimonio por los indios aduce la necesidad de señalar varias categorías, a saber: a) Matrimonio de los nobles y señores. b) Matrimonio de la gente baja de los plebeyos; y c) Matrimonios extraordinarios. En este punto, el autor arguye en pro de su tesis un rico material histórico, propio de las provincias de Méjico y Michoacán, ya que el de otras regiones es similar; haciendo especial hincapié en las distintas soluciones dadas para resolver la cuestión.

En la sección segunda de su monografía, el P. Lazcano expone la materia de las fuentes para la edición crítica, distinguiendo, conforme con los principios de la Metodología, dos clases de categoría de fuentes, a saber: a) Fuentes primitivas o primarias; esto es: las que contienen el texto documental en su forma original; y b) Fuentes posteriores o secundarias, las diversas transcripciones o copias no auténticas, que se conservan manuscritas o editadas, en autores o colecciones. De la lectura de esta segunda sección se desprende el alcance exhaustivo de la obra, así como la contemporización con la amenidad expositiva.

La segunda parte de la obra que comentamos se destina al estudio canónico de la cuestión, comenzando por la exposición de los dos bandos en que teólogos y canonistas se dividieron: quie-

nes sostenían la respuesta negativa de la cuestión y quienes sostenían la afirmativa. Al frente de los que negaban que el Sumo Pontífice tuviese tal potestad se encuentran el agustino Ponce de León y Próspero Labertini, ilustre canonista, de cuyos trabajos hace el P. Lazcano un estudio minucioso y de gran valor, exponiendo los argumentos en que sus autores se apoyaban. De gran mérito resultan también las páginas que el autor dedica a la labor de Navarro (Martín Azpilicueta) y Tomás Sánchez, S. J., para la exposición afirmativa de la cuestión. Concluye esta sección indicando los autores contemporáneos que han escrito sobre la cuestión, siendo loable en ellos la adopción de un nuevo método, más canónico, que emplean para defender su tesis.

En la sección segunda de la segunda parte de la obra resalta cómo «el Romano Pontífice, en virtud de la potestad vicaria, puede disolver *in favorem fidei* y por graves causas, independientemente del privilegio paulino, el matrimonio consumado de dos infieles cuando uno de los cónyuges se convierte a la fe católica, con tal de que no intervenga nueva consumación del matrimonio después del bautismo de ambos». Para abordar y probar esta cuestión presenta las razones que se encuentran dispersas entre autores, documentos y revistas, que deben —dice— conducirnos al camino de la verdad de esta teoría.

En la sección tercera examina con la profundidad acostumbrada la cuestión de la Potestad Pontificia en la disolución del matrimonio entre infiel y acatólico y entre infiel y católico, concluyendo con el criterio del Código en esta cuestión.

Termina su minuciosa labor con un epílogo y con unos apéndices de documentos inéditos.

Con esto hemos dado cima a la lectura de una obra profunda y exhaustiva sobre la materia: fruto de una larga investigación, donde al lado de la más depurada técnica histórica empleada campea un profundo y plausible juicio crítico, con una gran sistematización del tema, revelador todo ello de las dotes y preparación intelectual del autor.

MANUEL CHAVES FERNANDEZ,
Profesor A. de la Universidad.

MADRID EN LOS VERSOS Y EN LA PROSA DE

CARRERE.—Ediciones del Ayuntamiento de Madrid.—Madrid, 1948.

La historia, la novela, el verso, la estadística y la canción han rendido al correr de los siglos, por plumas de eruditos, de técnicos, de novelistas y de poetas, todo un largo tributo de elogios alegres, sonetos bien y mal medidos, encantadoras historias, piropos, rimeros de cifras y dulzonas canciones a la Villa de las Siete Estrellas.

Larga serie de libros, folletos, pliegos de aleluyas, pragmáticas coronadas de incunables, que forman una riquísima bibliografía que se mide en miles de volúmenes, en papeletas que se agrupan en cajetines y más cajetines, y que son gozo y desesperanza de los que, amando a la Villa y en la persecución de unos u otros, ciframos la alegría o el malhumor de unas horas.

Ahora, con la primavera, esta gentil señorita que nadie sabe cómo ha venido, ni aun el poeta mismo lo sabía, nos llega un libro encantador, cargado de amores y de sabidurías madrileñas. Unos amoríos de poeta y unas muy sabias lecciones, que no tienen, y gracias a Dios sean dadas, con todos los respetos para aquéllas, ningún aire museal o archivesco, y sí una grata, juvenil fragancia.

Este libro, que sólo tiene la tristeza de ser la obra póstuma de un enamorado de la Villa del Oso y del Madroño, del mejor, más fiel y constante galán que Madrid ha tenido desde aquellas horas en que Tirso le dice que es «madre benigna del mundo», hasta otras en que Ramón de Mesonero Romanos le pone jalones de gran ciudad, y, pasando muchos años, Pedro de Répide—otro gran enamorado de la ciudad—escribe esa novela de su loa *Del Rastro a Maravillas*, que es, en el decir de nuestro Eugenio Montes, una de las más bellas escritas en lo que va de siglo. Y hora va siendo ya de traer aquí el nombre de este enamorado, del buen don Emilio Carrere, que ya para siempre se nos fué hace un año largo, en una mañana alegre como aquellas en que él, gran rondador de calles y plazuelas, se echaba a las mismas para piroppear a la amada, a Madrid, para recorrerle en largas paseatas sin rumbo. El saber de Carrere sobre Madrid era infinito, era algo muy grande e intenso, y de cada rincón conocía la íntima y pequeña historia. Conocía todo lo que nadie sabía: leyendas, recuerdos, historias o datos, y a la vez tenía el don de aromarlo de poesía, de gracia, de amor.

¡Qué Madrid bravío de majas de rompe y rasga y mozos «crúos»!
¡Qué nostalgia de músicas verbeneras, tocadas por un organillo em-

pujado por mozos de pantalón abotinado y gorrita ladeada! ¡Qué belleza apretada en curvas frágiles o ampulosas de mocitas en flor y de matronas de buen ver!

Todo el ayer y el hoy, el remoto pasado carlotercerista y el isabelino Madrid, están en la prosa y el verso de Emilio Carrere.

Versos con ritmo de canción e imágenes que son piropos a una hembra jarifa. Toda la leyenda de amores y de desafíos, toda la historia de esta calleja o aquella plazuela, la sabía Carrere y nos la iba dejando cada día en sus artículos. Hoy el Ayuntamiento madrileño, con recuerdo noble al poeta muerto y la ciudad, ha recogido en un volumen de la más grata factura tipográfica—honra de las Artes Gráficas municipales—sus mejores y más bellas crónicas y versos. Aquéllos, publicados aquí y allá; éstas, aparecidas en las columnas de *Madrid* en los últimos años del poeta.

Madrid en el verso y la prosa de Emilio Carrere es la loa madrileña más bella de los últimos tiempos; una loa que en estos días viene a repetir, con Lope, que cual «Madrid no hay ninguna villa, en cuanto el sol dora y el mar baña, más agradable, hermosa y oportuna».

JUAN SAMPELAYO

PERSONAJES DE LA INQUISICIÓN, por WILLIAM

THOMAS WALSH.—Editorial Espasa-Calpe.
Madrid, 1948.

Muchos y excelentes son los amigos historiadores y eruditos que España tiene repartidos por el mundo. Gentes de alta talla intelectual, que en el ejercicio de una noble tarea han dado luz—clara y luminosa—sobre infinidad de problemas que una leyenda negra había tergiversado con la peor de las intenciones, con la política, para pintar el cuadro con arreglo a los tonos de partido y no a los de la Historia. Y aquí es ya el momento de destacar de este grupo de grandes historiadores amigos de nuestro país a William Thomas Walsh, el autor de *Santa Teresa, Felipe II e Isabel la Cruzada*, con quien de nuevo volvemos a encontrarnos como autor de un haz de biografías menores—en el número de páginas, se entiende—que forman un excelente libro—de primera categoría podemos llamar a éste—en defensa de la Inquisición española.

William Thomas Walsh tiene como permanente obsesión de sus

tareas de erudito la historia española del pasado, y los más gloriosos siglos y los días de más brillo son para él espejuelos que le atraen vivamente. De esa atracción nacieron las obras reseñadas; de ella ha nacido hoy este conjunto de biografías, en donde, con el rigor de la historia y la viveza de la anécdota y lo novelable—una vez más hemos de volver a insistir sobre el triunfo de este género mixto—, nos salen al paso varios inquisidores españoles en toda la reciedumbre de sus figuras, calumniadas en extremo; de sus recias personalidades, llenas de fe y de amor al principio inmutable de una patria grande y unida.

Sobre el fondo de una época pretérita—aquella de la Inquisición—Walsh va haciendo desfilar a los inquisidores españoles y a los que no lo fueron. En uno y en otro caso son los papeles viejos—documentos, cartas, pragmáticas—los que destruyen las mentiras, los hechos falsos o calumniosos lanzados contra nosotros, cuando no lo hacen mediante la anécdota o el relato nimbado de espiritualidad.

Moisés, el Papa Gregorio IX, Bernardo Gui, Nicolás Eymerich, Torquemada, el gran Cardenal Cisneros y Llorente, son los «personajes de la Inquisición» que Walsh estudia y defiende a capa y espada con pluma viva y eficaz, con luces de documentos y realidades de libros. Todos ellos cobran en las estampas del escritor norteamericano su natural grandeza, y su tiempo resplandece como época histórica de sin igual interés. Personajes y años cuyas luces y realidades quedan claros para un futuro merced al profesor Walsh, que con este libro ha rendido una vez más un singular servicio a la historia española del pasado.

A este libro, que Espasa-Calpe integra con acierto dentro de la serie de sus Grandes Biografías—gran y singular biografía de la Inquisición es la misma—, ha puesto prólogo, que es acertado estudio literario de la época, el notable erudito y catedrático de la Central profesor don Cayetano Alcázar, que avalora esta obra, traducida con singular esmero—el que ella acostumbra siempre a dar a todos sus trabajos—por Isabel de Ambía.

J. S.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

DECRETO de 3 de noviembre de 1948 por el que se concede la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio a don Fernando de Andrade y Pires de Lima.

En atención a los méritos y circunstancias que concurren en don Fernando de Andrade y Pires de Lima,

VENGO en concederle la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el sabio.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a tres de noviembre de mil novecientos cuarenta y ocho.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,
JOSE IBAÑEZ MARTIN

ORDEN de 25 de septiembre de 1948 por la que se concede el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio a doña Elvira Santiso García.

Ilmo. Sr.: De conformidad con lo prevenido en la letra *b*) del artículo 2.º del Reglamento de 14 de abril de 1945 y en atención a los méritos y circunstancias que concurren en doña Elvira Santiso García,

Este Ministerio ha dispuesto concederle el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio con la categoría de Medalla.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 25 de septiembre de 1948.

JOSE IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Subsecretario de este Ministerio.

ORDEN de 21 de octubre de 1948 por la que se adjudican los Premios Nacionales de Teatro.

Ilmo. Sr.: Vista la propuesta que, de acuerdo con la Orden ministerial de 15 de julio de 1948, formula el Consejo Superior de Teatro en relación a los Premios Nacionales de Teatro establecidos por la citada Orden,

Este Ministerio se ha servido disponer lo siguiente:

Otorgar el Premio Nacional «Ruperto Chapí», dotado con 10.000 pesetas, a la nueva versión estrenada durante la pasada temporada teatral de la obra lírica «Mirentxu», original de don Jesús M.^a de Arazamena, partitura de D. Jesús Guridi.

Adjudicar el Premio Nacional «Jacinto Benavente», de idéntica dotación al anterior, a la obra dramática, original de D. José María Pemán, titulada «Semana de Pasión».

Atribuir el Premio Nacional «Amadeo Vives», dotado con 100.000 pesetas, a la compañía lírico-coreográfica «Pilar López».

Conceder el Premio Nacional «Eduardo Marquina», dotado asimismo con 100.000 pesetas, a la compañía dramática «Lope de Vega».

Adjudicar el Premio Nacional «Lope de Rueda», dotado con 40.000 pesetas, a la compañía

dramática «Irene López Heredia».

Distribuir los Premios Nacionales de interpretación femenina y masculina, dotados cada uno con 10.000 pesetas, en la siguiente forma:

Premio Nacional de interpretación femenina «Ofelia Nieto» a la señorita Victoria de los Angeles López.

Premio Nacional de interpretación femenina «Rosario Pino» a doña Ana Adamuz.

Premio Nacional de interpretación masculina «Ricardo Calvo» a D. Carlos Lemos.

Premio Nacional de interpretación masculina «Emilio Mejejo» a D. Marcos Redondo.

Lo digo a V. I. para su cumplimiento.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 21 de octubre de 1948.

JOSE IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Subsecretario de Educación Popular.

ORDEN de 22 de octubre de 1948 por la que se convocan los Premios Nacionales de Literatura del presente año.

Ilmo. Sr.: De acuerdo con lo dispuesto en la Orden Ministerial de 31 de enero de 1940, que instituyó anualmente los Pre-

mios Nacionales de Literatura «Francisco Franco» y «José Antonio Primo de Rivera», por la presente se convocan los Concursos correspondientes al presente año.

En su virtud, este Ministerio ha tenido a bien disponer :

1.º Los Concursos correspondientes a los Premios Nacionales «Francisco Franco» y «José Antonio Primo de Rivera» serán tramitados por la Dirección General de Propaganda.

2.º Los libros que concurren al Premio Nacional de Literatura «Francisco Franco» versarán en torno al pensamiento del «Padre Francisco Suárez».

3.º Las obras que aspiren al Premio Nacional de Literatura «José Antonio Primo de Rivera» versarán sobre «Tirso de Molina».

4.º Los libros presentados al Concurso se harán por duplicado y acompañados de las correspondientes instancias, dirigidas y presentadas ante la Dirección General de Propaganda, Sección de Asuntos Generales.

5.º Las referidas obras deberán haber sido editadas en castellano, en España o cualquier país de habla española, en el período de tiempo comprendido desde el día 1.º de noviembre de 1947 al 31 de octubre de 1948.

6.º El plazo de admisión de libros al Concurso comprenderá

desde el día de la publicación de esta Orden en el *Boletín Oficial del Estado* hasta el día 30 de noviembre de 1948, a las veinticuatro horas.

7.º La cuantía de los Premios Nacionales de Literatura será de 25.000 pesetas cada uno.

8.º La concesión de los Premios Nacionales de Literatura deberá hacerse antes del día 31 de diciembre del presente año.

9.º El Jurado para la concesión de los Premios Nacionales de Literatura del presente año estará constituido por los señores siguientes :

Presidente, el Ilmo. señor don Luis Ortiz Muñoz, Subsecretario de Educación Popular.

Vicepresidente, Ilmo. señor don Pedro Rocamora Valls, Director General de Propaganda.

Vocales : Excmo. señor don Ramón Menéndez Pidal, Presidente de la Real Academia Española ; Ilmo. señor don Luis Morales Oliver, Director de la Biblioteca Nacional ; muy Reverendo Padre José M.ª Saavedra Losada, de la Orden de la Merced, Comendador de Madrid y Comisario pro-Basílica Hispanoamericana ; muy Rvdo. Padre Ramón Ceñal, S. J. ; don Antonio Luna García, catedrático de la Universidad Central.

Secretario, don José Rus Lucenilla, jefe de la Sección de

Asuntos Generales de la Dirección General de Propaganda.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 22 de octubre de 1948.

JOSE IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Subsecretario de Educación Popular.

ORDEN de 25 de octubre de 1948 por la que se resuelve transferir dos Medallas de la Sección de Pintura de la Exposición Nacional de Bellas Artes del presente año a la Sección de Grabado, y concediéndolas a los señores Casado y Gil Pérez.

Ilmo. Sr.: Declaradas sin efecto las dos terceras medallas de la Sección de Pintura de la pasada Exposición Nacional de Bellas Artes, concedidas a los señores Prieto Coussent y Lloveras, de conformidad con lo dispuesto en el artículo 49 del vigente reglamento de estos Certámenes, y a propuesta por el Jurado de Premios de la Sección de Grabado del mismo Certamen una ampliación de recompensas en el grado de terceras medallas en el caso de que quedasen vacantes en otras Secciones,

Este Ministerio ha resuelto

transferir a Grabado las dos terceras medallas vacantes de la Sección de Pintura, concediéndoselas a los señores don Carlos Casado Hernández, por su obra «Puerto de Lequeito», y a don Manuel Gil Pérez, por «El copista», números 229 y 432, respectivamente, del Catálogo Oficial. El importe de las mismas será el de 4.000 pesetas cada una, que es la cuantía señalada para las de su clase y sección, la que será abonada en la forma reglamentaria y una vez que por la Calcográfica Nacional se certifique han sido entregadas las planchas y pruebas correspondientes.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 25 de octubre de 1948.

JOSE IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes.

ORDEN de 2 de noviembre de 1948 por la que se concede el ingreso en la Orden de Alfonso X el Sabio a D. Fernando Fernández y Fernández.

Ilmo. Sr.: De conformidad con lo prevenido en la letra a) del artículo segundo del Reglamento de 14 de abril de 1945 y en atención a los méritos y circunstancias que concurren en don

Fernando Fernández y Fernández,

Este Ministerio ha dispuesto concederle el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, con la categoría de Encomienda.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 2 de noviembre de 1948.

JOSE IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Subsecretario de este Ministerio.

ORDEN de 9 de noviembre de 1948 por la que se resuelve el Concurso Nacional de Escultura del presente año.

Ilmo. Sr. : Por Orden ministerial de 23 de febrero último se anunció el Concurso Nacional de Escultura correspondiente al año actual ; y

RESULTANDO que por Orden Ministerial de 23 de febrero próximo pasado se convocó el expresado Concurso Nacional, cuyo tema era una alegoría de la Aviación, ofreciéndose un premio de 15.000 pesetas y un accésit de 5.000 ;

RESULTANDO que por Orden Ministerial de 19 de julio siguiente fué nombrado el Jurado calificador de este Concurso, del que forman parte don Jacinto

Higueras, don Antonio de la Cruz Collado y don Manuel Alvarez Levada ;

RESULTANDO que previa la tramitación correspondiente y el examen detenido de las dieciséis obras presentadas, el Jurado acuerda por unanimidad proponer se adjudique el premio ofrecido de 15.000 pesetas a don Amadeo Ruiz Olmos, por su obra, que figura con el número 1, y el accésit de 5.000 pesetas a don José Luis Vicent Llorente, por la suya, señalada con el número 3 ;

CONSIDERANDO que se han cumplido todos los requisitos señalados en la Orden Ministerial de 23 de febrero último,

Este Ministerio ha resuelto :

1.º Aprobar la propuesta unánime del Jurado calificador del Concurso Nacional de Escultura del año actual, y en su consecuencia adjudicar el premio ofrecido de 15.000 pesetas a don Amadeo Ruiz Olmos, por su obra presentada a este Concurso, y que figura con el núm. 1, y el accésit de 5.000 pesetas a don José Luis Vicent Llorente por la suya, reseñada con el núm. 3.

2.º Que el importe de las mencionadas cantidades se satisfaga con cargo al crédito consignado en el capítulo 1.º, artículo 2.º, grupo 6.º, concepto 16,



subconcepto 3 del vigente presupuesto de gastos del Departamento, librándose contra la Tesorería Central y a nombre del habilitado de Concursos Nacionales, don Andrés Gordillo González.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 9 de noviembre de 1948.

JOSE IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes.

INDICE DE SUMARIOS DE LOS NUMEROS PUBLICADOS EN EL AÑO 1948

SUMARIO DEL NUM. 76

EDITORIAL.—Víctor de la Serna : *Los Eça de Queiroz en la literatura y en la vida de Portugal*.—Miguel Pérez Ferrero : *El cincuentenario de la generación del 98*.—Carlos Consiglio : *Menéndez Pelayo y la literatura italiana*.—HECHOS : *Homenaje a «Azorín»*.—Recepción de Dámaso Alonso en la Academia.—El Instituto Hispano-Marroquí de Tetuán.—Instauración de nuevos edificios docentes.—La cátedra Menéndez Pelayo en la Biblioteca santanderina.—VENTANA AL MUNDO : *Una Exposición del libro británico en Madrid*.—El Teatro norteamericano: Robert Sherwood. *Hombres de Nicaragua*: Julio Icaza Tejerino, adalid de la Hispanidad.—Historiadores venezolanos: El académico doctor Ambrosio Perera.—NOTAS DE LIBROS : *Hombre, paisaje y política*, por Pedro Rocamora.—*Isabel la Católica y Felipe II*, por William T. Walsh.—*Abderramán III, primer Califa de Occidente*, por Mariano Tomás.—*Quevedo: su tiempo, su vida, su obra*, por Antonio Papell.—*Obras selectas*, por Leopoldo Alas («Clarín»).—DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA.

SUMARIO DEL NUM. 77

EDITORIAL.—José Ibáñez Martín : *Un año más en la investigación española*.—José García Siñeriz : *El Consejo de Investigaciones en el VIII año de su vida*.—Blanca de los Ríos : *Don Juan y sus avatares*.—HECHOS : *Clausura del VIII Pleno del Consejo Superior de Investigaciones Científicas*.—El Instituto de Óptica «Daza de Valdés».—3.101 libros se publicaron en España en 1947.—*Auge en las enseñanzas industriales*.—*Nuevas Escuelas del Magisterio*.—VENTANA AL MUNDO : *La nueva Ciudad Universitaria de Méjico*.—*Una Exposición de la enseñanza católica en Francia*.—NOTAS DE LIBROS : *La investigación española*, por José Ibáñez Martín.—*Breviario del «Quijote»*, por Caballero Calderón.—*Notas de una vida*, por el Conde de Romanones.—

Hernán Cortés: *Estampas de su vida*, por Santiago Magariños.—*Rumbos oceánicos. Los navegantes hispanos*, por Jaime Vicéns Vives.—DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA.

SUMARIO DEL NUM. 78

EDITORIAL.—Eleuterio Elordúy, S. J.: *La teoría del Estado en Suárez*.—Pedro Rocamora: *Pintura y espíritu*.—Martín de Riquer: *Una literatura de aristócratas, cortesanos y teólogos*.—Juan Beneyto: *Entre la exaltación y la atonía políticas*.—LA OBRA DEL ESPÍRITU: *La fundación de las Universidades*, por Etienne Gilsón.—*La poesía de Osvaldo Orico*, por Joaquín de Entrambasaguas.—HECHOS: *El Museo de Parque Florido*, por Manuel Prados López.—*Tradición y presencia del Ateneo madrileño*, por Eugenio Mediano Flores.—*La educación en el plan quinquenal del Gobierno argentino*.—NOTAS DE LIBROS: *Epistolario del Padre Luis Coloma, S. J. 1890-1914*.—Introducción y notas del Padre Luis Fernández, S. J.—*La vida de los pájaros en dos deltas (Bird Life in two deltas)*, por G. K. Yeates.—*Britis Education (La Educación en Gran Bretaña)*, por H. C. Dent.—*La vida de los niños y adolescentes en la salud y en la enfermedad*.—Un estudio de pediatría social (Child and adolescent life in health and disease. A study in social pediatrics), por W. S. Craig.—DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA.

SUMARIO DEL NUM. 79

EDITORIAL.—Ciriaco Pérez Bustamante: *Menéndez Pelayo y la amistad*.—Luis Araujo-Costa: *En torno a los libros de ensayos*.—Pierre Boutang: *Introducción a la política*.—Marqués de Lozoya: *La pintura de Ismael Blat*.—LA OBRA DEL ESPÍRITU: *Cervantes y su Centenario*.—Julián Marías, *Premio Fanstenrath, de la Real Academia*.—*Exposición de libros norteamericanos en Madrid*.—VENTANA AL MUNDO: *El siglo XIII en Inglaterra*, por José Ugidos.—*La «Morte D'Arthur», de Malori*, por J. Osaacs.—NOTAS DE LIBROS: *Bibliografía pedagógica de obras publicadas en los años 1930-1935*, por Julia Ochoa y Vicente.—*XX incunables de la Colección Massó*, por Francisco Vindel.—*Bergnes de las Casas, helenista y editor (1801-1879)*, por Santiago Oliver Canals.—*Carlos Pereyra y su obra*, por Angel Dotor.—*Tierra y canción (poesías)*, por Joaquín Romero Murube.—*Historia de las campañas de Marruecos*.—DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA.

SUMARIO DEL NUM. 80

EDITORIAL.—Pedro Rocamora: *Para una metafísica de la escultura castellana*.—Víctor Espinós: *Mensaje de Dulcinea a las demás mujeres del mun-*

do.—José Rogerio Sánchez: *La actividad psicológica y la operación lógica en el arte.*—Julio Angulo: *Raíz y abolengo universitario de Alcalá.*—LA OBRA DEL ESPÍRITU: *España conmemora el XIV Centenario de San Benito.*—De la *Exposición Nacional de Bellas Artes.*—En la *Feria Nacional del Libro de 1948.*—VENTANA AL MUNDO: *Universidades en Suiza.*—*Clubs británicos.*—*El Centenario del escultor portugués Soares Dos Reis.*—NOTAS DE LIBROS: *El Ateneo de Madrid*, por Victoriano García Martí (1835-1935).—*Crítica al viento*, por Darío Fernández Flórez.—Prólogo de Miguel Pérez Ferrero.—*Africa en la acción española*, por Tomás García Figueras.—*Esquema físico del mundo*, por Julio Palacios.—*Obras completas de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.*—*Anuario de Derecho Civil.*—*El regalismo indiano en el «Gobierno eclesiástico pacífico» de D. Fr. Gaspar de Villarreal, O. S. A., Obispo de Santiago de Chile*, por el Excmo. y Rvdmo. Fr. López Ortiz.—
DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA.

SUMARIO DEL NUM. 81

EDITORIAL.—Oscar Miró Quesada: *La estética del toreo.*—Félix Ros: *Veracidad de un poeta.*—Luis Araujo-Costa: *Raimundo Lulio.*—Marcel Thiébaud: *Entre libros franceses.*—LA OBRA DEL ESPÍRITU: *Los actos conmemorativos del Centenario de Jaime Balmes.*—*El doctor Fleming en España.*—*Eugenio Hermoso, Medalla de Honor de la Exposición Nacional.*—*Universitarios americanos en Madrid.*—VENTANA AL MUNDO: *Geografía de las Universidades francesas.*—*Exámenes de segunda enseñanza en Inglaterra.*—NOTAS DE LIBROS: *Viaje a La Alcarria*, por Camilo José Cela.—*La sombra del ciprés es alargada*, por Miguel Delibes, Premio «Eugenio Nadal» 1947.—*Historia de las religiones*, por Pedro Tachi Venturi.—Traducida bajo la dirección del Padre Félix García.—*El grabado en la ilustración del libro: las gráficas artísticas y las fotomecánicas*, por Francisco Esteve Botey.—DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA.

SUMARIO DEL NUM. 82

EDITORIAL.—José Ibáñez Martín: *El Padre Suárez, o la cultura peninsular del Siglo de Oro.*—Víctor Haedo: *Algunas cosas de América.*—Pedro de Lorenzo: *Geografía imperial de Francisco de Aldana.*—LA OBRA DEL ESPÍRITU: *España y Portugal conmemoran el IV Centenario de Francisco Suárez.*—*Doña Blanca de los Ríos, Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.*—*Larreta ha vuelto a España.*—HECHOS: *Una nueva Escuela de Ingenieros Navales.*—*El ceremonial de la colación de grados vuelve a las Universidades españolas.*—*Inauguración del Colegio Nacional de Sordomudos.*—*Se crea en Sevilla una Escuela de Peritos Industriales.*—VENTANA AL MUNDO: *Las escuelas públicas en Gran Bretaña.*—*Organizaciones latino-americanas en Londres.*—NOTAS

DE LIBROS : *Hospital General*, por Manuel Pombo Angulo.—*Formación de la inteligencia*, por el P. Alberto Goosens, S. J.—*Vida de Jesús*, por Plinio Salgado.—Traducción de Vázquez Dodero.—*Cervantes en Colombia*, por Eduardo Caballero Calderón.—*La llaga* (novela), por Marcial Suárez.—*La mala vida en la España de Felipe IV*, por José Deleito Piñuela.—DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA : *Decreto conmemoración III Centenario del fallecimiento de San José de Calasanz*.

SUMARIO DEL NUM. 83

EDITORIAL.—Pedro Rocamora Valls : *El sentido español de la muerte en la pintura del Greco*.—Lillo Rodelgo : *Geografía y didáctica en «Os Lusíadas», de Camoens*.—Luis Araujo-Costa : *La sabiduría en las mujeres*.—LA OBRA DEL ESPÍRITU : *Se inaugura en Granada la Facultad de Filosofía y Letras*.—*Pinturas románicas en el Museo del Prado*.—*Perfiles de una campaña de construcciones escolares en Madrid*.—VENTANA AL MUNDO : *Educación pre-médica en Estados Unidos*.—*Nuevas Universidades en Hispanoamérica*.—*La enseñanza de segundo grado en Francia*.—NOTAS DE LIBROS : *La vida de Meternich*, por Constantino Grünwald.—*El poema de los tres carros*, por Enrique Azcoaga.—*Los wilkingos*, por Allen Mawer.—*Juana de Arco*, por H. Wallon.—*Solimán el Magnífico*, por Fairfax Downey.—*Geografía económica*, por Joaquín Bosque.—*Comentarios a la Ley de Arrendamientos urbanos*, por José Bouza Moreno. — *Las Españas*, por Francisco Elías de Tejada.—*Potestad del Papa en la disolución del matrimonio de infieles*, por el Padre Lazcano, Doctor en Derecho Canónico y Catedrático del Seminario de Madrid.—Prólogo del Excmo. y Rvdmo. señor don Leopoldo Eijo, Obispo de Madrid-A'calá.—DOCUMENTACIÓN LEGISLATIVA.—ÍNDICE DE SUMARIOS DEL AÑO 1948.

